
CIRCULO DEL CRIMEN
OCTAVO EN AZUL
JOHN BLACKBURN
EDICIONES FORUM
175 Ptas.
N°71

Cuando el librero James Roach es encontrado muerto después de pagar una suma exorbitante por Peñas Grises, un raro volumen sobre montañismo editado hacía muchos años, de tamaño octavo y encuadernado en tela azul pero, aparentemente, sin valor alguno, la policía determina que ha sido un suicidio. Pero su joven colega John Cain sospecha de algo diabólico cuando descubre que el libro ha desaparecido y que alguien ha estado haciendo grandes esfuerzos para obtener todas las copias existentes del ejemplar. ¿Es un caso de algún coleccionista trastornado cuya bibliomanía le ha conducido al asesinato, o existe algún secreto contenido en el libro que hace que valga la pena matar por él? Es una carrera contra el tiempo en la que Cain une sus fuerzas a las del egocéntrico aventurero J. Moldon Mott y la bella heredera Julia Lent para resolver el misterio. ¿Podrán detener al asesino antes de que se apodere de la última copia restante, o se convertirá alguno de ellos en su próxima víctima?



John Blackburn

Octavo en azul

ePub r1.0

Titivillus 23.08.16

Título original: *Blue Octavo*
John Blackburn, 1963
Traducción: Miguel Giménez Sales
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

—Y con esto, damas y caballeros, como el duque dijo a la duquesa, concluye el negocio por hoy.

Oficialmente, la subasta había terminado. El subastador acababa de soltar su último chiste y descendió de la tarima; también el público se marchaba ya, y los mozos estaban separando los lotes subastados. Los «chicos» sonreían entre sí, yendo como furtivamente hacia la puerta. La verdadera subasta todavía no había empezado.

Marchaban como lobos que temen una emboscada, no formando grupo para evitar levantar sospechas, sino de dos o de tres, con el sombrero hongo o blando echado sobre sus caras pálidas y ojerosas, los dedos manchados de nicotina aprisionando los catálogos, y sus finos zapatos chapoteando sobre el fangoso camino; los mueblistas junto a una camioneta parada a la puerta, y los libreros en el parque húmedo. Una docena de hombres se mantenían de pie entre los árboles, pujando por lotes que ya habían adquirido. El Círculo estaba de nuevo en acción.

Era un día muy agradable, en que el invierno se trocaba en primavera, con retoños ya en los árboles y, sin embargo, aún se veían algunos témpanos. Pero aquellos hombres no estaban interesados en la primavera, ni en los retoños, ni en los témpanos. Sólo les interesaban los bien detallados catálogos. Se habían vendido veinte lotes a uno de los miembros, por una nimiedad,

mientras los demás permanecían inmutables. ¿Por qué ha de comerse el perro al perro? Ahora, su poseedor oficial volvería a subastar aquellos lotes, esta vez por su verdadero valor.

—Bien, caballeros, creo que ya podemos empezar.

Con el arte de un caballero al inaugurar un salón de ventas, Jack Goldsmith se apoyó en un árbol y levantó su blanca y carnosa mano.

—Sí —prosiguió—. Veamos. El lote noventa y tres fue el primero que se nos vendió por ocho libras. ¿Cuánto para empezar? Gracias, señor Callaghan… quince, entonces. Señor Burton… dieciocho. Señor Cain… veinte. Señor Callaghan… veintiuna. Para usted, Bill, veintiuna libras; dejándonos con trece que serán repartidas como dividendo.

—Ahora, pasemos al lote noventa y cuatro: la colección de impresiones deportivas que, debido a la intervención de aquella pesada y persistente mujer, alcanzó las doce con diez. Gracias, señor Algat. Comenzaremos por dieciocho…

Lenta y sosegadamente, sin excitación o rencor, el negocio fue realizado; libros para el más alto pujador y una parte separada para los que perdían o meramente estaban callados. Una buena parte para el fondo. A menudo, la diferencia entre lo que un lote había alcanzado en la subasta oficial y lo que daban por él ahora era del orden de un trescientos por ciento. Todo en forma amistosa y respetable.

Se hallaban casi al final del catálogo cuando irrumpió una nota de tensión entre los congregados.

—Veinte libras, caballeros.

Roach estaba un poco separado del resto de los «caballeros», apoyado contra un árbol, con un fondo de vegetación, por lo que parecía un gnomo de cuento de hadas. Llevaba un horrible sombrero verde, inclinado muy bajo sobre su cara de mono, y un impermeable algo destrozado envolvía su cuerpo como si se tratase de un montón de harapos. No parecía que poseyese ni veinte chelines.

—De acuerdo, veinticinco, señor Lehman.

—¡Veinticinco! ¿Qué le hace pensar que valga tanto?

John Cain frunció el ceño ligeramente, mirando su catálogo y las notas a lápiz del margen.

Lote Ciento Nueve… cuatro libros de montañismo.

Se trataba de *El primero sobre el Everest*, los dos *Antesalas del Reino*, y una edición limitada en inglés, sobre escaladas en rocas, titulada *Peñas Grises*.

Sólo habían obtenido cinco libras en la subasta, por lo que veinticinco, ahora, era absurdo. Ni Roach ni Lehman tenían un parroquiano que pagase por ellos tanto dinero.

—¡Treinta y dos!

No, aquello ya no era absurdo, era una locura. Roach y Lehman eran enemigos, naturalmente, y a través de los años siempre habían dado muestras de su enemistad, pero ahora estaban tirando el dinero por simple despecho. De acuerdo, no importaba. A lo sumo, el lote valía unas doce libras, y anotó esta cifra en su catálogo.

—¡Treinta y cinco!

Caramba, parecían dos idiotas a punto de cortarse la garganta. John miró a Peter Burton, de la Librería Chancery, y sonrió. Cuanto más pujasen Lehman y Roach por el lote, más dividendos les quedarían a los demás. Treinta y cinco libras contra cinco significaba ya una buena parte. La venta había sido un negocio aceptable —aunque con pocos libros entre demasiados libreros—, pero esta última subasta daba un cariz nuevo a la ocasión.

—¡Treinta y ocho!

Desde el extremo del sendero, podía oír el rumor de algunos camiones y las carretillas de los mozos. Los transportistas de muebles habían empezado a trabajar, cargando las piezas. Pensó tristemente que aquéllos habrían podido llevar su lote de manera cómoda. No como los pobres libreros que se hallaban al aire libre. Las caras grises añoraban la ciudad. Burton, a su lado, sonrió torvamente, alegrándose, con toda seguridad, ante el pensamiento de su corte. Jack Goldsmith, con un traje de mezclilla, intentaba parecer un caballero del campo, sin conseguirlo en absoluto; Sommers, de la Prensa As, con una expresión de completa

extrañeza en su semblante delgado y enfermizo. Bill Callaghan considerando las manías de algunos hombres. Todos habían dejado de pujar, contemplando sólo a Roach y Lehman.

—¡Cuarenta libras!

Roach levantó ligeramente la mano. Tenía el rostro y los ojos parcialmente ocultos por su horrible sombrero, pero parecía saber exactamente lo que estaba haciendo. Como siempre, John quedó sorprendido por el raro acento de su voz. Tenía un acento populachero muy marcado, que sonaba a falso, como si el dejo tuviese por objeto ocultar una educación que desease olvidar.

—Muy bien, cuarenta y dos, señor Goldsmith.

John miró a Lehman, y comprendió que era su última puja. La expresión del tipo era tensa unos momentos antes, mas ahora estaba totalmente desprovista de expresión, aparte de cierto aire de presunción. Lehman no quería los libros para él. No era un especialista en temas deportivos, y ningún cliente le pagaría veinte libras por ellos. Sabía que Roach los deseaba, eso sí. Mediante un camino tortuoso, lo había comprendido y había querido azuzar a Roach hasta el límite, pero ahora ya había llegado a él. John vio cómo sacaba un cigarrillo de un arrugado paquete y se apartaba del grupo, como si todo el asunto le estuviera disgustando.

—Gracias, Sam. Cuarenta y dos libras es la cantidad pujada para el lote Ciento Nueve, señor Roach, y está en contra de usted. ¿Desea aumentar la cifra?

Jack Goldsmith se inclinó hacia Roach, como un tío malvado persuadiendo a su sobrino a gastar todo el dinero de su hucha en un simple e inútil muñeco. Pensó que el hombre probablemente estaba loco, y esta idea le divirtió. Era igual; detrás de su diversión existía una nota de ansiedad. El viejo Roach llevaba muchos años en el negocio, y debía de conocerlo bien. Tal vez el lote poseyese algo que los demás ignoraban… algo especial en alguno de aquellos libros que lo tornase muy valioso. A Goldsmith no le gustaba la idea de ignorarlo. Tenía setenta y ocho años, con cuarenta mil libras de valor en su depósito librero, en el sótano de su tienda de Chelsea, pero la

idea de una buena compra escapándosele de los dedos sin saberlo era una pesadilla constante que turbaba sus sueños; filas y filas, miles y miles de libros yendo a parar a las tiendas y catálogos de otros libreros, y ni siquiera un solo volumen para el pobre viejo Jack Goldsmith.

Pero, no, era imposible. Lo había comprobado cuidadosamente. Siempre lo hacía. No había ninguna descripción interesante en aquellos libros que les otorgase un valor fuera de lo real. Los *Antesalas del Reino* estaban en muy malas condiciones, y a lo sumo valían tres libras; *El primero sobre el Everest*, unas dos; doce era lo máximo que podía valer *Peñas Grises*. Roach no era más que un viejo loco y Lehman lo había enviado al infierno. Si quería tirar su dinero, era cosa suya.

Recibió amablemente las cuarenta y tres libras de Roach, miró detenidamente a Lehman, y efectuó una anotación en su agenda.

—Bien, caballeros, esto parece ser el final, y ahora vamos a consultar el arreglo financiero. Según veo, el señor Burton le debe trece libras al Círculo; el señor Callaghan, veintiocho con diez; el señor Roach…

Como jugadores escondidos, todos se reunieron en torno suyo y empezaron a liquidar las cuentas; recibos para los propietarios que habían pagado, y unos billetes para los demás. Todo del modo más satisfactorio. Los libros, en conjunto, apenas habían llegado a las cien libras en la subasta, mas ahora habían duplicado esta cifra.

—Bien, Johnnie, ya se lo demostré, ¿eh? Le demostré que el bastardo de Sam Lehman estaba pujando porque sí.

Roach fue hacia John Cain. Su cara de mono era una mezcla de malicia y buen humor. Cuando sonreía, un simple diente de oro iluminaba su boca, como una lámpara en una oscura caverna.

—No creo que fuera esto, señor Roach. Creo que usted ha cometido una locura.

John no sonrió. El y Roach eran amigos de años, a pesar de la diferencia de edad, por lo que John aún empleaba el «señor».

—No, Sam no quería esos libros en absoluto. Se limitó a incitarle a usted en la puja y se detuvo exactamente en el momento en que se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Él es quien se ríe ahora, no usted. No intento meterme en su negocio, ya que usted es un especialista en libros deportivos. Lo único que sé es que el lote no vale veinte libras y ha alcanzado cuarenta y tres. ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha vuelto loco y ha querido tirar el dinero para fastidiar a Lehman?

—¿Lo piensa así, John? ¿Realmente piensa que estoy loco? —Roach meneó tristemente la cabeza—. Usted, como todos los demás, cree que estoy senil, que soy un viejo loco que no conoce su negocio y que paga más por enemistad con Sam Lehman. Oh, cierto, Sam no me gusta. ¿Le conté lo que me hizo una vez? Tenía un ejemplar de un libro, aunque no extraordinario, al que le faltaba una ilustración. Él sabía que yo tenía otro ejemplar; de modo que me pidió que se lo enviase para su comparación. Me lo devolvió por correo con una nota en la que decía que era imperfecto y le faltaba una ilustración. El bastardo la había cortado para ponerla en su ejemplar.

—Sí, lo sé. Lehman le cortó una página de un libro y usted no puede tragarle desde entonces. Pero creo que es exagerado pagar cuarenta y tres libras para vengarse de él.

Se hallaban ya en la casa, esperando que un mozo cargase con el lote de Roach. «Antaño debía de haber sido una construcción magnífica —pensó John—: una casa caliente y agradable, con personas felices, buenos muebles y una pequeña biblioteca. Ahora parecía un campo de batalla, con las alfombras enrolladas, los muebles llevados a los camiones, y vacíos los estantes de la biblioteca. El último propietario debía de haber sido un inválido o un mutilado, ya que había una especie de silla de ruedas junto a la escalera. Alguien la había adquirido por tres libras, según recordaba. Bien, esto ya no importaba. El propietario estaba muerto y los impuestos habían sido excesivos. Pronto, la vieja casona sería derribada y se construiría un edificio de despachos.»

—Oh, no, hijo, no perdí cuarenta y tres libras por vengarme de él. —La voz de Roach estaba cascada—. Sam me obligó a pagar demasiado por ese lote, pero incluso cuarenta y tres libras significan un buen beneficio para mí… un estupendo beneficio.

Calló al acercarse un mozo.

—Sí, está bien, Jorge, es el Ciento Nueve. Muchas gracias.

Le dio al mozo media corona y le cogió el paquete, sonriendo en dirección a John.

—Oiga, hijito. Lléveme a casa en su bonito coche y le invito a una taza de té. Luego, le contaré una historia divertida.

Se puso los libros bajo el brazo y, pareciendo más que nunca un enanito de Blancanieves, se deslizó hacia la puerta.

Roach vivía en una calleja lateral al sur de Clapham Common, y desde fuera la casa parecía una pocilga. El estuco del portal estaba descascarillado y lleno de grietas, la pintura faltaba en muchos sitios, y nadie había limpiado las ventanas desde hacía años. Al abrir la puerta, ambos hombres fueron saludados por un fuerte olor a platos sucios, a madera podrida y a humedad. John anduvo cuidadosamente detrás de Roach por el pasadizo, sintiendo las tablas del suelo gruñendo bajo sus pies, como si en cualquier momento pudiesen ceder, enviándole directamente al sótano. Al extremo del corredor, Roach le indicó una puerta de la derecha y entraron en una pequeña habitación.

Pero si el resto de la casa estaba también sucio, el taller, la librería o el despacho, lo que fuese aquella estancia, no lo estaba.

El suelo se hallaba cubierto por linóleo muy reluciente; junto a la puerta y la ventana se veían archivadores de acero, y había una máquina de escribir eléctrica sobre la mesa de nogal. En todas las paredes había estantes con libros; millares de libros, bien catalogados y divididos por temas. En el lomo de cada volumen se veía un pedazo de papel dando los detalles de su compra y el precio a que podía venderse. John enarcó ligeramente las cejas al mirar un

par de papelitos. Roach poseía un depósito de gran valor, ya que los precios eran muy altos.

De todos modos, era un conjunto maravilloso, principalmente sobre temas deportivos, aunque también había una sección dedicada a la aviación. Si el viejo vendía la mitad de lo que poseía a un precio razonable, podría vivir cómodamente durante los años que le quedasen de vida. Tal como era, ahora vivía en un barrio miserable y trabajaba como un negro, yendo de tienda en tienda y de subasta en subasta, y de vez en cuando enviando catálogos a las librerías y a los coleccionistas sobre libros de tan alto precio que debía de ser un éxito vender una cuarta parte de sus existencias.

Esto no le sorprendía a John. Cuando se lleva tanto tiempo en el negocio como el viejo Roach o Jack Goldsmith, los libros se convierten en una locura, en una obsesión, y realmente no se desea venderlos. Los valores monetarios cambian, los depósitos y las ganancias se alteran, y sólo importan los libros, que ofrecen una gran seguridad. Largas filas de volúmenes apretujados se extendían bajo la luz, con la sensación de sus estupendas encuadernaciones, y la gracia de encontrar alguna ganga entre ellos. Un montón de basura en una carretilla o en la tienda de un trapero, y entre la basura un volumen gris, cubierto de polvo, que podía… sí, podía… Y cuando uno trataba de recordar qué era o lo que se sabía de aquel libro, parecía que éste exclamase: «Cómprame.»

Sí, era una vida agradable, si uno no se moría de hambre.

John meneó la cabeza tristemente ante el paquete depositado encima de la mesa: allí no había diversión ni era una ganga. Los cuatro libros contenidos eran conocidos y muy corrientes. Hasta los mejores coleccionistas se avergonzarían de pagar por ellos veinte libras.

—Esto ya está, Johnnie. Aquí tenemos el té.

Roach penetró en la habitación y dejó dos tazas humeantes sobre la mesa. Hizo el té mediante el sencillo procedimiento de meter las hojitas, leche condensada y agua en la tetera y hacerlo hervir todo. El líquido de las tazas parecía y sabía a alquitrán.

—¡A su salud!

Levantó la mano en un brindis burlón y se tragó el horrible brebaje con aspecto de satisfacción.

—Ahora, echemos una ojeada a mi compra ¿eh? —Deshizo el nudo y guardó el cordel para uso futuro—. Aquí hay un regalito para usted, John. Se ha portado siempre muy bien conmigo, llevándome a las subastas en su coche, de modo que le regalo estos tres volúmenes, con todos mis buenos deseos. No valen mucho, pero puede obtener unas cuantas libras por ellos.

—De modo que está realmente loco, ¿eh? —John frunció el ceño contemplando los dos *Antesalas del Reino* y *El primero sobre el Everest*—. ¿Me los regala de veras? Esto significa que ha pagado usted cuarenta y tres libras por un libro que no vale doce.

—Sí, tal vez las valga, hijo.

Roach sacó del bolsillo una cajita con tabaco y lió un pitillo. Luego habló con él en la boca, pegándosele el delgado papel a su labio inferior como una excrecencia.

—Sí, tal vez las valga —repitió—. Pero quiero que se lleve estos otros tres. A mí no me sirven de nada. Los he comprado porque formaban parte del lote. Mire la estantería de la derecha. Tengo dos ejemplares de *La tierra del Poppy azul*, y tres de *Un cazador en el Tibet*. Tal vez cinco del Everest. ¿Para qué quiero más?

—¿Entonces, realmente pagó tanto dinero por este solo ejemplar? —John contempló el volumen restante, que estaba en manos de Roach: un volumen delgado, en octavo, encuadernado en piel de color azul, con una especie de prominencia en la portada, como el dibujo de un pico para el hielo y una cuerda de escalar—. ¿Qué tiene de especial?

—No lo sé, Johnnie. No tengo la más remota idea, pero se trata de algo especial… claro que para una sola persona. —Empujó el libro hacia John—. Mírelo y procure descubrirlo.

—Gracias.

John lo inclinó hacia la luz y miró casualmente la portada. Nunca había tenido en sus manos un ejemplar de *Peñas Grises,* pero sabía

todo lo que era preciso saber acerca de él por catálogos y subastas. Una edición de la Trefoil Press sobre las escaladas y los escaladores ingleses, publicada en 1910, con firmas autógrafas de varias personalidades en la primera página. La edición había sido limitada, con sólo cien ejemplares, vendida por los editores a suscriptores privados. Abrió el libro con indolencia y repasó la lista de firmas. Entre ellas leyó los nombres de Whymper, Mummery, y también la de Owen Glyn-Jones.

Sí, un buen libro, pero nada más. La impresión era demasiado recargada, y el papel grueso había perdido su cremosidad y mostraba señales de desgaste. Fue pasando las páginas y contemplando las ilustraciones: fotografías de caballeros de poblado bigote con trajes a lo Sherlock Holmes, todos cogidos con cuerdas, sobre repechos y salientes, o promontorios, y por encima de profundos barrancos. Debajo de cada ilustración había su correspondiente pie, respecto a la escalada y al alpinista. Los hermanos Abrahams en el Pico Scafell, Jones trepando a Tower Ridge con Ben Nevis, y un clérigo barbudo llevándose un frasco a los labios antes de intentar la ascensión de Napes Needle. *Un amigo en necesidad también es un amigo*, decía el pie.

—Bien, ya lo he mirado —dijo—, y no veo nada especial en él.

John cerró el libro y lo alejó de sí.

—Personalmente —añadió—, si quisiera comprar un libro con esta encuadernación, preferiría un Rackham.

—Sí, hijito, naturalmente, pero estaría equivocado, muy equivocado. —El cigarrillo de Roach estaba manchado de marrón y parecía bailar de un extremo a otro de su boca—. Yo también me equivoqué una vez. Hace muchos años, antes de especializarme. Cometí un error garrafal. Compré una primera edición de *Cumbres Borrascosas* por diez chelines, sin saber qué era. Pensé que no era más que una novela de la Brontë, y se la vendí a un tratante americano —creo que era Lascombe, de Virginia—, por cinco. Un mes más tarde me enteré de que dicho caballero había rechazado tres mil dólares por la obra.

Su mano de viejo acarició el libro con sus nudosos dedos. Había algo muy sensual en este movimiento.

—Pero no pienso cometer ningún otro error —prosiguió—. No, no con este bebé. No sé por qué, pero vale mucho dinero para una persona. Y no se lo vendería a usted por cien libras, John.

—¿Piensa que hallará un buen cliente? En tal caso, tendrá que estar tan loco como usted.

John se esforzó por apurar su té. «Realmente, el viejo Roach estaba chiflado —pensó—. No tenía ni pizca de sentido común. La idea de un cliente que pagara tanto dinero era una imbecilidad. Sí, vivir solo y con tantos libros en su compañía, le había secado el cerebro, como a Don Quijote. No tenía amigos ni parientes próximos, y nadie sabía nada de él. Debía de rondar los ochenta, y el cerebro ya estaba desquiciado. De seguir así, tendrían que internarlo en un asilo.»

—Si encuentra alguien que pague lo que usted dio por el libro, me colgaré hasta morir —le espetó.

—Oh, tendrá que colgarse, hijo; puede apostar en ello. —Una sonrisa senil entreabrió los labios de Roach sin que soltara el cigarrillo—. Uno tiene que fiarse de los buenos clientes en esta clase de negocio, un comercio de postales y catálogos puramente. Para usted, que posee una buena tienda, es diferente, claro. A su tienda acude la gente, hablan con usted y a veces le compran libros, o los piden por intermedio de usted. Se trata de una relación personal, Pero un pobretón como yo, con sólo una máquina de escribir, nunca ve a sus parroquianos, y tiene que contentarles mediante el resultado de las ventas. Sólo son nombres en una lista enviada por correo, y si no encuentran lo que buscan, los pierdo.

Metió una hoja de papel en la máquina y se terminó el té.

—Y ahora, Johnnie —continuó—, tendrá que dejarme. No diré que mi negocio sea brillante, pero tengo mucho trabajo.

—Naturalmente. —John sonrió agradablemente—. Pero ¿qué hay de la divertida historia que me prometió a cambio de traerle a casa?

—Oh, bueno, espere unos días, hijo. En este momento, aún no sé exactamente cómo termina. Y en cuanto a su amabilidad por traerme hasta aquí, ya está bien pagado: dos estupendos *Antesalas del Reino* y el *Everest*. No los venda por menos de diez libras. Y ahora, lárguese.

Sus viejos y astutos ojos vieron cómo John Cain se dirigía a la puerta, y luego concentró su atención en la máquina de escribir.

Con referencia a su petición permanente —escribió—, *tengo un buen ejemplar. Número de limitación, 68. Mi precio, incluyendo el envío es de* —hizo una leve pausa, chupando la colilla del cigarrillo, y sonrió levemente. Luego escribió—: *cien libras*.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó en voz alta cuando hubo terminado, y volvió a pasar la mano por la cubierta del libro con aquel extraño movimiento sensual. Luego, añadió—: Este es tu secreto, ¿eh? —Ahora que estaba solo, su voz era diferente. Había perdido su acento barriobajero, y sonaba como una voz culta, casi académica. Al cabo de unos instantes, agregó—: Eras un libro ordinario, casi feo, y pensaba saber cuanto hay que saber de ti. Conque es esto, ¿eh, querido? ¿Por qué vales tanto dinero?

Se retrepó en la silla y no pareció estar pensando en nada, aunque tenía los ojos fijos en el libro. Casi estaba dormido cuando sonó el timbre de la puerta, y arrastrando los pies, fue a abrir.

John Cain no vio ni tan siquiera pensó en Roach durante los dos días siguientes, hasta que un dibujante de películas llamado Fred Lacey le llamó respecto a una colección de libros sobre las modas de la Regencia. Lacey era un tipo bajito y gordinflón, con cara de bufón, aunque su cuerpo ocultaba un alma espiritual. O estaba sin trabajo o tenía demasiado, y todo lo que hacía era apresurado.

—No, no, no, no, señor Cain. —La voz sonaba tensa y rasposa por el teléfono, como si hubiera estado corriendo—. No me interesa. Comprendo que usted podría conseguir una colección anunciando en un diario comercial, pero esto nos llevaría diez días. Si debo tener

listos estos dibujos a tiempo, necesito un ejemplar de… de… —dejó oír un ruido como el escape de un motor y acabó—: de *Las Modas*, de Townsend, mañana mismo. Comprenda, señor Cain. Hasta ahora he sido un buen cliente suyo y confiaba en que pudiera ayudarme. Se trata de un asunto muy importante para mí. No parecía un cliente sino un prisionero, suplicando por su vida, en una cárcel oriental.

—Haré lo que pueda, señor Lacey, pero no le prometo nada. Es muy difícil encontrar un Townsend actualmente, pero si tengo suerte le llamaré.

John colgó rápidamente el aparato, antes de escuchar otro aluvión de palabras, y reflexionó unos instantes. Era difícil conseguir aquel libro, pero Lacey era un buen cliente y valía la pena tomarse algunas molestias. Sería agradable hacerle un favor; debía de haber algún ejemplar en Londres.

Sí, recordaba haber visto uno no hacía mucho. Cinco volúmenes en folio, encuadernados en tela verde con adornos escarlatas, en el estante o en el escaparate de alguien… El título de los cinco tomos era: *Historia de la moda*, de Townsend, edición 1832, lo cual haría feliz a Lacey, y a él le proporcionaría un buen beneficio.

¿Dónde los había visto? Volvió a reclinarse en su butaca, viendo claramente los ejemplares pero sin poder situarlos. Por un momento pensó telefonear a un par de tratantes de libros, y de repente se acordó de Roach. Naturalmente, el viejo no los tendría porque no entraban en su especialidad, ya que sólo se dedicaba al deporte y la aeronáutica, y el Townsend caía fuera de su negocio. Daba lo mismo. Los libros se hallaban en una tienda de Londres y Roach sabría en cuál. Su memoria para los libros era como una computadora, y pasaba dos tercios de su tiempo libre yendo de tienda en tienda con la esperanza de encontrar algo de su especialidad.

¡Maldito Roach! El viejo idiota tenía una máquina de escribir eléctrica, pero en cambio, carecía de teléfono. Si necesitaba ayuda del anciano tendría que ir a su casa. Y… ¿por qué no? Era miércoles, día en que cerraba temprano, y su ayudante, una chica de

quince años de poco cerebro pero honrada, podría cuidar de la tienda. Le entregó las llaves y se marchó.

Era agradable salir un rato. Agradable aspirar el aire libre y los vapores de gasolina en vez del rancio olor a encuadernaciones, el polvo y la mala ventilación del interior. La mañana era buena; de principios de abril, con la primavera asomándose entre los árboles, y las golondrinas planeando en el horizonte como platillos volantes. La mañana que le obliga a uno a pasear sin rumbo fijo, a zarpar hacia cualquier parte y a olvidarse de todo negocio: de los catálogos, de las encuadernaciones y de las conversaciones susurradas respecto a transacciones de poca monta; un buen día para conducir un automóvil.

No tardó en llegar a Clapham Common. Los niños jugaban al fútbol sobre la hierba, y la ciudad escalaba la colina Lavender, con sus casas todas idénticas, ahumadas, y casi bonitas al sol. Suspiró profundamente al salir del coche y trepó los desgastados peldaños que conducían a casa de Roach.

«Vaya vida… —pensó de repente—. ¡Vaya vida perra!»

Roach llevaba más de treinta años en el negocio. Se rumoreaba que antaño había sido alguien importante; un profesor o conferenciante universitario que cometió un error y se vio obligado a pagarlo, según opinión general. Fuese como fuese, había algo triste en Roach. Vivía completamente solo, sin una mujer que le atendiese, y a nadie de este mundo podía importarle su vida o su muerte. Aparte de sus libros y su arruinada casa, no tenía nada. No tardaría en morir, y el Consejo cerraría la vivienda y venderían sus libros, a no ser que él hubiera redactado testamento. Después, un día, los libros irían a parar a una subasta, los «chicos» los adquirirían y el trabajo de toda una vida no habría servido de nada, o de muy poco.

Apretó el timbre situado a un lado de la puerta, y no oyó ningún ruido dentro, aunque sí el rugido de un coche en la calle. En la acera, dos andrajosos chiquillos le estaban contemplando con gravedad. Tal vez el timbre no sonaba, por lo que golpeó fuertemente la puerta. Entonces, la hoja de madera se abrió ligeramente. El viejo Roach la

había dejado abierta. Probablemente había salido de compras. Una vez le había contado que ni siquiera le traían a casa la leche. John meditó un segundo y decidió esperar dentro. Las insistentes miradas de los dos chiquillos le molestaban un poco.

Al empujar la puerta y penetrar en el pasadizo, el olor de la casa lo envolvió como una manta; suciedad, corrupción, todo se mezclaba en el ambiente, formado de dejadez y porquería. Recorrió cautelosamente el corredor, sintiendo el crujido de las tablas bajo sus pies. Era la primera vez que estaba solo en aquella casa y, aunque jamás lo habría reconocido, no le gustaba aquella sensación. Si Lacey obtenía un ejemplar de la obra tendría que pagar bastante, decidió.

Al menos el despachito del extremo del pasillo estaba relativamente limpio. Habían corrido las cortinas; sin embargo, la ventana debía de estar abierta, ya que aquéllas se movían ligeramente a impulso de la brisa. Miró en torno, al otro lado del cuarto, admirando los libros, los archivadores y el…

—Ah, de modo que está usted aquí —exclamó al ver a Roach de pie, junto a la estantería más apartada—. ¿No me ha oído llamar? Seguramente, el timbre está estropeado.

Sonrió, viendo que Roach se giraba hacia él y se detenía mirándole fijamente. De repente murió la sonrisa en sus labios. Había algo poco natural en la postura de Roach; estaba un poco vuelto de lado, como si fuese el aire y no sus músculos lo que hacía girar su cuerpo.

—He venido para preguntarle… —volvió a decir, y de pronto calló, ya que realmente era el aire lo que movía aquel cuerpo. Los pies de Roach no se apoyaban en el suelo, y sobre la extraña mueca de su cara, por encima de su cabeza, una extensa cuerda lo mantenía colgado del techo.

2

—No se preocupe, señor Cain, fue suicidio. No hay la menor duda de ello.

El sargento de detectives Jaime Manners se inclinó graciosamente sobre su mesa y sonrió. Era la suya una sonrisa cálida y brillante; su cabello parecía aplastado por betún de zapatos. Aunque no era grueso, parecía tan fuerte como un león, dando la impresión de que si se le pinchaba podía estallar.

—No, hace una semana que falleció su amigo Roach, y no hemos hallado ningún motivo para dudar de que se matase él mismo. Nuestras investigaciones han sido muy completas, y el resultado ha sido concluyente. El día de la subasta de Highgate estaba bastante desequilibrado; usted mismo y varios colegas están de acuerdo en esto. Era un viejo desdichado, que vivía solo. La cuerda con que se ahorcó la tenía hace años; piense en esto, señor Cain.

—Sí, es cierto. Coleccionaba reliquias y recuerdos de alpinistas famosos, y la cuerda era uno de sus mejores tesoros. La había usado Jorge Mallory.

—Mallory… —Manners frunció levemente el entrecejo—. Oh, sí, el hombre del Everest. El tipo que explicó que debía escalar el Everest «porque está allí». Supongo que su frase fue muy inteligente y aguda, pero no veo por qué. «¿Por qué atracó el Banco, Bill Sykes?» «Porque estaba allí, Su Señoría.» —Se permitió otra cálida sonrisa. Luego, con más seriedad, añadió—: No, tranquilícese, señor

Cain. Roach era un hombre solo y extraño, y al parecer se comportó de manera muy rara en la subasta. Compró un lote de libros por un valor muy superior al verdadero. Cuando usted le dejó aquella tarde, tal vez empezó a pensar que le fallaba el cerebro y decidió terminar de una vez. Ató una cuerda al techo y amontonó unos libros debajo, de modo que pudiera pegarles un puntapié. Así lo hizo. Muy típico en los viejos que viven solos. Cada día nos tropezamos con casos parecidos.

—Sí, supongo que sí —asintió John, apartando la vista de la deslumbrante sonrisa de Manners, pareciéndole que estaba de nuevo en el despachito de Roach, con la luz del sol filtrándose por entre las cortinas, y aquel cadáver balanceándose al extremo de la cuerda como un arlequín de trapo.

Luego, sus pensamientos se desviaron hacia el día de la subasta, y a la despedida de Roach en su casa, concentrándose en la máquina de escribir.

—Bien —continuó—, cuando le dejé aquella tarde no se comportó como un hombre que planea su suicidio.

—Seguro que no, amigo, pero ¿ha visto usted personalmente a muchos presuntos suicidas? ¿Quién sabe lo que pasó por su mente cuando usted lo dejó? Eran las seis, aproximadamente, y la evidencia médica demuestra que murió a las nueve. En tres horas pueden pasar muchas cosas. —La voz del sargento era amable, pero empezaba a cansarse de las suposiciones de John—. Si sigue mi consejo, señor Cain, no piense siquiera en un juego sucio. No hemos hallado la menor sospecha, y en caso contrario… —Calló un segundo y abrió un cajón de su mesa—. De tener la menor sospecha de que Roach fue asesinado, temo que usted se hallaría encerrado en estos momentos.

—¿Yo? —John enrojeció súbitamente—. ¿Por qué? Yo apreciaba al viejo Roach. ¿Quiere decir porque estuve con él la tarde en que murió?

—Porque estuvo con él, porque fue usted quien lo encontró… y porque usted es la única persona con un motivo para desear su

muerte, al menos por lo que sabemos. —Contempló el asombro pintado en el rostro de John y puso una hoja de papel color crema sobre la mesa—. Debido a esto, caballero.

—¡Dios mío! —Mientras lo leía, el papel parecía encogerse y tornarse borroso ante la mirada de John—. Nunca me dijo… jamás dejó entrever nada a este respecto.

—Seguro que no, señor Cain, pero esto es lo que hizo el viejo Roach; todo perfecto y legal, con el testimonio de su Banco tres semanas antes. Usted es su albacea y único heredero, y sus bienes incluyen dos centenares de libras, su casa, que es arrendada, y lo que tengo entendido es una buena colección de libros. Y no veo ningún motivo por el que no pueda usted entrar en posesión de la herencia lo antes posible, señor Cain. Naturalmente, esto es un poco irregular, pero por una vez correré el albur. No hay duda de cuál será el veredicto de la encuesta, y el Banco no ha corrido ningún riesgo adelantando el testamento. Claro está, usted no podrá vender nada hasta que todo esté legalizado debidamente, o me pondría en un aprieto. Felicidades, amigo, y aquí tiene la llave. —Se la entregó a John, arrellanándose en su butaca. Tras una pausa, continuó—. Aparte del cadáver, creo que lo hallará usted todo tal como estaba la última vez que estuvo usted allí. —Exhibió una mano y su sonrisa se posó en John como si acabara de darle la llave del Banco de Inglaterra—. Y ahora, señor Cain, tengo mucho que hacer y estoy seguro de que usted deseará examinar su herencia. Buenos días.

Se levantó para abrir la puerta y John recorrió el corredor. Luego, el sargento volvió a su mesa y cogió el teléfono.

—¿Es usted, inspector? —preguntó—. Aquí, Manners. Acabo de sostener una amigable charla con el amigo Cain. Sí, le entregué la llave como usted sugirió, y supongo que esto pondrá un remate a sus ideas sobre asesinato. No, no tiene valor para haberle matado él. Sí, fue un suicidio. ¿Debemos cerrar el expediente? Gracias, señor. Sí, aguardaremos un poco. —Frunció el ceño mientras escuchaba unos instantes—. No, lo hemos comprobado con la oficina de registros, pero no sirve de nada. Aparte de haber usado un nombre falso

durante treinta años, no tenemos la menor idea de quién era en realidad el viejo Roach.

Pero Manners estaba equivocado, ya que todo no estaba donde debía. Faltaba una cosa.

John sentóse a la mesa de Roach, y estuvo allí varias horas. El cenicero estaba lleno de colillas, y a su alrededor todo permanecía atestado con papeles de Roach y libros y catálogos. Pero nada de esto le dijo nada, o muy poco. Nada respecto al pasado ni a los antecedentes del muerto, nada respecto a sus temores, esperanzas o sentimientos particulares. Sólo registros de las transacciones durante aquellos años: tarjetas de precios, facturas, pedidos.

> *Muy señores míos: Puedo ofrecerles los siguientes…*
>
> *Gracias por su estimado pedido, pero lamento comunicarles que este libro está vendido…*
>
> *Por favor, mándenme un ejemplar de* La escopeta y su desarrollo*, de Greener…*

Sí, mucha correspondencia: cartas a proveedores y ofertas a los clientes, peticiones a los comerciantes, pero ni una sola carta de un amigo o pariente. Montones de catálogos con sus señales de referencia, y listas de clientes con el interés especial de cada uno: *Charles Longden, pistolas y rifles antiguos; Librería de la Universidad de California del Norte, todo lo referente a alpinismo americano; L. K. Wilkes, caballero… números atrasados del diario del Club de Rocas y Descensos*.

Nada que le dijese cómo era Roach o por qué había muerto al extremo de la cuerda de Mallory.

Pero el sargento Manners debía de conocer su oficio. Roach era un viejo desequilibrado y sólo John tenía un motivo para matarle. Con

la muerte de Roach probablemente ganaba cinco mil libras, de forma que ¿a qué quejarse? Sí, Roach se había suicidado.

Pero tenía que estar seguro. Se levantó y anduvo lentamente por delante de los estantes de libros, inspeccionando cada título y comparándolo con el catálogo escrito de puño y letra de Roach, con la fecha de la compra, el precio pagado y el de venta. De vez en cuando otro detalle, una fecha y la suma obtenida al margen. Todo en orden, todos los libros en su sitio, sin faltar uno. Bien, faltaba uno.

Cuidadosamente, registró la habitación y después el resto de la casa. Esta no le gustó nada. Roach podía haber sido un librero eficiente, pero el cuchitril en que vivía era inhabitable. Muebles rotos, alfombras cubiertas de polvo y suciedad, y un lavabo que probablemente estaba agrietado desde hacía muchos años. Todos los cajones y armarios que abrió parecían contener seres húmedos y mojados como sapos, que podían rodearle las muñecas con sus cuerpos viscosos.

Por fin, terminó la búsqueda y volvió al despacho, tratando de poner en orden sus ideas. Probablemente, Roach se había suicidado; no obstante, había un misterio por solucionar, ya que alguien se había llevado algo de casa de Roach cuando éste murió. La última vez había dejado a Roach sentado frente a la máquina de escribir, y delante un ejemplar de *Peñas Grises*. Y ahora, el ejemplar no estaba en la casa.

Se retrepó en la silla, reflexionando profundamente y chupando un cigarrillo. Había dejado a Roach poco después de las seis, y el viejo había muerto a las nueve. Las estafetas de correos cerraban a las seis en punto. Por tanto, no pudo enviar por correo el libro aquella tarde, de forma que alguien tenía que habérselo llevado. ¿Era posible que alguien le hubiese matado a causa del libro?

¿Y qué había en el ejemplar, que le daba tanta importancia? Se trataba de un volumen más bien falsamente pretencioso, de recuerdos escritos por alguien que probablemente había fallecido muchos años atrás. Un libro cuyo valor máximo no superaba las doce libras, pero por el que un astuto y experimentado librero había

pagado cuarenta y tres, afirmando que aún obtendría un buen beneficio.

Sí, a John le gustaría mucho saber el nombre de un cliente que podía pagar tanto dinero por *Peñas Grises*. Por su mente empezaron a desfilar novelas detectivescas: testamentos escondidos en las encuadernaciones, documentos acusadores entre las páginas amarillentas, un plano mostrando la ubicación de un tesoro enterrado… ¿Había algo especial en el ejemplar que Roach había adquirido tan caro?

Recordó la subasta oficial y la segunda. Todo el mundo sonrió burlonamente a medida que las pujas iban subiendo, aportando un buen dividendo a los demás, mientras Roach inclinaba la cabeza y Lehman levantaba un tembloroso dedo. Sí, Lehman debía de saber sobre aquel libro. No se habría arriesgado a ofrecer cuarenta y tres libras de no estar seguro de que Roach elevaría la puja. Sam Lehman estaba enterado. El horrible Sam, con su rostro puntiagudo y sus amarillentos dientes sobresaliendo por entre sus labios. Una cara como la ilustración de un animal de un libro para niños, con rasgos y ropas humanos. «El caballero, ratón, comerciante», con una cola gris, muy peluda, saliendo de sus pantalones. Sí, resultaría interesante sostener unas palabras con el «buen Sam Lehman».

—Flaxman, nueve, cuatro, cinco, cuatro.

La voz al extremo de la línea era espesa, como si la boca que la producía estuviese llena de comida, lo cual era probable. Lehman debía de haber cerrado ya la tienda y estaría sentado delante de una taza de té en el cuarto de arriba, según podía imaginarse John. Sam habíase desprendido de sus principios religiosos hacía años, y a pesar de ser judío no le hacía remilgos a un plato de tocino y salchichas, y a trozos de tocino salado con un buen té caliente.

—Johnnie, amigo, Johnnie Cain, qué alegría de que me llames… —La voz tenía una nota de deleite, como si la llamada fuese lo único importante del día—. ¿En qué puedo servirte, Johnnie? ¿Quieres

venderme algo? ¿O comprar algo interesante? Chico, tengo bastante dinero y sabes que siempre pago bien lo que entra en mi especialidad.

—Ya lo sé, Lehman.

Lehman era uno de los que peor pagaban en el negocio, y John no había logrado averiguar jamás cuál era su «especialidad». En apariencia, trataba de literatura e historia, aunque se rumoreaba que tenía otros intereses más provechosos. Al fondo de su tienda había un cuartito donde sólo penetraban los clientes más favorecidos. Clientes algo nerviosos, que entraban y salían de allí furtivamente con paquetes muy bien envueltos, clientes que volvían al cabo de una semana… más empobrecidos, pero más avisados. Si los rumores eran ciertos, Lehman poseía una librería de volúmenes muy caros, que le permitía mantener una querida joven, pasar los finales de semana en Brighton y Eastbourne, y jugar con bastantes beneficios en las carreras de galgos.

—No, Sam, no he comprado nada últimamente —replicó—. Pero creo que tengo algo interesante para usted. Acabo de heredar unos tres mil libros y pensé que…

—¡Heredar! ¿Tres mil libros? —La voz contenía ahora una nota de estupor. Luego continuó con más calma—. Naturalmente, quieres que te ayude a separarlos en lotes. Has sido muy amable, Johnnie. Es agradable saber que un joven se guarda su orgullo y le pide a un viejo como yo que le eche una mano. Te lo agradezco, y claro está que puedes confiar en mí. Sí, además, te pagaré bien lo que me interese. Pregúntale a quien quieras del oficio y te dirá lo mismo…: «El buen Sam Lehman siempre paga bien.» ¿De qué son esos libros y quién te los ha legado? Seguramente algún tío rico, a quien le gustaban las obras bien encuadernadas, ¿eh?

—No, ningún pariente, Sam, y hay muchos libros sin encuadernar. Son libros de aeronáutica y temas deportivos.

—¿Temas deportivos? —Por un momento la voz pareció contenida, y John pensó que Lehman había tomado la palabra «deportivos» por eróticos, como los de su habitación secreta. Luego,

volvió a mostrarse excitado—. ¿Te refieres… a los libros del viejo Roach? ¿Te los dejó a ti, Johnnie? Bien, bien, pobre diablo… No tenía familia y te lo dejó todo a ti, sólo porque de vez en cuando le acompañabas a las subastas. —Calló un momento y John oyó un ruido de vajilla como si Lehman estuviera considerando su próximo movimiento, tonificándose con un sorbo de té. Luego, prosiguió—: ¿Y a quién mejor si no al buen Johnnie? Oh, sí, ya sé que eras un buen amigo del viejo Roach… Fuiste muy… muy amable con él… y me encanta saber que eres su heredero. Precisamente, el otro día se lo estaba diciendo a mi esposa: «Johnnie Cain es muy buen amigo de Roach.»

Parecía un maestro felicitando a un alumno por un premio bien merecido.

—Bien, has hecho bien acudiendo a mí, amiguito. A Roach le hubiese gustado la idea de examinar juntos sus libros. Oh, sí, tuvimos nuestras diferencias en el pasado… ¿quién no las tiene?, pero en lo más profundo éramos como hermanos. Como todos los del oficio, sabía que podía fiarse de mí hasta su último penique. A propósito, Johnnie, ¿sabes qué me dijo Jack Goldsmith en la última cena de Libreros de Obras Raras?: «Nuestro brindis, caballeros, es para el caballero Sam Lehman, de los libros Viaducto. Como pueden ver, los años han puesto algunas manchas y señales de polvo en la portada del viejo Sam, pero en su interior hay una mente tan clara como siempre.» Y todos los chicos aplaudieron y gritaron.

—Sí, estuve allí —asintió John, haciendo una mueca ante aquel mal recuerdo. Trocó la mueca en una sonrisa—. Bien, Sam, vamos al grano. Sé que usted daría la mitad de sus dientes para echar una ojeada a esos libros. Roach me contó que usted entró en su casa dos veces casi a la fuerza. —Ignoró la exclamación indignada al otro extremo de la línea y continuó—: Pues bien, ahora podrá mirarlos y examinarlos, pero antes necesito cierta información. ¿Qué había de especial en el ejemplar de *Peñas Grises* del otro día?

—*Peñas Grises?* Oh, sí, ya recuerdo. Tú estabas en la subasta, ¿verdad? —Ahora Lehman estaba en guardia, y su voz había perdido

toda la amabilidad—. ¿Qué quieres saber, Johnnie? De haberlo imaginado, habría consultado el *Registro de Subastas* o *Precios corrientes de libros*, y te diría todo lo que quieras.

—No, Sam, eso no me serviría de nada. Lo que quiero saber es esto. Usted y el viejo Roach conocían su negocio, de modo que no sé por qué lo hizo usted. Sí, ¿por qué pujó hasta cuarenta libras por un libro que apenas vale doce?

—Está bien, Johnnie, te lo diré —Lehman calló un momento, y luego habló apresuradamente—. Si me prometes dejarme a buen precio algunos libros de Roach, te lo diré. Creí que el viejo chiflado había puesto sus manos en un *kamtsen*.

—¿Un *kamtsen*?

John recordaba vagamente la palabra judía. Podía traducirse aproximadamente como «tesoro».

—Exacto, muchacho, un *kamtsen*; el coleccionista con el que soñamos, como soñamos con encontrar un Primer Folio, o una Biblia Gutenberg. El hombre que está loco por un libro, y no le importa el precio ni su procedencia. A menudo se los encuentra en el negocio de pinturas; un tipejo compra un cuadro robado que no enseñará nunca a nadie, sólo para tenerlo en una buhardilla. Es una enfermedad, aunque muy útil si un vendedor quiere hacerse rico.

—Sí, lo sé. Incluso un pobre es bueno para esto —John recordaba un cliente suyo, un empleado retirado que vivía de su pensión, y que adquiría ejemplares de cierta obra local a cinco guineas cada uno, sin ocultar sus motivos.

«No puedo consentir que estos ejemplares estén en poder de otras personas, señor Cain.»

—Pero *Peñas Grises* no es la clase de obra que puede interesar a un coleccionista, Sam —arguyó—. Es una obra demasiado generalizadora. Si por ejemplo se refiriese a un solo alpinista, digamos como Mallory, convirtiéndole en el protagonista, podría imaginarme…

—Oye, Johnnie, no soy ningún psicólogo, sino un pobre, oh, sí, muy pobre librero, y te cuento lo que sucedió. —Era una explosión,

como si Lehman estuviese incómodo. Luego, continuó—: Hace unos cuatro meses, el viejo Roach entró en mi tienda y me compró un ejemplar de *Peñas Grises*. Me pagó sólo diez libras, regateando, pero esto no importa. Lo que me interesó es que más tarde me enteré de que había comprado otro ejemplar en la librería Sheridan, y otro en casa de Fred Jackson. Esto me puso sobre aviso y me hizo abrir los ojos, como fácilmente comprenderás.

—Lo comprendo, Sam.

Mientras escuchaba, por la imaginación de John pasó una idea terrible: una enorme rata gris con la cara de Lehman.

—Claro. Hablé con los comerciantes y los mozos de las subastas, y consulté las revistas. El viejo Roach publicó anuncios pidiendo esa obra en *London News, Sporting Life*, y en otra media docena de periódicos. Durante el año pasado compró más de treinta ejemplares, o sea un tercio de toda la edición.

—¡Caramba! ¿Está comprobado eso, Sam?

—Comprobado, Johnnie, y cuando vi que había un ejemplar de la obra en la última subasta, pensé que había llegado el momento de arriesgar algún dinero. Decidí pagar cuarenta guineas por todo el lote. Si Roach superaba la puja, los chicos se llevarían un buen dividendo; de lo contrario, yo me quedaría con el libro, y tal vez conseguiría hincarle los dientes al cliente *kamtsen* de Roach.

—Lo siento, Sam, pero no lo entiendo.

—Usa un poco la cabeza, muchacho. Esas personas no son normales, como sabes. Están locos por las cosas que coleccionan, lo mismo que un toxicómano lo está por las drogas. Supongamos que ese cliente le hubiese dicho a Roach que pujase hasta treinta libras por el ejemplar, y Roach no podía quedarse con él. Supongo que el cliente estaría desalentado. Pensaría lo mismo que si se le hubiera muerto la madre o la esposa, y decidiría que debía ofrecer más dinero. Su locura le haría suponer que el libro valía hasta el último penique de su cuenta bancaria. Después realizaría algunas indagaciones y se enteraría de que el ejemplar se hallaba en poder

de un tal Sam Lehman de la librería Viaducto. Y acudiría a mí, y yo ganaría algunas libras en el trato. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí —contestó John.

Aunque lo que realmente estaba viendo era cómo podía haber terminado el asunto: Roach sentado en su despacho, esperando a un cliente, con *Peñas Grises* a su lado. Después, el timbre de la puerta y él levantándose para recibir al cliente.

Y éste podía ser pobre, Roach haberse mostrado avaricioso y pedirle más de lo que el otro podía pagar. Entonces, tal vez aquella mente enfermiza había consultado lo que llevaba en la carta, lo que había escrito en un resumen bancario el director del Banco, y cuánto debía la esposa, comprendiendo que no podía desprenderse de tal cantidad. Pero al mismo tiempo, sus miradas se habían detenido en el tomo encuadernado sobre la mesa de Roach, como si fuese el Santo Grial, ansiando apoderarse del mismo.

Y en aquel momento, la ansiedad podía haberle impulsado a la acción: un golpe en la cabeza, dejando una señal tan leve que hubiese pasado inadvertida ante la poca atenta mirada de un forense convencido del suicidio, y el cuerpo de Roach balanceándose al extremo de una cuerda.

Imposible… ¿o no? John sabía bastantes cosas respecto a los coleccionistas de libros y otros artículos, y ya no podía sorprenderse de nada. Pensó un ejemplo en particular: un hombre feliz, que coleccionaba series corrientes de unos libros llamados *La herencia británica*. Sí, un hombre muy feliz.

«Por fin tengo dieciséis, lo cual deja el resto en doce. ¿Cree usted que podría conseguir el número treinta y nueve? Gracias, señor Cain, muchas gracias. Sólo necesito once ejemplares para completar la serie.»

Y sus ojos resplandecían como diamantes al formular la petición.

Y un día se habían encontrado en la calle, y el tipo ya no parecía feliz y sus ojos no brillaban en absoluto. También había adelgazado y el traje colgaba en torno a su cuerpo. Ya no era feliz.

«Sí —asintió—. Tengo toda la colección. Puedo descansar, ¿verdad, señor Cain?»

En realidad, quería decir que su vida ya había perdido todo interés.

Sí, los coleccionistas formaban una raza especial, y si Roach había tropezado con uno que no sólo fuese extraño, sino también cruel; si lo había empujado demasiado lejos… oh, sí, podía haberlo convertido en un asesino.

—Gracias, Sam —concluyó—. Sí, esto es lo que deseaba saber, y puede contar con los primeros libros de Roach que yo decida vender. Además, le dejaré que les eche un vistazo.

—¿Cómo? Oh, sí, una promesa es una promesa. Y como puede decirte cualquiera del oficio, amigo Johnnie, el buen Sam es muy honrado.

John soltó el teléfono antes de dejarse deslumbrar por la palabrería del judío y salió de la cabina. En su cerebro empezaba a formarse un plan de campaña, pero antes necesitaba un consejo. Pasó por delante de la casa de Roach otra vez y subió a su coche.

—Salga del paso, Cain.

La señora Beatriz Budd, Bee para sus amigos, Belcebú para sus enemigos, que eran muchos, levantó un pesado volumen encuadernado en piel, de un montón de su mesa y lo arrojó al otro lado de la tienda. Pasó junto a John como un *boomerang*, y cayó dentro de un cajón cuya etiqueta decía «Robinson». Tenía unos cincuenta y cinco años, y parecía la tía solterona de alguien, y se rumoreaba que era muy rica. John no tenía motivos para dudarlo, ya que estaba bien enterado de la marcha del negocio.

Como todos los del oficio, la señora Budd se levantaba cada mañana y meditaba lo que podía vender a América, pero sus pensamientos giraban solamente en torno al dinero. Mientras todo el mundo tenía una sola idea en la mente, ella vendía en grandes cantidades, a precios baratos.

En todas las subastas donde había lotes baratos, libros encuadernados que nadie quería, siempre que fuesen una ganga, y pudiera venderlos al otro lado del Atlántico con una ganancia más que suficiente, se lo quedaba todo, ya que en América conocía a un pulpo que lo absorbía todo: un comerciante viejo de Chicago que respondía al nombre de «Miles de Libros de Robinson», y que pensaba que la gente compraba todo lo que era barato… verdaderamente barato. De forma sorprendente, esta teoría daba buen resultado, y tanto él como la señora Bee se estaban poniendo las botas.

¡Crac! Otro tomo pesado adentro del cajón. Bee estaba alimentando bien a su pulpo. Aquella mañana había adquirido más de dos mil volúmenes por menos de diez libras, y los estaba escogiendo, separando las ovejas de las cabras. Dos tercios irían a parar al cajón de Robinson, y los demás se quedarían en sus propias estanterías marcados a un chelín o seis peniques.

—Sí, claro que me enteré de la muerte del viejo Roach. Hace años que era de esperar. —Hizo una pausa en su labor y contempló a John un instante, con sus prominentes ojos que recordaban los de un pequinés. Continuó—: No sabía que había hecho testamento en tu favor, el muy tonto. Sí, también tú te irás a Chicago, pequeño —gritó en voz alta, arrojando un volumen de las *Memorias* de Churchill al cajón—. ¿Y piensas que no fue un suicidio, John? Entonces, tú también eres tonto. El pobre diablo tenía muchas cosas sobre su conciencia. Claro que supongo que había bastantes personas que podían desear su muerte. —Frunció el ceño ligeramente—. Pero olvídate de esta necedad del coleccionista de libros. Tal vez esa rata de Lehman tenga razón y Roach hubiese encontrado un parroquiano loco, pero ¿qué? Si vieras algunos de los zopencos que entran aquí los sábados, no te sorprendería nada. Aunque no son asesinos.

—Bee… —Con gran dificultad, John consiguió interrumpir su discurso—. No estoy de acuerdo con usted. Usted dice que Roach tenía un motivo para suicidarse, pero que también mucha gente deseaba su muerte. Bien, ¿por qué motivos? ¡Qué había hecho!

—¿Es que no lo sabes? —Su arrugado rostro mostró su incredulidad—. ¿No te lo contó? Te dejó sus libros y la pasta, pero no te dijo quién era en realidad. Espera un momento. —Pasó a la trastienda y volvió con un libro en la mano—. ¿Significa algo para ti el nombre de K. 105, o eres demasiado joven para recordarlo?

—Sí, lo recuerdo, es algo que leí hace tiempo. Era un avión, ¿verdad? Se estrelló en su primer vuelo y murieron todos los que iban a bordo.

—Exacto, Cain, se estrelló. —Dejó el libro sobre el mostrador y lo abrió—. Este es el hombre que tuvo la culpa del siniestro. Míralo.

—Gracias. —John se inclinó sobre el libro, que era en realidad una revista de aeronáutica, del año 1921, y contempló una fotografía de un hombre apoyado en la pared de un hangar. *J. R. Bruce, constructor del avión K. 105* rezaba el pie de la ilustración, y hasta con la diferencia de edad, incluso con el sombrero sobre la frente, John reconoció aquel rostro—. ¡Roach! ¿Era él?

—Sí, Roach; todavía no puedo llamarle por su nombre verdadero; Roach fue quien diseñó el aparato, el que cayó. El tribunal le hizo responsable de todo, se vio zaherido por la prensa, lo mismo que le ocurrió a Tomás Bouch, que diseñó el puente Tay. Al cabo de un tiempo no pudo soportarlo y desapareció. Se cambió de nombre, adoptando el apellido de Roach, y se dedicó al negocio de libros, yendo de tienda en tienda y comprando y vendiendo por unos peniques de ganancia. Debió de tener buen olfato para el oficio, y pronto empezó a enviar listas por correo; al principio sólo se dedicaba a la aeronáutica, y después a los libros deportivos. Descubrí quién era por casualidad, cuando compré estas revistas.

—¿Nunca le dejó entrever que lo sabía?

Por primera vez en su vida, John creyó captar la verdadera personalidad de Roach. Por este motivo forzaba su acento, a ello se debía su soledad, y por eso utilizaba el sombrero que llevaba incluso estando en casa. Al cabo de treinta años, aquel accidente de aviación todavía debía de turbar sus sueños, dándole una razón para el suicidio.

—No se lo dije nunca. Tampoco a nadie más, aunque no niego que tal vez lo hubiese pregonado si Roach se hubiera interferido en las subastas. —La señora Budd sonrió, pero John sabía que lo había dicho en serio—. Lo que interesa es que acabo de demostrarte que Roach tenía un motivo casi perfecto para suicidarse, y si los polizontes aseguran que esto es lo que hizo, probablemente tengan razón. No son tontos, aunque a veces lo parezcan. Vaya, la última semana una pareja entró aquí a comprobar si tenía libros robados. Salieron con la mosca tras la oreja, te lo aseguro.

—Seguro, Bee —sonrió John.

Pero la mujer le gustaba, odiaba a Sam Lehman y, sin embargo, confiaba en éste y no en ella. La muerte de Roach no tenía nada que ver con un accidente ya olvidado, sino con un libro. Un libro, muy bien encuadernado en color azul, que estaba de manera inocente sobre la mesa del viejo y que había desaparecido. Un libro que podía esconder un secreto de la misma forma que la revista de aviación le había dicho a la señora Bee quién era Roach. Ahora, John poseía otra teoría sobre qué apoyar sus pesquisas, aparte de la del coleccionista de libros o algo escondido en un ejemplar especial.

—Bien, Cain, tengo que echarte. Stan Robinson es un buen cliente y le gusta recibir los envíos a tiempo.

La voz de la mujer interrumpió sus pensamientos.

Hizo una pausa para aclararse la garganta y agregó:

—Y no te preocupes más por Roach. Se suicidó, y el libro no tiene nada que ver con ello. Claro que si todavía no estás satisfecho, hay una forma muy fácil de probarlo. —Sonrió al observar la extrañeza de John—. Naturalmente, Roach poseía una lista de envíos, ¿verdad? Pues úsala. Pon el nombre de *Peñas Grises* en cada carta y ofrece el libro a todos los clientes. Si existe un asesino, acudirá a ti como una paloma mensajera.

Y como despidiendo definitivamente al joven, dio media vuelta y empezó a rebuscar por entre los libros esparcidos sobre el mostrador y la mesa.

Se tarda bastante en redactar una buena lista de clientes, pero Roach había dispuesto de treinta años. John repasó todas las carpetas que contenían los nombres de los clientes con algún interés especial, con alguna manía, y se preguntó si alguno de aquellos nombres ocultaría una personalidad criminal. Aunque no poseía muchos datos para continuar, estaba casi seguro de que existía un asesino. Por mucho que dijesen la Policía o la señora Budd, lo que Roach tenía sobre su conciencia no era la clase de cargo que impele al suicidio; al menos, no aquella noche. La noche de la subasta de Highgate, el viejo se había mostrado contento y excitado.

Inclinado hacia atrás en la silla, contempló el despacho, tratando de imaginarse cómo podría comprobar si su teoría era correcta. Roach era muy conocido entre los coleccionistas de obras deportivas, y cualquier día podía haber recibido una postal o una carta: *Le agradecería que pudiera enviarme algún ejemplar de* Peñas Grises, *si posee alguno o puede localizarlo*. El firmante podía ser un desconocido o un cliente de años.

Era probable que, en cualquier caso, Roach poseyese al menos un ejemplar en sus estantes, enviándolo y cobrando mediante giro postal. De esta forma, podía haberle ofrecido al cliente otros ejemplares, habiendo sido aceptada cada oferta.

Lentamente, el precio habría ido subiendo. John no se hacía ilusiones respecto al carácter de Roach. Si éste pensaba que un cliente tenía una manía, habría tratado de aprovecharse como cualquier usurero.

Sí, el precio habría ido en aumento cada vez más, y en cierto modo Roach tenía una justificación. La edición era limitada, con sólo cien ejemplares, y un cuarto de la misma debía de hallarse a salvo en las librerías, bibliotecas y casinos de alpinismo. Cada ejemplar debía de resultar muy difícil de encontrar y conseguir, tornándolo más valioso, y finalmente el viejo podía haber llegado a pensar que valía la pena pedir cualquier precio por sus esfuerzos.

Luego, hacía exactamente una semana, el cliente, perdida ya la paciencia, habría acudido a este despacho a recoger el último ejemplar. John hubiera querido saber cuánto había pedido Roach. En la subasta había pagado cuarenta y tres libras, por lo que sesenta habría sido una suma razonable. Al escuchar la cifra, el cliente no habría dado crédito a sus oídos. Luego, a medida que Roach le hubiera explicado las dificultades de la compra, la palabra «estafa» le habría subido a los labios, y el enojo podía haberse convertido en furia.

Sí, podía haber ocurrido esto, si bien lo único que sabía de cierto era que había desaparecido un libro del despacho del viejo, que éste había estado adquiriendo ejemplares del mismo a precios absurdos, y que Roach no pertenecía a la clase de hombres que se suicidan. Sin embargo, según Bee, existía un modo fácil de probar su teoría. Volvió a inclinarse sobre la mesa y estudió la lista de clientes con más atención. Entre todos aquellos nombres podía hallarse el que necesitaba, y estaba decidido a saber cuál era. Cogió una pluma y se puso a trabajar.

Lo más importante era separar las ovejas de las cabras. Aunque Roach fuese un especialista, trataba toda clase de obras deportivas, y había clientes interesados en temas tan dispares como el críquet, las grandes cacerías y otros deportes, todos los cuales podían descontarse, excepto el alpinismo. Asimismo, tampoco había por qué escribir a los que residían fuera de Inglaterra. Al cabo de una hora, John había separado cuarenta y ocho nombres, con las direcciones apuntadas.

Naturalmente, muchos podían quedar automáticamente eliminados también. Por ejemplo, el obispo de Tonbridge Wells, Su Señoría el juez Reeves, *Sir* Stephen Lent, presidente de los Combinados Aliados de Ingeniería, según parecíale recordar. No, en realidad no podía desdeñarlos. Un obispo, un juez y un industrial también podían sufrir una manía coleccionista, o tener un secreto, con la misma facilidad que otra persona. Había cuarenta y ocho nombres y tenía que escribir a todos ellos. Cuarenta y siete leerían

la carta, enarcarían las cejas al ver el precio y la tirarían a un cesto, pero tal vez uno se sobresaltaría y se descubriría. Presumiendo, claro está, que Roach hubiese puesto el nombre de este cliente especial en su lista.

A pesar de todo, valía la pena probar. Metió una de las tarjetas de Roach en la máquina de escribir y empezó a trabajar, dejando el encabezamiento tal cual, pero añadiendo su nombre y «sucesor de», y anotando su propio número telefónico. Después, describió los libros que pretendía vender, que era el cebo que atraería al cliente asesino.

> *Podemos ofrecer un ejemplar excelente de la edición de la casa Trefoil Press, de* Peñas Grises. *Edición limitada de cien ejemplares, y el nuestro lleva el número…*

No, no podía recordar el número del ejemplar de Roach, por lo que puso el 50, al azar. Entonces consultó su reloj. Casi las nueve, y la oficina central de correos hacía una recogida a medianoche. Si trabajaba a toda marcha, conseguiría llegar a tiempo. La enorme máquina de escribir eléctrica iba a toda velocidad bajo el impulso de sus dedos, la lámpara situada al lado le iluminaba como un foco sobre un escenario, y las filas de libros parecían fruncir el ceño hacia él, molestos por estar perturbándoles el sueño. Se concentró en rellenar aquellas tarjetas impersonales, que podían enfrentarle con un asesino.

> Peñas Grises: *edición de la casa Trefoil Press… Nuestro ejemplar número 50… Precio, 43 libras.* Peñas Grises… *edición de la casa Trefoil Press… Nuestro ejemplar número 50… Precio, 43.*

Lo concluyó, y contempló todas las tarjetas extendidas sobre la mesa, con los sellos y las direcciones puestas, y listas para su envío.

Las recogió todas en un montón, las unió con una gomita y se puso de pie. Una vez estuviesen en el buzón, la trampa estaría dispuesta. Si sus sospechas eran acertadas, alguien que creía estar a salvo recibiría una sorpresa desagradable con el correo de la mañana.

3

A las nueve y media de la mañana, varias personas leyeron la oferta de John, y la mayoría la desdeñaron con tristeza o con el desprecio que se merecía.

Su Señoría, el juez Reeves, por ejemplo, la leyó camino del Juzgado, y al principio se mostró complacido. Hacía tiempo que deseaba tener un ejemplar de aquel libro, y se sintió agradecido al sucesor de Roach por acordarse de él. Después, su vista tropezó con el precio y sus ojos parecieron retroceder dentro del cráneo. Los viejos delincuentes conocían muy bien aquella mirada fría y hundida, y hasta los más valerosos quedaban intimidados por ella. El juez era un hombre duro, tanto en el tribunal como en las rocas; la Chimenea de Reeves, en Scafell, y la Ruina de Reves, en los Grampianos, atestiguaban sus proezas.

—Un loco —musitó en voz baja—, un maldito loco…

Arrojó al piso del coche el pedazo de cartulina y, sin corresponder al saludo de su chófer, se apresuró hacia la escalinata de Old Bailey para condenar a un bígamo de setenta años.

Herbert Skinner, obispo de Tonbridge Wells, apenas se mostró más caritativo.

«Pobre viejo Roach —murmuró para sí, estudiando la cartulina apoyada en su taza de café—. Su negocio habrá caído en unas

manos ignorantes o muy ambiciosas.»

Se sentía ligeramente molesto, como si alguien le tomara por tonto, pero no cambió de expresión. A los veinticinco años, había tenido la desgracia de caerse desde el Muro Occidental de la roca Pilar, y la colisión resultante entre su cara y las piedras a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, lo había dejado con una especie de máscara sonriente, que podía haber figurado dignamente como gárgola en el frontis de una catedral.

«Sin embargo, hay que ser caritativo —continuó, dejando la mesa del desayuno y pasando a su despacho—. Tal vez ese tipo, Cain, sea solamente un ignorante, o haya cometido un error mecanográfico.»

Trazó un circulito en torno al precio, y escribió debajo: *¿Se trata de una broma?* Y firmó, *Herbert Tonbridge* con una rúbrica, y metió la tarjeta en un sobre.

«Sí —continuó alegremente y mirando su reloj—, hay que ser caritativo. Por supuesto, si el individuo sabe lo que escribió, fue un insulto a su inteligencia. ¡Cuarenta y tres libras!»

Se puso iracundo al considerar nuevamente la enormidad de la cifra. La Conferencia Diocesana debía empezar dentro de cinco minutos, y aunque no lo sabían, los clérigos de la junta no iban a pasarlo muy bien.

Al revés que el obispo, el doctor W. P. W. Wright (galardonado por sus servicios en pro del deporte británico), no era nada caritativo. Después de una simple mirada, la tarjeta quedó condenada, destrozada por unos fuertes dedos blanquecinos, y dejada de lado como un objeto especialmente desagradable, en tanto que una ronca y burlona carcajada resonaba en el consultorio. Al extremo de la estancia, dos recepcionistas se miraron mutuamente con timidez.

«Vaya —pensaron ambas—. El doctor vuelve a estar de mal humor. Este será uno de sus días malos.»

Y con más timidez aún, escucharon la voz de su amo musitando coléricamente en voz baja.

—Ese individuo debe de ser un estafador vulgar, y merecería ser apaleado —exclamó finalmente Winifred Wright, digno presidente del Club Alpino.

Pero si el obispo, el juez y el doctor no hicieron caso de la oferta, otros no estuvieron en el mismo caso.

El señor Philip Reade, custodio de la Biblioteca Metropolitana, por ejemplo, la estudió atentamente, y al final llamó a su ayudante.

—Dígame, señorita Sss… Sims —tartamudeaba ligeramente, siempre que algo le molestaba—, ¿no es éste el libro que nos causó aquella… aquella…?

—Perturbación —concluyó la señorita Sims.

—Sí, exacto: la edición de Trefoil Press, de *Peñas Grises*.

La joven cogió la tarjeta y parpadeó detrás de sus gafas.

—Pero esto es absurdo. ¡Cuarenta y tres libras! Si el precio normal de las subastas es de unas diez, a lo sumo. Ya sé que el señor Roach trataba de aumentar un poco, pero por lo visto su sucesor es mucho peor.

—S… sí, pero opino que debe de tratarse de una equi… equi… equivocación. Seguramente redactó varias ofertas, y ha debido de sufrir un error en los precios.

Y al calmarse, gracias a su teoría, el señor Reade comenzó a expresarse con más soltura.

—Claro, esto es lo que ha ocurrido, un error en los precios. Será mejor que se ponga en contacto con él, al momento, y compruebe el precio. Dígale lo que ocurrió con nuestro ejemplar. Tal vez esto haga que se muestre más simpático. Oh, una experiencia muy desagradable, señorita Sims, sí, muy desagradable.

Pero a menos de dos kilómetros de la Biblioteca Metropolitana, el libro ya había hallado un comprador. *Sir* Stephen Lent, Presidente de Ingenieros Unidos, echó un vistazo a la tarjeta y apenas se fijó en el

precio. Antaño, pese a ser muy rico, se peleaba denodadamente por unos chelines, pero ahora ya se sentía cansado para chalanear. Cuarenta y tres libras era un precio absurdo, claro; seguramente, el vendedor era un ser avariento, pero no quería discutir con él. Deseaba un ejemplar de *Peñas Grises*, y ahora se le ofrecía la ocasión de conseguirlo.

—Tal vez querrías hacerme un favor, querida. —Le sonrió a su sobrina Julia, situada al otro lado de la enorme mesa de caoba, inapropiada para dos personas. Tras una pausa, añadió—: ¿Podrías ir a Clapham esta mañana y comprar esa obra por mi cuenta? A este precio, ese librero no hallará muchos compradores, pero no quiero perder esa oportunidad.

—Sí, naturalmente —asintió Julia, cogiendo la tarjeta y sonriendo.

Vivía con *Sir* Stephen Lent desde la muerte de su madre, dos años atrás, y ambos se profesaban un gran afecto. Y también se compadecían mutuamente.

Julia sentía piedad por su tío porque, aunque oficialmente seguía siendo presidente de Ingenieros Unidos, sólo lo era de forma pasiva. Desde su última enfermedad, se había visto obligado a delegar su autoridad y a ceder el control de la empresa, y ésta era lo único que a él le interesaba en la vida. Y ahora, estaba como un tiesto sin flores, sin esperanzas, anhelos ni intereses.

Por su parte, Lent sentía lástima de Julia porque era demasiado rica; una de las mujeres más acaudaladas de Inglaterra probablemente, desde que él le había regalado el fajo de acciones con la esperanza de evitar el pago de los derechos reales a su fallecimiento, y para que la dirección de la empresa continuase en manos de la familia. *Sir* Stephen respetaba el dinero y los bienes personales, casi los amaba, pero sin ese amor eran cosas peligrosas.

La riqueza —la verdadera riqueza, no unos miles, sino cientos de miles— podía volver agria a una joven antes de tiempo, y él temía que esto le ocurriese a Julia. Sí, a menos que se los ame por sí mismos, el dinero y el poder pueden ser unas fuerzas muy

pavorosas. Saber que el hada madrina siempre aguarda el extremo de la línea telefónica para proporcionar una docena de abrigos de visón, un yate, y una fila de cazadotes, es algo amedrentador.

Muchas veces había comprobado los resultados por sí mismo. Las mujeres ataviadas con los mejores atuendos del mundo, que pagaban los mejores tratamientos de belleza del mundo, los mejores maquillajes del mundo, contemplaban el mar azul con el semblante de viejas rameras asustadas. Mujeres cuyos pensamientos solían ser siempre los mismos:

«¿Va de veras esta vez? ¿Me ama? ¿Ha ocurrido al fin, o es sólo por el talonario de cheques, como siempre? ¡Oh, Dios mío, si pudiera estar segura de que viene sólo por mí!»

«Sí, pobre Julia —pensaba *Sir* Stephen—. Sería estupendo que te casaras pronto. Que te casaras con cualquiera, aunque fuese viejo o poco atractivo, siempre y cuando fuese la mitad de rico que tú… siempre que pudiera ofrecerte cierta seguridad.»

—Oh, es ese libro, ¿verdad, tío? —La voz de su sobrina interrumpió sus pensamientos, y vio cómo la joven fruncía el entrecejo al inclinarse sobre la tarjeta—. El que perdiste.

—Sí, el libro que perdí, que fue robado o que se extravió, aunque probablemente lo presté y no me lo devolvieron. —Lent soltó su risita cínica. Después, agregó—: Es muy extraño, si quieres, pero personas completamente honradas, que ni por un segundo pensarían en quedarse con un billetero hallado en la calle, cuando piden prestado un libro nunca lo devuelven.

Sacudió tristemente la cabeza.

—Y —continuó— existe un motivo familiar que nos obliga a tener un ejemplar de *Peñas Grises*, como sabes. Esta obra contiene muchas referencias a tu abuelo y a mi padre. Sí, Bill y Hal, los hermanos Lent, fueron grandes figuras en su tiempo. Naturalmente, desconocidos para el gran público, al revés que Mummery y Whymper con sus espectaculares escaladas alpinas, pero también ejecutaron algunas maravillosas escaladas en Gales y Escocia; sí, fueron unos buenos pioneros. Por tanto, debemos conseguir ese

ejemplar. Y ahora, Julia, tengo que ir a la oficina. Peter Trew es un tipo eficiente y leal, pero no puede llevar sólo el peso de la empresa.

Sir Stephen Lent se puso de pie y anduvo lentamente hacia la puerta. Desde el último ataque tenía que caminar con lentitud, y Julia sabía cuánto le disgustaba esto.

—Adiós, tío —le despidió, viéndole marchar con su paso torpe y cansino—. Por favor, tómatelo con calma. Ya sabes lo que han dicho los médicos. Y no te preocupes por el libro. Iré a buscarlo ahora mismo y te lo llevaré a la oficina. Esto me servirá de distracción y al menos podré serte útil. Y bien sabe Dios que necesito ocuparme en algo.

Lanzó una risita seca, y siguió a su tío fuera de la habitación.

John había enviado cuarenta y ocho tarjetas, y al menos cinco personas leyeron su contenido con cólera, extrañeza o aceptación. Pero una sexta persona la leyó con una rabia sorda y asesina.

El individuo estaba sentado a la mesa, atestada de libros, papeles, y los restos del desayuno. La estancia parecía haber sido planeada y decorada por un maniático. También el individuo resultaba desagradable. Llevaba un pijama sumamente vulgar, con la chaqueta abierta, lo cual dejaba percibir una maraña de vello rojizo en el pecho, y su rostro mostraba una expresión de arrogancia casi inhumana. Un tipo grueso y alto, de más de ochenta kilos, todo huesos y músculos; un hombre de mal carácter, que podía convertirse en un enemigo peligroso a la menor provocación.

Al principio, se limitó a dirigir un vistazo a la tarjeta, pero cuando sus ojos recayeron sobre el número de serie del ejemplar, pareció sucederle algo espantoso. Su corpachón pareció engordar más aún, su semblante atezado y coriáceo resplandeció como una lámpara, y los músculos de su garganta se flexionaron como cuerdas. Finalmente, lanzó como un aullido de rabia, de asombro, por entre sus contraídos labios.

—¡Dios mío! —exclamó, cuando por fin recuperó sus facultades de expresión—. ¡Oh, Dios mío! ¡Espera hasta que pueda poner mis manos sobre ti, querido señor Cain!

4

Cinco minutos después de haber abierto John su tienda por la mañana, recibió una llamada telefónica de la Biblioteca Metropolitana. Fue una llamada larga y tortuosa con la voz ronca del señor Reade, tartamudeando a un extremo de la línea, pero cuando finalmente soltó el auricular le brillaban pensativamente los ojos. Parte de su teoría empezaba, por lo visto, a confirmarse. Alguien, con una mente rara o anormal, se hallaba muy interesado por *Peñas Grises*.

Arregló los estantes exteriores como de costumbre, contestó un par de cartas, y luego dejó la tienda en manos de su ayudante, marchándose a Clapham. Ya habrían sido entregadas, al menos, la mitad de sus tarjetas, por lo que tuvo que esforzarse mucho para ir a la tienda de Roach. Esta no tenía teléfono; todo aquel que deseara ponerse en contacto con él tendría que visitarle personalmente. El recuerdo del rostro congestionado de Roach, colgado en el lazo, no le abandonaba ni un instante.

Pero tenía que trabajar. Los libros de Roach ahora eran suyos, y debía seleccionarlos y clasificarlos apropiadamente. La mayor parte eran demasiado especializados para una tienda, y de precio excesivamente elevado para una venta rápida. Si quería venderlos con rapidez, tendría que cambiar los precios. Sacó el catálogo y cuatro copias de *Registro de Subastas*, y empezó a confeccionar una lista.

Era un día agradable, con el sol filtrándose por las polvorientas ventanas, y a medida que iba trabajando, fueron cambiando sus pensamientos sobre la muerte de Roach. Deseaba que cambiasen, y su mente los fue mudando porque quería seguir viviendo.

«Sí, probablemente fuese un suicidio», decidió, mientras seguía con su tarea, una tarea que le gustaba y comprendía. Incluso con lo que Reade y Lehman le habían comunicado, el hecho de que un hombre tuviese una obsesión por un libro determinado no podía convertirle automáticamente en un asesino. Además, la desaparición del último ejemplar podía explicarse fácilmente: tal vez, un policía poco escrupuloso, con un gran interés por el montañismo, se lo metió debajo de la guerrera.

«Sí —continuó meditando—, era esto… pero sabía que se engañaba a sí mismo. Bee Budd tenía razón, y el sargento Manners conocía su oficio. Al fin y al cabo, ¿qué tenía para continuar? Y él era la única persona que se beneficiaba con la muerte de Roach. Había sido un maldito necio. Habría tenido que dedicarse exclusivamente a su propio negocio. Si su teoría era falsa, esas tarjetas le convertirían en el hazmerreír de unos cuantos coleccionistas y libreros. Si era correcta, se hallaba en manos de una persona que ya había matado una vez y que probablemente no vacilaría en volver a repetir la hazaña. Imbécil —se motejó a sí mismo—. Sí, pobre y maldito memo. ¿Por qué no te dedicas a tus asuntos y dejas éste a la Policía?» Volvió a inclinarse sobre la lista, y de pronto se enderezó como movido por un resorte. Estaba sonando la mohosa campanilla del pasillo.

Lenta, muy lentamente, John Cain se puso de pie y fue hacia la puerta, esperando y deseando que el visitante fuese un comprador totalmente inocente y sin importancia: el empleado del gas, un cartero, o un comprador de gangas. Abrió y se encontró delante de la muchacha más bonita que había visto en su vida.

—Buenos días. ¿El señor Cain?

Julia Lent le estaba sonriendo desde el pequeño peldaño. Llevaba un vestido Balmain, y el coche estacionado más allá probablemente

costaba cuanto John pudiese ahorrar en toda su existencia.

—Vengo por un libro que usted ha tenido la gentileza de ofrecerle a mi tío, *Sir* Stephen Lent. Su título es *Peñas Grises*.

—Oh, sí, claro.

John había ya contemplado aquel rostro tan sonriente en una gran cantidad de revistas, acompañado usualmente por un tipo perteneciente a la nobleza, llamado Jimmy Stuart-Vale. Durante un segundo se esforzó por recordar, y luego se hizo a un lado.

—Entre, por favor, señorita Lent.

—Gracias, pero puedo extenderle un talón aquí mismo —vaciló Julia.

Estaba contemplando a un hombre de treinta años, pálido, alto y ligeramente encorvado, pero muy atractivo. Su casa, por otra parte, con su pintura y su estuco, muy baratos, y la oscura caverna que era el pasillo que se extendía al frente, parecían una amenaza. Retrocedió ligeramente, pero al notar la súplica en los ojos del joven, alejó sus negros pensamientos. Aquel joven no pensaba atentar contra su honor, sino solamente ganarse unas libras. Le siguió por el pasillo hasta el despachito de Roach.

—No, no necesita envolver el libro, señor Cain, me lo llevaré tal cual esté. Cuarenta y tres libras, ¿verdad?

Sacó un talonario del bolso.

—Señorita Lent, un momento, por favor. —John estudiaba a la joven mientras hablaba—. ¿Quiere escucharme antes de extender el talón?

No, había decidido, esa chica no era una asesina, ni la representante de un asesino. La gente como los Lent no matan por nada. Con una empresa como Ingenieros Unidos a sus espaldas, no necesitan matar. Se limitan a extender un cheque como el que ella tenía en la mano, perteneciente a un Banco debidamente elegido, y lo firman.

—Gracias —murmuró—. Y ahora, por favor, no piense que soy un impertinente, pero desearía formularle una pregunta. ¿Por qué usted, o su tío, desean poseer este libro con tanto interés?

—¡Vaya! —exclamó Julia, ruborizándose, y pareciendo mucho más bonita en su cólera—. Lo siento, señor Cain, pero su pregunta la considero bastante impertinente. Usted le ha ofrecido el libro a mi tío, y él quiere comprarlo. Está dispuesto a pagar lo que yo considero un precio muy superior al verdadero, y esto es todo lo que a usted debe interesarle. Y ahora, ¿puedo llevarme el libro?

—Señorita Lent… —Los ojos de John estaban suplicando—. Por favor, tenga paciencia, ya que esto es terriblemente importante para mí. En realidad, sé algo de su tío. Sé que lleva muchos años coleccionando obras deportivas, y pensaba que ya tendría un ejemplar de ésta. Asimismo, aunque es hombre muy rico, es coleccionista, y aunque sean muy acaudalados, los coleccionistas no suelen pagar más de lo marcado oficialmente. Para ellos es un punto de honor, porque lo contrario les estropea la diversión, como estafar en un juego donde no hay dinero involucrado. Entonces, ¿por qué desea su tío otro ejemplar de esta obra, y por qué acepta mi absurdo precio?

—Sí, ya me dijo que era absurdo. —Julia sonrió ligeramente y se relajó. Efectivamente, el joven era un idiota con tanta curiosidad. Calló unos instantes y continuó—: Hasta hace unos pocos años, mi tío fue un hombre muy atareado en sus negocios, y le habría puesto a usted fuera de combate en muy poco tiempo, puesto que también era un tipo muy duro. Estoy segura de esto, señor Cain. Hace dos años sufrió un ataque, y hoy día no es más que un hombre inútil y agotado, sin energías para molestarse por las nimiedades de la vida. Desea un ejemplar de este libro porque en el mismo hay referencias a nuestra familia. Su padre y mi abuelo fueron unos famosos montañeros en su época. Y me parece recordar que en el libro hay una fotografía de ambos, tomada poco antes de que mi abuelo se matara en una montaña de Escocia. Naturalmente, teníamos un ejemplar, pero, o se perdió o fue robado.

—¡Robado! —Algo como un resorte pareció distenderse en el cerebro de John—. ¿Y no tienen idea de quién lo robó? Oh, lo siento, ha sido una pregunta muy tonta.

Calló un momento, sabiendo que la joven debía de tomarle por tonto, pero tenía que concentrarse. Se habían impreso cien ejemplares de la obra, y Roach había adquirido un tercio de dicha cantidad. Luego, el último ejemplar de Roach había desaparecido cuando murió; a *Sir* Stephen Lent le habían robado otro ejemplar, y el que poseían en la Biblioteca Metropolitana…

El recuerdo de la voz del señor Reade por teléfono volvió a resonar en su cabeza como un disco de gramófono:

«Oh, ya sabemos que esta clase de cosas suceden a veces en las bibliotecas públicas, señor Cain, pero no en la Metropolitana. Todos nuestros afiliados son examinados escrupulosamente: tres referencias, un diploma de una universidad distinguida, y una demostración o prueba de su estado financiero, antes de ser admitidos. Como le dije a mi ayudante, "estas cosas pueden ocurrir en la sala de lecturas del Museo Británico, y hasta en la Biblioteca de Londres, pero jamás en la Biblioteca Metropolitana."

»Y fue tan horrible el modo como trataron el libro, señor Cain… No fue el trabajo de un ladrón arrancando las ilustraciones para completar su ejemplar imperfecto. Fue la obra de un poseso, de un maníaco, arrancando y destrozando, mutilando salvajemente, como si el libro fuese su enemigo personal.»

—¡Un maníaco! —susurró John audiblemente, ya que ésta era la explicación más verosímil.

La persona que hubiera creído que el libro ocultaba un secreto se habría limitado a arrancar las páginas implicadas. Un maníaco y un neurótico. Por este libro había asesinado a un librero viejo, había robado a un multimillonario, y había mutilado el ejemplar de una reputada biblioteca. Sí, John empezaba a entrever la clase de mentalidad que actuaba en este asunto. Alguien que adoraba los libros, pero no quería que nadie más los poseyera; además, una persona muy eficiente. La Biblioteca Metropolitana era un lugar de referencias, no una biblioteca donde prestasen libros, y nadie podía sacar ninguno de su recinto. Por tanto, habría resultado muy difícil robarles uno, pero muy sencillo destruirlo. John empezaba a

experimentar un profundo temor al pensar en aquella mente desequilibrada y, sin embargo, tan eficiente.

—Señor Cain… señor Cain, ¿le ocurre algo?

John levantó la mirada, sobresaltado. Julia Lent le estaba mirando, y en sus pupilas había cierta angustia.

—Sí, estoy bien, lo siento.

La contempló, sabiendo que no se encontraba bien. Estaba desesperadamente solo, asustado y sorprendido, y lo único que deseaba era un aliado, alguien a quien confiarse.

—Señorita —murmuró al fin—, ¿le importaría quedarse unos instantes para que pueda escuchar una historia? —Sonrió ligeramente—. Y espero que no se enfade conmigo ni piense que estoy loco.

Pero cuando hubo terminado la exposición de los hechos, la joven no estaba enfadada, a pesar de que acababa de saber que el libro no existía, y que ella no podía, por tanto, adquirirlo; tampoco pensó que estaba loco. Continuó sentada, mirándole de vez en cuando, y sus pensamientos igual hubieran podido estar a mil kilómetros de allí.

—Bien, pienso que: o es usted un tonto o un hombre muy valiente, señor Cain —afirmó al fin—. La gente se suicida, la gente mutila libros por despecho, y la gente pide libros que no devuelve, que probablemente fue lo que le ocurrió al nuestro. O sea que todo puede ser pura coincidencia. Pero si tiene usted razón, y hay una mente criminal detrás de todo esto, se halla usted en un grave peligro, ¿verdad? Tan pronto como el asesino reciba una de sus tarjetas, comprenderá que usted sospecha de él, y esto no le gustará en absoluto. ¿Por qué no ha ido usted a contarle esta historia a la Policía?

La joven escuchó con interés las explicaciones de John y volvió a asentir.

—Sí, supongo que se habrían reído de usted. Al fin y al cabo, tiene usted muy poco en qué fundarse. Me gustaría creerle a usted, señor Cain. Sería una gran distracción poder desentrañar este misterio. Gracias. —Aceptó el cigarrillo que él le ofrecía, lo encendió

e inhaló profundamente. Hubo una pausa y fue ella la que volvió a hablar—. Aunque tal vez me engañe. ¿Realmente buscaba mi ayuda al contarme lo de ese libro?

—Sí, me gustaría obtener su ayuda.

John se puso de pie y miró por las polvorientas ventanas. El viento empezaba a cambiar; y había grandes nubarrones grises en el firmamento.

—En realidad, creo que es usted una de las pocas personas que pueden ayudarme, señorita Lent. Suponiendo que yo no esté loco, y que realmente exista esa persona, ya empezamos a saber algo respecto a ella. Sabemos que debió de estar en contacto con Roach durante varios meses, que tuvo acceso a la biblioteca de su tío, que era miembro o empleado de la Biblioteca Metropolitana. Tenemos, por tanto, tres pistas para seguir, y quisiera que usted siguiera la segunda. Que averiguase el nombre de todo aquel que tuvo la oportunidad de apoderarse del ejemplar de su tío, mientras yo indagaré en la Metropolitana. Luego, si hallamos dos nombres iguales, habremos recorrido al menos la mitad del camino.

—Sí, supongo que es lo más acertado. —La joven consideró la cuestión unos instantes, sonrió y tendió la mano—. Y puesto que vamos a ser socios en esta caza del crimen, no tenemos por qué mostrarnos tan formales. Me llamo Julia. Y podemos tutearnos.

Su mano era cálida y suave, con esa confianza que dan el dinero y una buena cuna.

—Muy bien, John —continuó ella—. Estamos juntos en este asunto, y quiero que volvamos al principio. Cuéntame todo lo que sepas de este libro. Tal vez esto me dé una pista sobre la clase de individuo que lo desea tan desesperadamente.

Julia ya se había marchado, pero John sabía que contaba con un aliado en quien poder confiar. Habían concertado encontrarse aquella tarde, y con un poco de suerte tendrían dos nombres iguales, con lo cual podrían continuar en sus indagaciones.

«Sí, Julia sería una buena aliada», pensaba John, recordando cómo había recorrido el oscuro pasillo, como desafiando cualquier peligro, y la forma como su coche había arrancado profesionalmente, sin el menor ruido. La vio doblar la esquina, y luego oyó algo que le sobresaltó.

—¿Señor Cain? —Un chaval de cabeza alargada le estaba interpelando, y acababa de tirarle de la chaqueta—. Una carta para usted —añadió.

Le entregó un sobre arrugado, con el nombre escrito a máquina sobre la dirección de Roach, pero sin ningún formulismo. John no lo abrió al momento, sino que estudió al chico. Tendría unos doce años, pero su rostro podía pertenecer a una persona de cuarenta, muy pomposa. La clase de chico que podía sobresalir en cualquier ocupación que exigiera una voz fuerte, y el ardiente deseo de llenar de plumas su nido; por ejemplo: un comerciante de chatarra, un voceador de feria o un político local. Sí, ese chiquillo podría llegar muy lejos en cualquiera de estas tres ocupaciones tan semejantes.

—¿Quién te ha dado esto, muchacho?

—No me dijo su nombre. Un caballero en el parque. Me paró y me preguntó si quería hacer un recado. Un verdadero caballero. Un gran tipo.

Había una chispa de adoración en sus pupilas.

—Me entregó cinco chelines, y me explicó que usted me daría otros diez cuando recibiese el sobre, más los gastos de autobús. Un chelín de ida y otro de vuelta.

—Naturalmente… Bien, veamos de qué se trata.

John había arrugado la frente y desgarró el sobre. Contenía una sola hoja de papel con la dirección de Vanessa Court, un bloque de apartamentos de Kensington, y tres líneas mecanografiadas.

> *Su nombre le sienta muy bien, señor Cain, y es usted una de estas tres cosas: un ladrón, un estafador o un falsificador. Mándeme ese libro antes de las doce del mediodía o aténgase a las consecuencias.*

No logró descifrar el garabato que había más abajo, pero lo mismo podía haber sido la firma de alguien llamado «El Dios de Oro».

5

Vanessa Court se hallaba en la ronda Gloucester, en el distrito de Kensington, y parecía un bloque de apartamentos muy selecto y caro. El vestíbulo daba la misma impresión. No había una iluminación pobre, ni adornos vulgares, o alfombras que transformasen los pies en algo sumergible, sino maderas bien pulimentadas, muebles victorianos, y cortinajes en las ventanas para ahuyentar la luz del día. La gente que poseía un apartamento en aquel bloque, amaba, indudablemente, la intimidad y, además, debía ser gente de dinero. Alquilar un piso en Vanessa Court no debía ser una mera cuestión de pago o de poner el nombre en una lista de presuntos inquilinos, sino algo tan difícil como ingresar en un club privado.

De todos modos, hasta la gente más elevada puede tener un «garbanzo negro», cuando no un loco de atar, en su ambiente. Las frases de aquel insolente mensaje parecían bailar ante los ojos de John, cuando éste atravesó el vestíbulo del edificio. Recordaba haber enviado una tarjeta a Vanessa Court, pero no el nombre de la persona a quien la había dirigido. Y estaba seguro de que sería un cliente muy difícil… y acaso muy peligroso.

No había portero sino una lista de los pisos y apartamentos. Las puertas del ascensor estaban abiertas. John penetró en el cubículo, y el mecanismo se puso en marcha silenciosamente hasta el segundo piso. Anduvo por un pasillo débilmente iluminado, con la puerta del número Seis al final.

No estaba asustado, realmente asustado; aunque tenía las palmas de las manos empapadas de sudor, y en la frente le latía un pulso. El autor de aquella nota no podía ser el asesino de Roach. Un criminal no se descubriría de esta guisa. Se trataba solamente de un excéntrico, de mente desequilibrada, que pensaba que el precio era exagerado y gozaba mostrándose insolente. Bien… De pronto decidió que no estaba asustado… sino horrorosamente aterrado.

—Adelante, la puerta no está cerrada.

Se abrió ante su ligero empuje, y una voz muy fuerte llegó hasta sus oídos. El vestíbulo del apartamento estaba desprovisto de muebles y muy sucio, con cajones junto a las paredes, montones de periódicos, y lo que parecía un equipo deportivo colgado de unas perchas.

—Por aquí, jovencito, y de prisa. No me gusta esperar.

Profunda y dominante, la voz surgía de una puerta situada a un lado del vestíbulo. John la empujó y contuvo la respiración por el asombro.

Aquella estancia era como la pesadilla de un loco, o el sueño más anhelado de un niño. Estaba decorada con trofeos deportivos, tambores y máscaras africanas, y armas primitivas. Las cortinas estaban corridas, pero una colección de lámparas, disimuladas en algunos cráneos de animales y de seres humanos, proporcionaban una buena iluminación.

—Bueno, supongo que usted es el señor Cain, y es una suerte para usted que se haya decidido a aceptar mi cita.

La voz, rasposa, parecía conmover todo el edificio, conteniendo burla y amenaza, así como un carácter irascible. Era como su dueño, que estaba retrepado en una butaca, con los pies apoyados en una mesa escritorio, y una lámpara al lado que le iluminaba como a un locutor de televisión. Lucía un deslucido bigote, una calvicie inmensa, y una sonrisa que era de las más desagradables que había visto John en su vida. Parecía pesar cien kilos, y tenía un rostro muy rubicundo.

—Bien, al menos no me ha hecho esperar mucho, lo cual habla en su favor. Déjeme echarle una ojeada. —Su arrugada mano inclinó la lámpara hacia John—. No, no creo que sea un ladrón. No hay en su rostro bastante valor para robarle a nadie. Sólo es el receptor de propiedad robada, y un pobre idiota completamente ignorante. Bueno, démelo. Y puesto que no ha producido ningún daño, me portaré con usted amistosamente.

—No sé de qué diablos está usted hablando. —John se esforzó por controlar su voz y no dejarse dominar por el histerismo—. Lo único que sé es que he recibido un mensaje muy impertinente, con estas señas, y he venido a pedir una explicación.

—¡Usted ha venido a buscar una explicación! —Por el semblante del hombre se extendió como una capa de carmín, y su enorme cuerpo pareció distenderse. Volvió a tronar…—: ¡Conque no sabe de qué estoy hablando! Bien, voy a refrescar su memoria. —Cogió una tarjeta de la mesa y la blandió ante John—. ¿Negará que usted me envió esto?

—No, no lo niego.

John trataba de recordar los nombres que había copiado de la lista de Roach. Sí, una de las direcciones era Vanessa Court, pero no podía recordar aquel apellido que se parecía vagamente al de «Dios»…

—Envié varias tarjetas, pero…

—Sí, ¿eh? —La expresión del dueño del apartamento cambió del furor al desdén—. Entonces, esto confirma mi opinión. Usted no es el ladrón, sino el receptor. El libro ha ido, no sé cómo, a parar a sus manos, y cuando vio las ilustraciones comprendió que era muy valioso. Cuarenta y tres libras es un precio absurdo para un ejemplar ordinario de *Peñas Grises*, pero no para este volumen en particular. —Su puño cayó enfáticamente sobre la mesa—. De modo que usted, señor Cain, envió sus malditas tarjetas a diversas personas que creyó se darían cuenta de la importancia del libro. Pero ahí se equivocó usted. Sí, cometió un error. Su estrecho cerebro copió una lista automáticamente y sin pensar. Y uno de los nombres resultó ser

el mío. Sí, está usted en la trampa, ¿verdad? Y ahora… ¿dónde está el libro? Si ya lo ha vendido, el asunto se pondrá muy negro para usted.

—No, no lo he vendido. Pero ¿qué ocurre con las ilustraciones? ¿Qué hay en ellas que lo haga tan especial?

John estaba convencido de que se las había con un lunático, pero no estaba ya asustado sino profundamente interesado. Su interlocutor era la primera persona que le concedía al libro un valor sumamente elevado.

—¿Qué ocurre con las ilustraciones?

El efecto de la pregunta había sido extraordinario. Un gruñido medio maldición, medio queja, y el rostro del hombre relucía como una bombilla. Por un momento, pareció a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—Señor Cain —pudo continuar, cuando recuperó la facultad de expresión—, señor Cain, por su propio bien, no me provoque.

No soy persona que aguante las impertinencias ni las idioteces. Usted debe de saber tan bien como yo qué tiene ese ejemplar de especial, o no lo ofrecería a ese precio. El número Cincuenta de la edición limitada de *Peñas Grises* no sólo ostenta el facsímil de las firmas de Whymper, Mummery, los hermanos Abraham, y otras personalidades del alpinismo de aquella época, sino también las ilustraciones y las firmas de los mayores y mejores exponentes del deporte moderno. Sí, para mí, cuarenta y tres libras es un precio muy barato para un ejemplar asociado con J. Moldon Mott.

—¿Era, pues, su ejemplar?

Al escuchar aquel nombre, una fila de libros bellamente encuadernados pareció desfilar ante los ojos de John, y supo quién era el ogro. Los libros llevaban el nombre de una editorial de gran fama, y su formato nunca variaba. En cada portada, el hombre estaba de pie sobre un fondo de jungla, de desierto o de montaña, con grupos de nativos a su alrededor, en tanto él solía llevar pantalones cortos y casco contra el sol, con un rifle o un rollo de cuerdas al hombro. Los títulos pregonaban: *Las andanzas de Mott*

por América Central, Con Mott en el perdido Kalahari, Sobre la pista del abominable Hombre de las Nieves, todos ellos escritos por J. Moldon Mott. También había una biografía sensacional de Gengis Khan, titulada *El azote*, en que el autor se identificaba con su protagonista. Sí, John había oído hablar de Moldon Mott; explorador, aventurero y escritor, y al parecer un tipo muy peligroso. Corrían algunos chismes muy poco agradables respecto a él y otras personas que se habían cruzado en su camino.

—¿Alguien le robó su ejemplar?

—Claro que alguien lo robó, señor Cain. —Las manos de Mott hicieron el ademán de retorcerle a alguien el pescuezo—. Hace tres o cuatro meses, cuando estuve en Borneo con la expedición de la que seguramente habrá oído hablar, un maldito ladrón se coló en este piso. Debía de tratarse de un maníaco, ya que únicamente se llevó ese volumen. De haber sido un poco más listo, se habría llevado también mis Diarios y mis notas; algo que no tiene precio. Pues bien, señor Cain, por muy trivial que le parezca, deseo recuperar ese ejemplar y quiero descubrir al ladrón. No hay nadie que pueda robarme con impunidad. —Un látigo de piel de rinoceronte colgaba de un rincón del cuarto, y los ojos de Mott se posaron en él—. Bien, señor Cain, estoy aguardando. ¿Quién se lo vendió?

Pero John no contestó al momento. Se trataba ya del cuarto ejemplar del que oía hablar. Uno había sido mutilado, y los otros tres robados —al menos, tres—, y por lo menos un hombre había muerto por esta causa. John empezaba a rechazar ya la idea de un loco. En este asunto existía una mente calculadora, que no se armonizaba con la idea de un maniático o un chiflado.

—Señor Mott —dijo al fin, contemplando la reluciente cara erguida ante él—, creo que será preferible que ponga mis cartas sobre la mesa y le cuente toda la verdad. No poseo ningún ejemplar de *Peñas Grises*, y si mencioné el número Cincuenta fue puramente por casualidad. Por favor, estoy tratando de encontrar un asesino…

—Por lo que parece, hay tres posibilidades. —La frente de Mott estaba arrugada como la de un gorila, concentrado en sus reflexiones—. Su teoría de un coleccionista chiflado, que no me gusta mucho, aunque tampoco hay que descartarla. La idea de que exista un ejemplar del que el asesino desea apoderarse porque contiene algo incriminatorio o de gran valor. Y la teoría de que haya algo especial en toda la edición. ¿Quiere un trago?

—Sí, gracias.

John le contempló mientras cruzaba la habitación y volvía con una botella ambarina y dos vasos.

—Casi me inclino por la última teoría, la de que hay algo especial en toda la edición, un secreto, algo oculto. ¿Qué puede ser? Casi todos los que menciona la obra han fallecido ya. —John pasó revista mentalmente al despacho de Roach; retratos de alpinistas muertos hacía mucho tiempo y descripciones de sus hazañas: *Ascendimos al Tower Ridge por el muro oriental. A cincuenta metros más arriba de la primera chimenea empiezan las verdaderas dificultades, pero existe un saliente que permite el paso de una sola persona*…

—No lo sabemos, ¿eh? —Mott sirvió dos raciones generosas de *whisky* y tendió un vaso hacia John—. En realidad, todavía no estoy seguro de que haya algo, pero si lo hay, tenemos que descubrir qué es. Se ha mostrado usted muy prudente al no confiarse a la Policía. En conjunto, son una manada de tipos inteligentes, pero un problema como éste se halla fuera de su alcance. No, esto requiere una persona, no sólo de gran inteligencia, sino de mucha imaginación. Sí, Cain, tuvo mucha suerte al enviarme su oferta. Yo atraparé a ese ladrón y asesino. —Levantó la mano con el gesto del dictador que acalla a una multitud, y vació su vaso. Luego, prosiguió—: No, no, todavía no, muchacho. Soy un hombre modesto, de modo que guarde su gratitud hasta que haya desentrañado este misterio. Es muy interesante que a ese Stephen Lent le robasen su ejemplar. Con el ejército de criados que circulan por su casa, sería muy difícil robar

incluso cerillas. Y me imagino cómo deseará el viejo recuperar su ejemplar. Su padre y tío ocupan todo un capítulo de ese libro. Los célebres Hal y William. Sí, fueron una pareja muy valerosa. Mellizos idénticos, siempre trepando juntos; en su época efectuaron algunas ascensiones muy notables. Después, Hal se cayó desde el Great Flake de Ben Gael, y se mató. Su hermano William no volvió a realizar escaladas nunca más, recluyéndose en una pequeña empresa que le dejó su padre, y edificó el magnífico negocio que los Lent poseen hoy día: Ingenieros Unidos, una de las sociedades más poderosas de este país.

Mott volvió a llenar los vasos y contempló a John como si se tratase de un mono.

—Si metiese usted en el saco a la pequeña Julia, habría hecho un gran negocio, amigo mío —rió.

—Tal vez, pero no veo la menor posibilidad. —John frunció el ceño y desvió la mirada de aquella sonriente faz—. ¿Cuál debe ser nuestro plan de acción?

Por un lado, le molestaba la intrusión de Mott, aunque por otro la agradecía.

—Cain, no existe ningún plan. Hasta ahora, usted se ha comportado de una manera tonta y creo que debemos seguir por la misma línea. Compruebe con Julia si existe alguna relación entre su tío y la Biblioteca Metropolitana, aunque dudo que esto dé resultado. El pájaro habrá cubierto bien sus huellas. —Sacó una pipa corta y ennegrecida y procedió a llenarla de tabaco—. Y, por otro lado, esta idea de su desagradable colega, ese Lehman, podría ser acertada. Roach pudo encontrar un cliente loco o desequilibrado… pero creo que hay algo más. Tal vez el tipo ha enloquecido debido a que algo del libro le ha aterrado, y tal vez mató a Roach porque éste trató de extorsionarle…

—¿Chantaje? No lo creo.

—No, supongo que no. Claro, usted quiere ser leal con su benefactor, pero en realidad debe enfrentarse con los hechos.

Mott parecía un profesor explicándole una lección sencillísima a un alumno de inteligencia obtusa:

—El amigo Roach recibe la orden de buscar todos los ejemplares que pueda de *Peñas Grises*. Bien, pasado cierto tiempo entra en sospechas. Piensa que no se trata de un tipo chiflado, sino que se trata de algo más interesante. Alguien que necesita esos libros, no para guardarlos y extasiarse con ellos, sino para destruirlos. Alguien que está aterrado. Alguien que sabe que algo oculto en las páginas o las ilustraciones de *Peñas Grises* puede perjudicarle mortalmente. —La pipa ya estaba llena a satisfacción y las nubes de humo empezaron a flotar por la estancia—. Encontré a Roach un par de veces y puedo imaginar lo que hubiese hecho, en el caso de ser cierta mi suposición. Registraría un ejemplar cuidadosamente, y si encontraba algo en donde hincar sus dientes, no tardaría en aceptar la idea de un chantaje… No, no, Cain, no me interrumpa. —Mott blandió un dedo ante John, que había tratado de hablar—. Sé lo que iba a decir. El libro se publicó en 1910, por lo que ¿qué posible amenaza puede ser hoy día? De acuerdo, pero los pecados de los padres recaen en los hijos y los nietos, ¿no? Pero ¿qué padres? ¿Quién puede tener un pequeño secreto familiar escondido en un libro publicado hace sesenta años? Y si un tipo como Roach pudo dar con la verdad en unos cuantos meses, no debe de ser difícil para alguien como… como… —La modestia le impedía decir «como yo», por lo que continuó—… como alguien de verdadera inteligencia, descubrirla en unas cuantas horas. Sí, Cain, mi primer paso será buscar un ejemplar de esa obra, y entonces daré comienzo a la verdadera labor. Esta noche podríamos reunirnos los tres, usted, Julia Lent y yo, y comparar nuestros hallazgos. Usted tal vez halle una relación entre el robo del ejemplar de Stephen Lent y el de la Biblioteca Metropolitana, aunque lo dudo. Como ya he dicho, ese individuo tiene valor e inteligencia, y supongo que habrá sabido disimular su identidad.

Y como dando por terminada la entrevista, Mott se puso de pie, haciendo retroceder su butaca.

—Entonces, hasta la noche, muchacho. Bueno, si todavía está usted vivo —sonrió, levantando un dedo engarfiado como aviso—. Oh, sí, Cain… Como dijo el Bardo: «Por el cosquilleo de mis pulgares, sé que me acecha algún mal…» Si realmente existe nuestro asesino, y ha recibido una de sus tarjetas, no dudo de que no tardará mucho en intentar atacarle, mi querido Cain.

6

La mansión Meteorito, la central de Ingenieros Unidos, y sus compañías afiliadas, no poseía casi ninguno de los rasgos asociados con las grandes empresas. Un edificio cuadrado y achaparrado, de ladrillos rojos, sin pilares, dóricos ni mármoles, que se alzaba un poco más allá del muelle, como levemente avergonzado; una hermana feúcha entre unas casas mucho más espléndidas. En lo tocante a sus fábricas, Stephen Lent derrochaba el dinero como agua, pero lo que consideraba innecesario o una falsa fachada, siempre ponía una nota de frialdad en su semblante.

—Me gustaría recordarles que primero somos ingenieros y después hombres de negocios —solía espetarles a los componentes de la junta directiva, entre los que había un conde, dos lores y un almirante retirado—. Bien, caballeros, ocupémonos del negocio. La clase de publicidad que necesita Ingenieros Unidos procede de una fábrica moderna, de unas relaciones laborales buenas, y de que los pedidos de los clientes se ejecuten y cumplan con toda puntualidad y exactitud. Este edificio fue suficiente para mi padre, el verdadero fundador de la firma, y no veo motivos para gastar más dinero en él.

Fuese cual fuese el director o accionista que sugiriese una modificación de las oficinas, siempre se tropezaba con aquel rostro frío e impenetrable.

Durante unos momentos, Julia charló con el viejo Forest, el portero, que parecía estar en el mismo lugar y llevando el mismo

uniforme que cuando era una chiquilla, y luego penetró en el vestíbulo. Como el resto del edificio, no contenía adornos ni objetos inútiles. Tres empleadas de cara triste y ya entradas en años se sentaban tras los escritorios de la recepción; al otro lado había unos cuantos ascensores y cabinas telefónicas, y sólo en el centro había algo que podía tomarse como un ornamento. Una pieza gigantesca de maquinaria ennegrecida, que se elevaba hacia el techo: el Martillo a Vapor Perseo, inventado por William Lent en 1912, y una de las piedras angulares de su fortuna.

—Lo siento, señorita Julia, pero *Sir* Stephen está muy ocupado en este momento. Se halla reunido con el señor Crawford y los obreros de Lancashire —le indicó la secretaria de su tío. Tenía la expresión de una perra ovejera muy afectuosa, y como la mayoría del personal llevaba muchos años en la empresa—. ¡Oh!, me gustaría que su tío no viniera tan a menudo, señorita. Claro, todos le queremos y apreciamos mucho, y desde su último ataque puede estar en peligro. Como le decía ayer mismo al señor Trew…

—¿Qué le decía ayer al señor Trew, Mary?

El hombre había entrado silenciosamente en la oficina, sonriendo. Era de mediana edad, estatura media y un color medio también, y llevaba chaqueta negra y pantalones a rayas, como un uniforme. Aparte de sus ojos, que reflejaban gran inteligencia, nadie se habría fijado en él en medio de una multitud.

—Hola, señorita Julia —saludó luego—. No le haga caso a Mary. Revolotea en torno a su tío como una gallina. *Sir* Stephen sufrió un ataque, pero el negocio sigue siendo su mejor tónico. Llevamos juntos mucho tiempo y le conozco bien. Venga y espere en mi despacho. No creo que el jefe tarde mucho. Ese tipo, Crawford, se equivocó en un pedido y ahora le están arrancando el pellejo a tiras. —Peter Trew abrió la puerta y condujo a Julia hasta su despacho, una habitación casi desnuda, con mesas de acero y sillas muy pesadas, que lo mismo podía haber pertenecido a un fraile—. Siéntese y póngase cómoda, señorita Julia. ¿Un cigarrillo?

La caja que le tendía era de bronce, muy poco en armonía con el hombre que era casi el cerebro de la organización.

—A propósito, vi su fotografía en el *Tatler* la semana pasada. Creo que estaba con aquel Stuart-Vale, ¿verdad?

—Sí, Peter, tiene razón. —Julia aceptó la cerilla encendida, que aplicó a su pitillo y se retrepó en la silla, a duras penas—. No le gusta Jimmy, ¿verdad?

—No, en realidad no, aunque no es asunto mío. Creo que usted podría hallar algo mucho mejor, señorita Julia.

—¿De veras, Peter? Es usted muy amable. Pero dígame: ¿por qué me llama siempre «señorita Julia»? Al fin y al cabo, le conozco desde que era niña, y usted es ya director de la firma; probablemente el único personaje de importancia desde que mi tío se puso enfermo. Su seriedad me hace sentirme como una simple camarera.

—Lo siento, señorita Julia, no me gusta que piense esto, pero temo no poder cambiar. —Por su rostro pasó la fugaz sombra de una sonrisa—. Tal vez sea una estupidez por mi parte, sin embargo, no puedo pensar en usted de otra forma; lo mismo que siempre llamo «jefe» a su tío. Cuando se ha pasado toda la vida sirviendo a la familia Lent…

—Sí, lo comprendo, aunque es una tontería, Peter. Antes todo esto estaba muy bien, pero ahora es usted una persona importante, y probablemente un hombre rico. ¿Cuál es su sueldo? Al menos, veinte mil al año; de modo que podemos tratarnos de igual a igual.

—Oh, no, no gano tanto, señorita. —Trew sonrió, evidentemente molesto—. Después del ataque de su tío, la Junta me ofreció las veinte mil, que yo no acepté. Al fin y al cabo, ¿por qué cobrarle más dinero a la empresa y pagar más de impuestos? No tengo familia y mis necesidades son muy simples. Tampoco me gusta divertirme. Ya les pagamos a algunos tipos de la nobleza, para cuidarnos de ese aspecto del negocio. —Se encogió de hombros y miró directamente a la joven. Calló unos instantes y prosiguió—: No, mi vida está aquí y prefiero pensar que soy un simple servidor de la compañía, lo cual,

naturalmente, equivale a servidor de su familia. Bien, temo que por ahora seguirá usted siendo para mí la señorita Julia.

Trew tendió la vista en torno, como justificando sus palabras. No deseaba nada más. Sólo ser el servidor fiel y de confianza, el criado con poderes: era ésta su única ambición. Sentarse con la Junta, pero no para dar órdenes sino para transmitirlas. Contemplar una fila de rostros importantes, y verlos desviar la mirada al establecer que esto y aquello era lo interesante en la política de la compañía; así era como le gustaba a *Sir* Stephen y así tenía que ser. Apretar un botón del intercomunicador y enviar cincuenta locomotoras a Brasil, una grúa flotante a Nigeria y tres plantas generadoras a Sydney. Estar delante de una hilera de oficiales de enlace y comunicarles lo que podía concederse y lo que era imposible; que la compañía siempre había tenido gran fe en sus empleados, y si querían continuar en la nómina debían trabajar con más fe todavía.

Y al final de todo, sin ninguna recompensa personal, excepto el placer de ver sonreír a *Sir* Stephen y oírle decir con su voz cascada:

«Gracias, Peter, sé que puedo confiar en usted. Siempre he confiado, ya lo sabe.»

—Muy bien, si así lo quiere, seguiré siendo para usted la señorita Julia. —La joven le sonrió—. Su familia y la nuestra han trabajado juntas mucho tiempo, ¿no es cierto, Peter?

—Mucho tiempo, señorita. Tres generaciones ya. Mi abuelo fue capataz de su bisabuelo, cuando empezó con la primera fragua en Gravesend. Mi padre fue gerente de su abuelo y su tío-abuelo. Y ahora, yo le sirvo a su tío. Sí, mucho tiempo.

—Efectivamente —asintió Julia, contemplando una fotografía situada detrás de la mesa, y considerando los humildes principios de los que procedía. Un caballero que lucía un sombrero hongo, con grandes patillas, se hallaba delante de un cobertizo alquitranado, y que poseía trece fábricas en tres continentes, y minerales en la mitad del globo. Después de una corta reflexión, añadió—: Me pregunto cómo fue el principio, Peter. Mi bisabuelo, por ejemplo. ¿Fue el negrero que parece en ese retrato?

—Supongo que sí, señorita. En realidad, todos lo eran en aquella época. Y muy duro con sus hijos, según oí decir. Éstos no tenían el menor interés por la empresa, y la habrían arruinado a los cinco años después de su muerte. Pero dejó una cláusula en su testamento que lo impidió. Oh, perdóneme un momento, por favor, estaba esperando esta llamada.

Levantó el receptor, contestó brevemente y volvió a dejar el aparato después de haber pronunciado una serie de cifras con la velocidad de una computadora. Mientras escuchaba, Julia comprendió que era la eficiencia, así como la lealtad, lo que convertía a Trew en un tornillo tan importante del negocio.

—Y no me sorprendería que el viejo hubiese tenido razón —continuó Trew—. Por lo que me contó mi padre, el señor Hal, o sea, su abuelo, y el señor William, su hermano y tío-abuelo de usted, no se tomaban al principio mucho interés por la compañía. Sólo se aprovechaban de los beneficios y pasaban todo el tiempo dedicados al alpinismo y a los deportes de invierno. Sí, llegaron a hacerse famosos, aunque estuvieron a pique de hacer quebrar la firma. Luego, el señor Hal se mató haciendo una escalada en Escocia, y William no volvió a escalar nunca más. Al contrario, desde aquel momento se dedicó al negocio. Resultó ser un excelente ingeniero y buen negociante. El Martillo Perseo fue invención suya. Supongo que debemos considerarle como el verdadero fundador de la compañía.

—Sí, eso supongo —asintió Julia, consultando su relojito de pulsera—. ¿Cree que mi tío tardará mucho aún, Peter?

—No lo creo, señorita. Claro que si es urgente, puedo llamar a su despacho y preguntar.

—No, no se moleste, no es importante… Se trata de un libro que me pidió que fuese a comprar en su nombre. Hace algún tiempo que perdió el ejemplar y desea remplazado. Creo que contiene parte de la historia de la familia.

—Ah, sí, sí, lo recuerdo. —Trew frunció el ceño ligeramente—. Me dijo algo… Un libro sobre alpinismo titulado *Colinas Grises,* ¿verdad? Me pareció un poco enfadado. Sí, exacto, señorita, el

título era *Peñas Grises*. No lo había mirado en más de seis meses y cuando fue a buscarlo, había desaparecido. Hace como cosa de quince días, según creo.

—¡Seis meses! —exclamó Julia.

En tanto tiempo, muchas personas podían haber tenido la oportunidad de apoderarse del libro. Con toda seguridad, no podría ayudar mucho a John Cain.

—Sí, esto es lo que me dijo. ¡Ah!, creo que ahora llega.

Trew se levantó rápidamente al abrirse la puerta.

—¡Ah! estás aquí, querida…

Stephen Lent entró lentamente, como el hombre que ha sufrido dos ataques en unos cuantos años; en cambio, no parecía agotado en absoluto. Peter Trew tenía razón: el negocio era su mejor medicina.

—Me alegro de que Peter te hiciera compañía. Gracias, hijo. —Se sentó cuidadosamente en la silla que le ofreció Trew, y les sonrió a ambos—. Julia, debes mostrarte muy amable con nuestro Peter. No sólo es mi mano derecha, sino una especie de enfermera para mí. Y ahora, dime: ¿conseguiste el libro?

—No, tío.

La joven observó la desilusión en el rostro de *Sir* Stephen, y le dolió. Su padre había fallecido en un accidente de coche cuando ella tenía doce años, y aunque nunca habían mantenido gran intimidad hasta recientemente, Stephen Lent significaba ya mucho para la muchacha.

—¿No? Pero Julia, querida, ¿qué sucedió? Ese tipo no pudo venderlo tan pronto…

—No, claro que no… ¿Te encuentras bien, tío?

Ahora tenía el rostro muy arrugado y lívido, y los párpados parecían incapaces de mantenerse abiertos.

—Sí, estoy bien, Julia… muy bien. —Lent meneó la cabeza como para aclararse las ideas. Luego insistió—: Pero ¿qué ha pasado con el libro? La oferta llegó esta mañana, por lo tanto… O lo tiene o lo ha vendido.

—No, no es tan sencillo, tío. —Julia le había prometido a John no confiarse a nadie, pero el estado de su tío la impulsó a olvidarse de su promesa. *Sir* Stephen parecía realmente muy enfermo—. Bien, un ejemplar de esa obra la adquirió un tal Roach, y éste murió y John Cain se hizo cargo de su negocio y…

—Sí, sí, lo sé. —*Sir* Stephen volvió a agitar la cabeza con impaciencia—. Lo ponía bien claro en la tarjeta que recibí. Pero ¿qué ha sido del libro, Julia?

—El libro no existió nunca, tío. Cuando falleció Roach, le robaron un ejemplar, y Cain sospecha que esto tiene algo que ver con su muerte. Por esto envió las tarjetas, a fin de que el ladrón se diese a conocer y…

—¡A fin de que el ladrón se diese a conocer! Oh, querida, no te entiendo.

El semblante de *Sir* Stephen estaba exactamente tal como ella lo había visto con ocasión del último ataque: gris, vacío, sin expresión. El rostro de un niño que ve su juguete preferido hecho añicos.

—Trataré de explicarme, tío. Cain piensa que, durante los últimos meses, alguien ha estado comprando ejemplares de *Peñas Grises*, y probablemente también ha robado unos cuantos. En una biblioteca mutilaron uno. Piensa que puede tratarse de un coleccionista chiflado, de un loco… ¿Qué te pasa, tío?

—Un loco, ¿eh? —Una ronca carcajada se escapó de entre los labios de *Sir* Stephen—. Conque piensa eso, ¿eh? Un loco… sólo un loco…

Con un movimiento convulsivo apartó la silla y se puso de pie, apoyándose ligeramente en la mesa.

—El tal Cain parece ser un tipo muy listo, querida, pero está equivocado… terriblemente equivocado. —Tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera contemplando las puertas del infierno—. ¡Un loco! ¡Oh, querida Julia, si al menos tuviese razón…!

Su rostro se tornó completamente blanco, le flaquearon las rodillas y cayó hacia adelante, entre los brazos de Peter Trew.

7

Sir Stephen Lent sufrió otro ataque y fue llevado inconsciente a su casa. Julia escuchó el dictamen de los médicos, comprendiendo que éste podía ser el ataque final.

John Cain pasó una tarde infructuosa recorriendo las librerías en busca de ejemplares de *Peñas Grises*, y Mott no estuvo ocioso.

La casa Trefoil Press había cesado como firma independiente ya hacía varios años, pero todavía existía como sucursal prestigiosa del grupo de editores Henderson, y de vez en cuando publicaba alguna obra en edición de lujo. Al cabo de una hora de marcharse John Cain de su apartamento, Mott cruzaba el portal del edificio Henderson, le sonrió horriblemente a la recepcionista y anunció:

—Mott pregunta por Heaven.

—¿Está usted citado, señor?

Aunque la joven llevaba pocos meses en la empresa, estaba segura de poder distinguir ya las ovejas de las cabras. Y Mott era una cabra, ciertamente: el autor de un manuscrito impublicable y sin valor, decidido a molestar a los directores de la editorial. Casi las dos terceras partes del tiempo, la muchacha las pasaba tratando con personas que deseaban ser recibidas sin estar citadas, y los directores no querían ser molestados, por encima de todo. Hombres tranquilos y anónimos, se parapetaban en sus despachos, apartados del público como las princesas orientales de las Noches Árabes. La joven sonrió maliciosamente y levantó el receptor; dentro de un

momento enviaría a freír espárragos a ese mal educado. Pero de repente, la sonrisa abandonó su rostro, reemplazándola una expresión de extrañeza.

—Por aquí, caballero. La segunda puerta a la derecha.

—¡Señor Moldon Mott! —exclamó la voz de Stanley Heaven—. ¡Qué agradable sorpresa!

El presidente de la empresa Henderson torció su boca zorruna en lo que se imaginaba ser una sonrisa de bienvenida.

—Sí, también para mí es un placer saludarle, amigo.

La amable expresión de Heaven se trocó en otra de dolor bajo el apretón de manos de Mott.

—¿Quiere traernos unas tazas de té, señorita Wilson? —le pidió luego a su secretaria, que estaba ya marchándose fuera del despacho.

No conocía a Mott, pero había oído hablar mucho de él, pero nada bueno. En realidad, el individuo era un farolero y un endiosado, aparte de desagradable. No obstante, sus obras tenían buena venta; esto no podía negarse; al menos, veinte mil ejemplares en la edición de lujo, sin contar la de bolsillo y los derechos de los seriales. La casa Henderson no pasaba por buenos momentos y Mott sería muy bien recibido en su lista de autores de la casa.

—Bien, siéntese, amigo mío.

Vio cómo Mott se hundía en la mejor butaca de la estancia y él se apoyó graciosamente en la repisa de la chimenea. Tendría unos setenta años, pero vestía de acuerdo con la moda más «*pop*», con zapatos cuadrados y un traje estrecho que brillaba metálicamente.

—Es una coincidencia sorprendente que hoy nos visite usted, señor Mott. Precisamente, acabo de leer su última obra, *Sobre las huellas del abominable Hombre de las Nieves*. —La mentira fluyó con soltura—. Un libro fascinante. Sus editores no arriesgarían nada ofreciendo una recompensa para el que lo mejorase.

Henderson esperaba algo bueno de la visita del escritor, y deseaba encauzar la conversación por donde más le convenía.

—Las ventas van bien, ¿eh? ¿Veinte… veinticinco mil?

—Veintiocho mil, para ser exacto, pero no es bastante… no, no es bastante.

Mott frunció el ceño y tomó uno de los cigarrillos de Heaven.

—Aunque está mal que lo diga yo, siendo como soy el más modesto de los hombres, este libro es el mejor publicado sobre este tema, y veintiocho mil ejemplares son una minucia. Cincuenta mil sería lo justo, en mi opinión. Cuando pienso en la cantidad de obras de Collins vendidas, y la comparo con mi *Hombre de las Nieves*… —Meneó tristemente la cabeza y aspiró fuertemente el cigarrillo—. Naturalmente, la propaganda es lo malo. Si ese viejo chivo de Bill Raper tuviese algún sentido de la proporción, habría publicado mi retrato en todas las revistas y periódicos del país. En fin…

Su expresión era la del niño mimado que cree que le niegan algo injustamente, y en su interior pensaba en los padecimientos de otras figuras literarias: Chatterton en su buhardilla, Swift expuesto a las burlas de la multitud de Dublín, Defoe…, sí, estaba casi seguro de que Defoe había sufrido en manos de un editor poco escrupuloso.

—Tiene razón —asintió Henderson, sonriéndole a su visitante con simpatía. La conversación se deslizaba tal como esperaba—. Raper y Smith son una buena firma, pero tal vez les falta visión. Si yo tuviera en mi lista de autores un nombre de su categoría… alguien cuyos libros se venden de veras, le concedería el trato debido, sin reparar en gastos de propaganda.

—¡Exacto! Si anunciasen como es debido venderían más.

A Mott le había desagradado Heaven a primera vista, pero ahora le parecía una persona bastante inteligente.

—Estoy seguro de ello, señor Mott. Y si alguna vez piensa cambiar de editor, no se olvide de nosotros. Estoy seguro de que hallaría nuestra producción completamente satisfactoria, y no tendría quejas de la propaganda. Además, nosotros nos sentiríamos muy honrados de contar con su colaboración.

—Seguro que sí, amigo —Mott rió muy alto y aporreó los brazos de la butaca—. No sólo honrados sino encantados. ¿Y qué editor no lo estaría? Vaya, si un día dejase al viejo Raper, habría cola en mi

puerta, con el sombrero en la mano. Sí, si algún día me decidiera a cambiar, tendría su oferta en la memoria, no lo dude, aunque no creo que llegue ese caso. Raper y Smith poseen una opción verbal sobre mis dos próximos títulos y no soy hombre que deje sin cumplir una palabra, como puede figurarse. Ah, aquí llega su secretaria con el té.

Le sonrió a la secretaria, que estaba dejando la bandeja sobre la mesa de Heaven.

—Eh… sí, gracias, señorita Wilson.

La voz de Heaven sonó bastante fría, ya que la frase «sombrero en la mano» le había ofendido considerablemente. Desde que habían muerto sus esperanzas de publicar una obra de Mott, empezaba a lamentar su amable hospitalidad.

—Y ahora, señor Mott, aunque no pueda afirmar ser un hombre muy atareado, tengo algunas cosas que atender. ¿Para qué se ha molestado en visitarme?

—Oh, sí, claro, casi lo olvidaba. ¡A su salud! —Mott levantó la taza de té como si fuese una copa de champaña y se la llevó a los labios—. Se trata de una petición poco usual, señor Heaven, pero creo que usted podrá ayudarme. Deseo obtener un ejemplar de una obra publicada por Trefoil Press en 1910. Ya sé que es casi imposible, pero si ustedes tuvieran aún las planchas o un ejemplar archivado…

—¡Una obra de 1910! Verdaderamente, hace mucho tiempo y dudo de que… —Por un momento hubo irritación en su voz, irritación que se fue trocando en asombro—. Señor Mott, ¿cuál es el título del libro?

—*Peñas Grises*; un volumen de recuerdos de alpinismo. Oiga, ¿qué le pasa, amigo? ¿Se encuentra mal?

—Oh, no, no, estoy bien. Mera curiosidad.

Heaven fue a sentarse a su mesa. A pesar de su reluciente traje juvenil, ahora acusaba toda su edad.

—Dígame, ¿a qué se debe su interés por ese libro?

—Oh, pura rutina, señor Heaven. Pensaba escribir unos artículos sobre alpinismo y creo que *Peñas Grises* es una buena fuente de

referencias. Por lo visto, es muy difícil conseguir un ejemplar. Por esto vine a verle.

—Sí, es muy difícil de encontrar.

Heaven se retrepó en la butaca, contemplando las volutas de humo que ascendían al techo.

—Yo acababa de entrar en la empresa cuando se publicó ese libro. Sólo se editaron un centenar de ejemplares, veinticuatro de los cuales fueron destruidos por un incendio en nuestro almacén. Los restantes se vendieron mayormente a suscriptores particulares y las planchas debieron de fundirse hace muchísimos años. Claro que también había un ejemplar en los archivos. Sí, hasta hace unos meses había un ejemplar en los archivos.

—Y fue robado o destruido. ¿Puede contarme qué sucedió?

No había sorpresa en la voz de Mott. Ya esperaba que el coleccionista loco, o el asesino, hubiese visitado la editora.

—Le contaré lo poco que sé, señor Mott, pues es muy poco.

Los ojos de Heaven estaban fijos en los círculos de humo, y lo mismo podía haber estado pensando en todos los años que llevaba sentado en el despacho, en los autores fallecidos, en los manuscritos olvidados y en los libros que parecían obras maestras y que ahora estaban pudriéndose en los sótanos o en los estantes de las librerías de seis peniques.

—Hace unos tres meses, recibimos una carta de un librero, que preguntaba si teníamos un ejemplar de *Peñas Grises*. No recuerdo el nombre, pero tal vez mi secretaria…

—¿Era Roach?

—Sí, el mismo, señor Mott; creo que era James Roach. Decía que un cliente deseaba el ejemplar para ciertas investigaciones y que pagaría muy bien. Le contesté yo mismo, diciéndole que no teníamos ningún ejemplar a la venta desde hacía muchísimos años; había uno en los archivos, que su cliente podía consultar, si tal era su gusto. Siempre hemos conservado un ejemplar al menos de todas las ediciones limitadas, sólo por motivos puramente sentimentales. Bien, no volví a saber nada más de Roach, y supongo que halló algún

ejemplar en otro sitio. Ni volví a pensar en él ni en *Peñas Grises* hasta que efectuamos el inventario hace seis semanas.

—¿Había desaparecido el ejemplar archivado de la obra?

—Efectivamente, y no lo entiendo. ¿A quién puede interesarle robar una cosa así?

Heaven meneó la cabeza, chascando la lengua.

—¿Quién tuvo la oportunidad de robarlo, amigo?

—Bueno, supongo que únicamente Tom Marsden, nuestro empleado del archivo. Éste lo tenemos en un sótano, y sólo él tenía una llave, a lo que sé. Si alguien quería consultar algo, tenía que pedirle la llave a él. Pero ¿por qué robaría un ejemplar el viejo Marsden? ¿Qué valor podía tener para él? Además, llevaba con nosotros desde que era un muchacho, y yo habría apostado por él hasta mi último centavo.

—De acuerdo, señor Heaven, pero ¿qué sabemos en realidad de los seres humanos?

Mott estaba hablando consigo mismo, imaginándose cómo había ocurrido el desmán. El cliente de Roach le había pedido a éste que escribiera a los editores, y Roach le había comunicado a su vez que no tenían ningún ejemplar a la venta pero sí uno en el archivo. Seguramente, no le habría resultado difícil descubrir quién era el encargado del sótano.

—¿Podría hablar con ese Marsden?

—¿Hablar con Tom Marsden? —Heaven frunció el ceño y sacudió la cabeza negativamente—. Imposible. Ya no está con nosotros. Y aunque nunca relacioné lo ocurrido con la carta de Roach o con el robo… Bien, lo cierto es que si su muerte tuvo que ver algo con todo eso…

—¿Su muerte?

—Oh, sí, señor Mott, así es. Estuve en la encuesta y no hay la menor duda. Unos días después de haber recibido la carta de Roach, el viejo Tom Marsden se suicidó.

Probablemente habían muerto dos personas por culpa de un libro titulado *Peñas Grises*, y Mott no había disfrutado tanto en muchos años. Mientras subía la escalinata del Museo Británico, no se le ocurrió siquiera la idea de informar a la Policía. ¿Por qué? Según su opinión, su cerebro y su habilidad eran muy superiores a los de cualquier policía, y además debía ajustar una cuenta personal. El asesino había descubierto que él poseía un ejemplar de la obra y había penetrado en su apartamento, robándoselo. Oh, sí, Mott estaba decidido a vengarse y para ello tenía que descubrir al asesino.

Podía imaginarse exactamente lo que había ocurrido en la editorial. El señor Stanley Heaven podía proclamar que «el viejo Tom Marsden llevaba con nosotros desde que era un muchacho y yo habría apostado por él hasta mi último centavo», pero lo cierto era que Marsden había estado trabajando por sólo doce libras semanales, y tenía que mantener a una esposa inválida. El pobre Tom no podía rechazar un soborno a cambio de un servicio minúsculo: la eliminación de un libro sin importancia que nadie echaría de menos. Y después… Tom murió. Sí, el asesino había cometido un crimen odioso e innecesario, porque el asesino poseía una mentalidad odiosa y criminal.

Empujó las puertas del salón de lectura, entregó su tarjeta de socio y una nota al empleado. Al menos en edición de bolsillo, el Museo tenía un ejemplar de la obra. Y esperaba que nadie se le hubiese adelantado. Después, sentóse en un banco a esperar.

«Únicamente los estúpidos utilizan hoy día este salón —decidió —. Los estúpidos, algunos estudiantes indios y los jesuitas.»

Miró desdeñosamente en torno al vasto salón circular con su colección de turbantes, alzacuellos clericales y cabezas abombadas inclinadas sobre los volúmenes, y se retrepó en su banco. A su derecha había dos sacerdotes, uno leyendo un libro religioso, y el otro comprobando una quiniela de fútbol.

«Sí, un crimen odioso —continuó pensando—. La muerte de Roach fue diferente, porque se trataba de un tipo muy desagradable y seguramente un chantajista. Pero Marsden no; no, no había necesidad de matarlo.»

Cerró los ojos y reflexionó cómo habría ocurrido. Primeramente, el asesino habría abordado al pobre hombre en un café o taberna, con una conversación inocente, para llegar por fin al punto de interés.

«Soy coleccionista, señor Marsden, y usted ya sabe que somos un hatajo de chiflados. Bien, yo le pagaría muy bien un pequeño servicio. Por ejemplo: referente al archivo de su editorial. Allí hay un libro que para mí tiene el valor de… cincuenta libras.»

Sí, ésta habría sido la cifra; suficiente para un pobre hombre, pero no tan alta como para despertar sospechas.

Luego vino la entrega y el pago… Marsden habría ido andando por el muelle con el paquete bajo el brazo, sin nadie en las calles a medianoche; la luna rielaba en el río, y alumbraba las esfinges y la Aguja de Cleopatra.

¿Habría dicho algo Marsden al entregar el paquete? Seguramente, habría dicho algo así:

«No se lo contará nunca a nadie, ¿verdad, caballero? Nunca me he visto metido en ningún lío y ahora…»

Entonces la voz del asesino le habría interrumpido para tranquilizarle:

«Oh, no se preocupe, señor Marsden. Nadie sabrá nunca nada ni hablará jamás de nuestra pequeña transacción. Ni usted, señor Marsden.»

Entonces, unas manos y unos brazos habrían aparecido y el enclenque cuerpo de Marsden habría sido arrojado al agua, mientras alguien corría por el muelle, y las esfinges casi dejaban de sonreír.

Pero ¿por qué? ¿Qué podía haber en un libro publicado sesenta años atrás que proporcionara un motivo para dos asesinatos? Su teoría del chantaje empezaba a desmoronarse, y casi se sentía dispuesto a aceptar la teoría del coleccionista chiflado, favorita de John Cain.

Pero ¿por qué, de nuevo? ¿Qué atractivo podía tener aquella obra para un loco o un chiflado? Bien, ya no tardaría en averiguarlo. Al asesino le habría resultado muy difícil, casi imposible, robar un ejemplar del Museo Británico, por lo que, gracias a la obra, Mott empezaría a descubrir la verdad.

—Pero ¿por qué, por qué, por qué? ¿Qué había en el maldito libro?

Involuntariamente, las palabras surgieron altas y claras de entre sus labios, corriendo por la sala como un clarín. El sacerdote que estaba a su lado frunció el ceño, indicó el cartel que ponía «Silencio» y volvió a su quiniela, mirando fríamente a Mott por el rabillo del ojo. Decidió que actualmente se permitía la entrada en el Museo a personas muy indeseables.

—El libro que usted ha pedido, caballero.

El empleado había oído el estallido de Mott y consiguió que el «caballero» sonase algo insolente.

—Espero que lo trate como es debido —añadió.

—No tema, amiguito, déjelo aquí y ocúpese de sus asuntos.

Mott había captado el insulto, y normalmente le habría soltado al desdichado un buen rapapolvo. Pero por el momento, se sentía demasiado complacido al ver que el libro estaba intacto.

No lo abrió al instante, sino que estudió la portada, casi amorosamente. Habían remplazado la piel azul por la encuadernación uniforme de la biblioteca, pero se trataba de la obra que deseaba. La llave que podía abrir la puerta de un siniestro y desalmado asesino. También podía procurarle muchas alabanzas, y Mott no desdeñaba los halagos. Ya le parecía escuchar las voces de los socios de mil clubs elegantes, glorificándole.

«Listo ese Moldon Mott. El solo solucionó los asesinatos del muelle y de Clapham.»

«Oh, sí, la Policía opinaba que era un par de suicidios, pero cuando Mott metió la nariz en el asunto, todo se puso en claro.»

«Mott… Moldon Mott… Mott.»

Su nombre resonaba por todas partes, como un símbolo de inteligencia y valentía.

Por fin, lentamente, como el amante que se aproxima al lecho de su amada, como el explorador que trepa a lo alto de una cima para descubrir una tierra virgen, levantó la portada y leyó el título de la primera página: *Peñas Grises: colección de hazañas del alpinismo inglés entre los años 1840 y 1910*. Cogió el libro, buscó el primer capítulo y empezó a leer.

A medida que lo hacía, todos los semblantes de la sala de lectura del Museo Británico se volvieron hacia él. Rostros blancos, negros y castaños, con expresiones de asombro, de furia y de cólera. Tres empleados se apresuraron por el pasillo. Ya que el rostro de Mott también había adquirido una expresión de furor inaudito, y el alarido que se escapó de sus labios no tuvo nada de humano.

—¡Maldito canalla! —gritó muy alto—. ¡Oh, sí, maldito, maldito canalla, y listo, muy listo granuja!

A su alrededor, las páginas centrales del libro se estaban convirtiendo en confeti, hasta llegar a transformarse en un polvillo gris cuando llegaban al suelo.

8

—Sí, ácido, el maldito diablo usó un ácido.

Mott estaba disgustadísimo, contemplando a John y a Julia, y su voz sonaba llena de dignidad ofendida, al recordar su humillación. El placer con que había abierto el libro se había trocado en horror y asombro cuando sus ojos tropezaron, no con unas páginas debidamente impresas, sino con una pulpa gris que se había vuelto polvo en sus manos. Y el resto también era desdichado y odioso. Con un empleado a cada lado, y varios rostros coléricos o compasivos en los bancos y pupitres, él, Moldon Mott, habíase visto obligado a dirigirse al despacho del Subdirector, el cual le habló como lo hubiera hecho con un estudiante díscolo.

—Ya. Una excelente idea.

A pesar del enfado de Mott, John sonrió levemente, ya que la idea era buena. Era casi imposible robar el ejemplar del Museo Británico, y ni siquiera destruirlo por medios normales, por lo que había empleado un método nuevo: había deslizado una capsulita plana llena de vitriolo en las páginas centrales, sujetándola con cinta adhesiva. Con el tiempo, el ácido se había comido la cápsula, destruyendo el papel. Aunque simpatizaba con él, había algo muy cómico en la idea de Mott rodeado por aquel confeti, y le gustó ver que Julia también apreciaba este aspecto humorístico. La joven miraba fijamente al suelo con el claro intento de reprimir una carcajada.

Se hallaban instalados en el despachito de la trastienda, casi aprisionados por montones de libros y obras de encuadernación vulgar. Aunque oficialmente la tienda estaba cerrada, a través del cristal divisor, podía ver a un cliente remolón estudiando los estantes de libros. Era un parroquiano antiguo, en el que podía confiar.

—Sí, supongo que puede tildarse de excelente, aunque de acuerdo con la locura. —Mott había observado la reprimida carcajada de Julia y deseaba contemporizar—. Al parecer, tenemos un pájaro difícil de atrapar. Cuando puede comprar o robar, emplea esos métodos, y cuando esto le resulta imposible, destruye. Un tipo muy eficiente. A estas horas, debe de haber destruido casi toda la edición. A propósito, ¿sabían que sólo existían setenta y seis libros… y no cien? ¿No? Bien, no quiero enseñarle su oficio, señor Cain, pero veinticuatro ejemplares fueron destruidos por un incendio poco después de ser encuadernados. Pensando en los que pudo destruir el tiempo, los que Roach adquirió y los que nosotros sabemos que han sido destruidos, ya no pueden quedar muchos ejemplares. Mi opinión es que si no logramos obtener alguno, estamos listos. Sólo esa obra puede indicarnos detrás de quién vamos, por lo que es primordial que poseamos un ejemplar… y lo obtendremos. Supongo que usted no tuvo suerte, ¿verdad, amigo?

—No, ni el menor rastro de ese maldito libro.

John recordaba las interminables horas al teléfono, y las respuestas, siempre iguales. Por lo visto, nadie tenía ningún ejemplar.

«No, lo siento, Cain, pero hace años que no he visto uno. ¿Por qué no prueba con Francis Edwards?»

«No puedo servirle, amigo. Creo que hace tiempo vendí uno, pero no recuerdo a quién. Quizá James Thin de Edimburgo…»

«No, señor, por el momento no tenemos ninguno. Recurra al Museo del Libro en Kendal. Siempre tienen una buena existencia de obras deportivas.»

Sí, siempre lo mismo:

«Lo siento…», y el consejo de preguntar a otra parte.

«Pruebe en Quaritch, en Maggs, en Commin, en Bournemouth, en Hill de Newcastle, en Kerr de Lancashire…»

Pruebe donde sea, porque no le servirá de nada. John estaba asustado pensando en la próxima factura de teléfonos.

—Sí, lo único que podemos hacer es aguardar a que nuestro amigo el asesino se asuste y enseñe la mano antes de atacar de nuevo, amigo. Ah, pero al parecer, tiene usted que atender a un cliente.

Mott calló al ver que el parroquiano llamaba al cristal.

—Buenas noches, señor Cain. —El tipo entró lentamente, estornudando y tosiendo como un perro viejo. Pesaría unos ochenta kilos y mostraba una prominente panza que parecía colgar de su cuerpo, y unas patillas que le daban cierto parecido con el emperador Francisco José de Austria. Llevaba un libro en la mano, sosteniéndolo como si fuese un objeto asqueroso y probablemente plagado de microbios—. Siento molestarle tan tarde, pero he encontrado esto y quería comprobar el precio. Me parece terriblemente caro ¡treinta chelines!

—Veamos, Mayor Allan. —John estudió la obra—. Sí, *La reina que huyó*, de Ford Madox Ford. Creo que treinta chelines es un precio justo. Es una primera edición, muy cara.

—Sí, sí, pero su estado, señor Cain… —La cara de «Francisco José» adquirió una expresión de asco y de enfado, como si John fuese un viejo amigo que acabase de defraudarle—. Fíjese, las cubiertas y el lomo están muy gastados, y las esquinas de las hojas parecen roídas. Foyle tenía uno en mejores condiciones el otro día por sólo veinticinco chelines.

—De acuerdo, Mayor, veinticinco chelines.

Normalmente, John habría usado la fórmula: «Entonces ¿por qué no se lo compró a Foyle?», con lo que habría cobrado la cantidad marcada, pero ahora sólo quería librarse de aquel importuno. Vio cómo dejaba el dinero sobre la mesa y se alejaba muy contento con la ganga.

—Hum… un negocio difícil, amiguito. —Mott contemplaba desdeñosamente el dinero, sonriendo hacia Julia—. ¿Consigue vivir con esto?

—Sí, naturalmente, vivo con esto.

John comprendió de pronto que jamás le había disgustado tanto un ser humano como le desagradaba Mott.

Había estado muy contento, charlando con Julia hasta hacía pocos instantes, pero de repente Mott apareció en la tienda, con su relato de lo ocurrido en el Museo Británico, sus descubrimientos en la editorial, sin dejar ni un solo momento de sonreírle a Julia.

—Mi querida señorita Lent, qué placer poder saludarla… Espero que nuestro amigo Cain no la esté aburriendo… Oh, de modo que su tío ha sufrido otro ataque… Oh, cuánto lo siento… Un hombre maravilloso… uno de los últimos grandes capitanes de nuestra industria. Por favor, acepte mis deseos de un pronto y total restablecimiento…

Sí, John empezaba a odiar a Moldon Mott.

Y lo peor era que Julia parecía apreciarle. Se había ruborizado ante sus cumplidos, había agradecido sus frases de simpatía y escuchaba con intensa atención el relato de sus descubrimientos.

Sí, también odiaba a Julia. Tenía tantas probabilidades de salir con ella como de encontrar un papiro original del Génesis. Las muchachas como Julia Lent ni siquiera se fijan en los libreros de lance de los callejones suburbanos. Y de repente, deseó terminar con todo aquel asunto.

—Mi negocio no le interesa a nadie —declaró con frialdad—, excepto en lo que respecta a ese libro. Un libro que, probablemente, ya ha matado a dos personas. Y como no podemos conseguir ningún ejemplar, opino que lo mejor sería acudir a la Policía y contar lo que sabemos. Tendrán que hacer algo, debido a lo que les diremos y…

—No, maldita sea, no es así. —Mott estaba iracundo—. En conjunto, la Policía es útil, pero carece de imaginación. ¿Qué podrían descubrir que… que…? —Estaba a punto de añadir: «… que no

descubra yo», pero calló y continuó—¿… que la señorita Lent y nosotros no podamos lograr?

Le sonrió a Julia como si fuese una chica muy lista.

Luego, prosiguió:

—Y ahora, queridita, aunque ya sé que debe usted de sentirse muy apenada por la enfermedad de *Sir* Stephen, debe intentar ayudarme. ¿No hubo en su casa un pariente, un criado, un visitante, que pudiera haber robado el libro y tuviese alguna conexión con la Biblioteca Metropolitana?

—No, nadie que yo sepa —replicó Julia con rapidez—. El libro pudieron robarlo hace varios meses, y casi nadie pudo cogerlo. Creo que mi tío es socio de la Biblioteca Metropolitana, pero no creo que haya puesto allí los pies hace años. Naturalmente, ahora no puedo hacerle ninguna pregunta. El doctor dijo que pasarán varios días antes de que pueda hablar.

Apartó la vista de Mott y John y, de repente, se sintió muy culpable. En cierto sentido, los tres eran socios, y ella no tenía derecho a retener ninguna información. Bueno, se lo había contado todo… o casi todo. Por ejemplo: que su tío acababa de sufrir otro ataque, aunque no el motivo del mismo. Ni que su rostro se había ensombrecido cuando ella le contó la teoría de John, ni cómo había sonado su voz cuando cayó entre los brazos de Peter Trew:

«¿Un loco? Oh, querida Julia, si al menos tuviese razón…»

La joven no tenía la menor idea de lo que podía contener el libro; no obstante, estaba segura de una cosa: fuese lo que fuese, aterraba a su tío y era algo relacionado con la familia Lent.

—¿Otro cliente, amiguito? ¿Otro gran negocio?

La voz de Mott interrumpió los pensamientos de Julia, al tiempo que un leve tabaleo sonaba en la puerta exterior.

—No, no es un parroquiano, sino mi ayudante. La envié a rondar por la tienda de Roach y a ver si había correo esta tarde.

John se levantó y pasó a la tienda. Sí, la muchacha estaba esperando a la puerta con un manojo de cartas en la mano. Le dio las gracias y le deseó buenas noches, viendo cómo se alejaba por el

lado de un enorme coche aparcado un poco más abajo. Un sitio muy inadecuado donde dejarlo, ya que la calle era bastante estrecha. Si su dueño no tenía mucha suerte, encontraría un boleto de multa en el parabrisas cuando regresara.

A primera vista, el correo de Roach carecía de importancia: un catálogo de venta, la factura del gas, y una carta de un comerciante de Chicago que deseaba libros que tratasen de los primeros bomberos existentes. Lo dejó todo a un lado, y cogió el último sobre. Era grueso y de color crema, escrito con una bella caligrafía, como si fuese de alguien que considerase la escritura como un arte y no como un medio de comunicación. Lentamente, desgarró la solapa y sacó una hoja de papel con una dirección limpiamente impresa:

> *El Peral, Evelyn, Hertfordshire.*
>
> *Apreciado señor Roach* —prosiguió leyendo—*, hace casi un año que nos vimos, pero confío en que no se habrá olvidado de nuestra pequeña transacción.*
>
> *De lo contrario, recordará que me pidió que me pusiera en contacto con usted si lograba disponer de algunos libros más de mi primo, y en particular del segundo ejemplar de…*

—Bueno —exclamó John—, creo que ya tenemos algo a qué agarrarnos…

Sin embargo, antes de poder continuar, Mott le arrebató la carta. Por un momento la estudió y luego sonrió ampliamente.

—Exacto, tenemos algo a qué agarrarnos. Escuche esto, querida.

Se inclinó hacia adelante, buscando más luz, y leyó en voz alta:

> *… el segundo ejemplar de un libro titulado Peñas Grises, que ya le dije que se había extraviado. Bien, pues ahora ha aparecido, y si usted aún está dispuesto a comprarlo, me encantará recibir su visita. Como me hallo completamente*

confinada en mi casa, no tiene necesidad de escribirme pidiéndome una entrevista.

Sinceramente,

Gwendoline Bell.

—Sí, por fin estamos en el buen camino. —De los labios de Mott surgió un grito de triunfo, y luego golpeó despiadadamente el hombro de John—. ¡Sí, aquí está! —agregó, empujando su silla y bailando alocadamente por la estancia, sujetando la carta en alto y cantando al mismo tiempo—: Gwendoline Bell, Gwendoline Bell…, Gwendoline Bell…

Por fin, derribó un montón de libros que le cerraba el paso. Pero no por eso calló.

—Azul de lavanda, Bell, Bell, Gwendoline Bell. Oh, cómo te amo, Gwendoline Bell. —Se llevó la carta a sus labios y la besó sonoramente. Luego, pareció calmarse un poco—. Bien, hemos tenido suerte, queridos. Por fin tenemos algo en qué hincar el diente.

Se sentó y sonrió ampliamente.

—Veamos. Evelyn es un pueblo que está a más de una hora de aquí, por lo que hemos de movernos inmediatamente. Por su tono, me imagino que Gwendoline es una solterona, bastante avara. No debemos llegar tarde ni chalanear con ella. ¿Quién irá de nosotros? Sí, es justo que vaya usted, amigo Cain.

Pero antes de que John pudiera contestar, se sacó un chelín del bolsillo y se lo puso en la palma de la mano, añadiendo:

—Usted conoce este oficio mejor que nadie, pero es preferible que lo decida la suerte. A cara o a cruz. ¿Veamos…? Yo cara… —y antes de que John hubiese podido mirar la moneda, Mott ya se la había guardado—. Bien, mala suerte, amigo. Me marcho. —Se estaba ya abrochando la chaqueta—. Me pondré en contacto con ustedes tan pronto regrese. Y una vez más, ha sido un placer encontrarla aquí, querida.

Y ante el profundo disgusto de John, antes de correr hacia la puerta, se inclinó y besó la mano de la joven.

—Le odia usted, ¿verdad? —preguntó Julia, sonriendo, a John—. Si pudiera, lo partiría en pedacitos y…

—Y los arrojaría por el desagüe. Sí, creo que sí.

La muchacha había resumido tan perfectamente su idea, que, a su pesar, John sonrió.

—No conozco a nadie que me altere los nervios como Mott. De no estar seguro de que con una sola mano me dejaría fuera de combate, le habría chafado su horrible nariz.

—Lo sé, querido John. —Al dirigirse a la puerta, la manga de su vestido rozó el brazo del joven, y éste pudo oler un vago perfume delicioso y carísimo—. Sí, Mott es un tipo indeseable, y estoy segura de que le ha estafado con la moneda. Pero me alegra que se haya marchado a Evelyn y nos haya dejado solos algún tiempo. En realidad, me encantaría que usted me invitase a tomar una copa.

—También a mí me encantaría invitarla. —Hizo una pausa y sonrió—. Bueno, si puedo permitírmelo.

—¡Cómo! Le ha escocido el comentario de Mott respecto a su negocio, ¿eh? —Julia miró a su alrededor—. Yo diría que sí puede. Parece poseer usted un buen almacén.

—Gracias. ¿Conoce algo del negocio de compra y venta de libros?

—Sí, puesto que trabajé una temporada en una tienda. Usted debe de conocerla: «El rincón de la razón», en Swiss Cottage. La dueña es tía mía.

—La conozco.

La sonrisa de John se ensanchó al recordar una fachada estilo Tudor con varias hileras de títulos prohibidos en los escaparates, y un café en el fondo. Un rincón *beatnik* en apariencia, pero con una diferencia: a pesar de su aspecto, sus parroquianos llevaban las carteras bien provistas y talonarios de cheques en los bolsillos de los tejanos.

—¿La tenía su tía por las ganancias o sólo como pasatiempo?

—Oh, obtuvo buenos beneficios. Nuestra familia siempre hace buenos negocios. En realidad, era una mujer que estaba contra todo.

—¿Contra todo? ¿Contra qué cosas?

—Oh, las cosas que la gente desaprueba: los deportes suicidas, la bomba H, la pena capital y la Cámara de los Lores. Su tienda siempre estaba llena de *hippies* de categoría y sacaba buen provecho de ello. Gracias.

John había abierto la puerta para dejarla pasar, y la joven miró hacia el escaparate lateral. Su mitad inferior estaba casi ocupada por un folio Hogarth, abierto por el centro, mostrando la ilustración del *Progreso* de Harlot.

—Esa pobre chica lleva demasiado tiempo en su escaparate —se compadeció Julia—. La página está enrollada, y la ilustración muy deslucida.

—Lo sé. La cambiaré mañana por la mañana. —John cerró la puerta y puso el candado. Después explicó—: En realidad, el otro día me pasaron una nota por debajo de la puerta. Decía: *Apreciado señor, ¿no podría girar la página para que pudiésemos ver algo más del progreso de Harlot?* Bien, ahora progresemos nosotros hacia las bebidas. Hay una cafetería no muy lejos de aquí.

La cogió del brazo y echaron a andar a la luz del crepúsculo. En aquel momento, el motor del coche se puso en marcha.

La tienda de John estaba situada casi al final de otras varias, estrechándose después la calle, flanqueada a un lado por una barandilla y por el muro de una iglesia en el otro; un callejón sin importancia, casi siempre desierto a aquella hora de la tarde. Se hallaban a unos veinte metros de la tienda, pasando junto al muro de la iglesia, cuando oyeron el auto.

Podía tratarse de unos segundos, pero les pareció que transcurría un año. El momento anterior no eran más que dos seres ordinarios yendo en busca de unas copas, y al siguiente estaban corriendo a toda marcha. El momento anterior, el coche no había sido más que un vehículo ordinario, aunque enorme, marchando lentamente por la calle, con los focos reluciendo por entre la neblina,

y al siguiente era un arma, un monstruo enloquecido que iba saltando por la calzada, con los focos concentrados sobre ellos como objetivo, y las ruedas apuntadas hacia ellos.

Y no podían hacer nada más para huir del peligro. Ningún portal en el que refugiarse, ningún farol donde protegerse, nada en absoluto. John arrojó a Julia contra el muro, cubriéndola con su cuerpo, pero sabiendo que todo era inútil. En su cerebro resonaba la advertencia de Mott, como fondo al estruendo del motor:

«Si realmente existe nuestro asesino, y ha recibido una de sus tarjetas, dudo que tarde mucho en intentar atacarle, mi querido Cain».

Aunque odiaba a Mott, reconocía que estaba en lo cierto. La persona que había asesinado a Roach y Marsden estaba dispuesta a matar de nuevo, y él no podía luchar en contra. Julia y John se hallaban fuertemente abrazados, como dos enamorados, esperando la muerte.

Y de repente sucedió. Las ruedas se hallaban a pocos metros de los dos cuerpos, apretados contra el muro, cuando el rugido del motor se cambió en un rechinar de frenos; las ruedas se desviaron lateralmente. John no sintió el beso de la muerte, sino únicamente un roce en la espalda cuando el auto pasó por su lado; luego, el vehículo aceleró y se perdió en la distancia. O había ocurrido un milagro, o el excéntrico asesino había perdido el valor o cambiado de idea.

Durante largo tiempo continuaron pegados a la pared, estrechamente enlazados, dando gracias al destino por haberles salvado. Después, inspeccionaron el daño sufrido. Era muy escaso. Sólo un desgarrón en los pantalones de John, pero no lo suficientemente grande para impedirles ir en busca del par de copas deseadas y que ahora necesitaban ávidamente.

9

Evelyn era un pueblo pequeño y sucio. Mott tardó muy poco tiempo en encontrar *El Peral*. Se alzaba la casita al extremo de un sendero estrecho, y parecía muy «Mundo Antiguo», pero en el buen sentido de la palabra, con auténticas chimeneas jacobinas y losetas locales. Saltó del coche, reparando en un cartel que prohibía utilizar el sendero a las personas ajenas a la casa, y sonrió ante una flecha que señalaba la entrada del servicio. En realidad, debido a su objetivo actual, casi podía considerarse como un dependiente de librería, y la idea de que pudiera utilizar la entrada trasera le divirtió. No obstante, prefirió atravesar el jardín y llamar a la puerta principal.

—Buenas noches, señor.

La doncella que abrió parecía pertenecer a otro siglo, con su delantal de encaje, los puños de celuloide y las cintas de su cabeza. Parecía tan vieja como la casa.

—Buenas noches, querida. He venido a ver a la señorita Gwendoline Bell. Me llamo Mott… J. Moldon Mott. —Hizo una pausa para que la «doncella» analizase esta información, pero al observar que su expresión continuaba impávida, añadió a regañadientes—: Dígale que se trata del asunto del señor James Roach.

—Oh, sí, señor. Creo que está esperando la visita del señor Roach. Espere un momento, por favor, y le diré a mi señora que ha llegado usted.

Pareció renquear por encima de un suelo de linóleo muy reluciente, y regresó al cabo de un instante.

—Por aquí, señor. La señorita Bell le recibirá en seguida.

La estancia olía a lavanda, a cera, y estaba iluminada por una sola lámpara. Bajo la misma se hallaba sentada una dama, que dejó a un lado el bordado que estaba haciendo. Iba vestida de negro y aunque parecía muy anciana, permanecía sentada tan tiesa como un palo.

—Buenas noches, caballero. Perdone que no me levante, pero es orden del médico. Siento que no haya podido venir el señor Roach en persona. Espero que se encuentre bien.

—Sí, señora, está bien. —A Mott no le gustaba mentir, pero le pareció necesario. Aquella vieja urraca deseaba tratar del negocio con Roach, y tal vez presentase objeciones si se enteraba de su fallecimiento. Por eso, agregó—: Yo soy amigo suyo, y como hoy tenía que venir muy cerca de aquí, me pidió que viniese a verla y recoger un libro. Aquí tengo la carta que usted le envió.

—Gracias.

La mujer estudió la hoja de papel y luego miró a Mott. Entonces, su sonrisa murió, siendo remplazada por una expresión de clara curiosidad. Aunque Mott tenía un pellejo más duro que el de un rinoceronte, sintió cierto embarazo ante aquella penetrante mirada.

—¿No le conozco yo a usted? —prosiguió la mujer—. ¿No nos hemos visto antes? Sí, su rostro me es familiar… Veamos… Knott… Roland Knott… Oh, claro, que estúpida…

La sonrisa volvió a su faz; ahora con una cortesía más convencional, con delicia, sorpresa y excitación, todo a la vez.

—Usted es el señor Mott, ¿verdad? Moldon Mott… el autor de esas obras tan maravillosas. La pobre Ethel, mi doncella, es ya muy vieja, está muy sorda, y no habrá entendido bien su nombre. Oh, es un verdadero placer, señor Mott. Siéntese, por favor.

—Gracias, señorita Bell. —En su semblante había una mueca de desagrado cuando instaló su corpachón en una frágil butaca jacobina —. ¿Debo entender que es usted aficionada a mis libros?

—¿Aficionada? Entusiasta de sus obras, señor Mott. No conozco nada que me guste tanto como sus libros. No solamente son excitantes, sino que están bien escritos y son muy educativos. Cuando me los traen los leo sin interrupción; luego releo continuamente los párrafos más sugestivos. ¡Mire! —Con el aire del Gato con Botas presentando sus riquezas al Marqués de Carabás, inclinó la lámpara y Mott pudo vislumbrar un estante lleno con sus obras. Entonces, decidió que la señorita Bell no era una vieja urraca, sino una mujer encantadora e inteligente—. Y puesto que está usted aquí, me pregunto si querría hacer algo sumamente amable, señor Mott. Ya sé que una persona como usted debe de estar aburrida de los halagos del público, pero me proporcionaría una alegría tan intensa si usted…

—Si le firmase un autógrafo, ¿verdad, mi querida señora? Con sumo gusto… —Mott sacó una pluma y fue hacia el estante. Su rostro revelaba la expresión que se imaginaba era la del heredero perdido y de repente aparecido… el príncipe desterrado que vuelve a sus devotos súbditos. En realidad, más bien parecía la sonrisa de un mono inteligente, recompensado con un plátano después de haber solucionado un sencillo rompecabezas—. Veamos… ¿qué puedo poner? Ah, sí. *A la señorita Gwendoline Bell, en señal de respeto y amistad*. ¿Qué tal?

Firmó son su rúbrica y pasó al otro volumen.

—Oh, qué amable es usted, señor Mott. —La dama contempló lo escrito como si fuese un cheque de un millón de libras—. ¡Cómo rabiarán mis amistades! Oh, sí, tiene usted varias admiradoras en el pueblo, y cuando vean esto…

—Supongo que se pondrán verdes de envidia —finalizó Mott, que ya había concluido su agradable tarea y sonreía a la vieja dama.

—Exactamente. La esposa del vicario… una mujer bastante fastidiosa, lamento decirlo, tiene dos libros firmados por *Sir* Philip Gibbs, pero esto la dejará patitiesa… Oh, lo siento, señor Mott. Aquí estoy yo charlando y me olvido de mis deberes de hospitalidad. ¿Le gustaría un vasito de jerez? Creo que hay una botella allí encima.

—Gracias, un vaso de jerez siempre es bien recibido.

Mott sirvió dos raciones generosas. En realidad, no le gustaba el jerez, pero esta vez tenía un sabor diferente. Asimismo, la señorita Bell era una mujer excepcional. Mott acercó más su silla a la dama, y durante unos minutos se olvidó del motivo de su visita, discutiendo de temas que le interesaban mucho más: su personalidad, sus hazañas, y el destino que solía ensañarse con sus detractores.

—Oh, sí, yo he conocido el miedo, mi querida señora, pero siempre he conseguido dominarme. Por ejemplo, una vez en el Amazonas… Ah, el coloso pesaba una tonelada y media y corría hacia nosotros a treinta kilómetros por hora… Entonces cogí al bribón por los faldones del pantalón y lo eché por el muelle…

Sí, Mott estaba divirtiéndose; lo mismo que la señorita Bell, la cual pensaba que el escritor era un caballero intachable, y muy superior a lo que ella se había figurado por sus obras. Un hombre aseado, un tipo que parecía haber desaparecido siendo ella una jovencita, sin haber dejado descendientes. Sus primeras lecturas se habían limitado al culto al héroe, según las obras de Henty, Scott y Rider Haggard, y Mott parecía sobrepujar a estos autores. Eran ya más de las diez, y la pobre Ethel acababa de manifestarle a su ama que ya había pasado la hora de acostarse, cuando por fin los dos interlocutores decidieron referirse al negocio.

—Claro está, el libro que usted ha venido a recoger, señor Mott. Lo tengo aquí, a punto para usted. Supongo que es usted un cliente del señor Roach, más que su amigo personal, ¿verdad? Sí, así debe de ser, aunque el señor Roach, para ser un librero de lance, es un hombre muy culto y educado… Ah, no, no… no puedo discutir el precio con usted. Dígale a Roach que me envíe un cheque por la cantidad que juzgue más conveniente.

—Gracias, señorita Bell. Muchísimas gracias.

Había una amplia sonrisa de triunfo en su rostro cuando cogió el libro de manos de la vieja dama. Al fin, había dado un paso adelante. Era un volumen en octavo, encuadernado en azul, que brillaba como seda en sus manos. Lo abrió y su sonrisa se ensanchó. No había

ácidos ni mutilaciones. Era un ejemplar perfecto, que seguramente lo descubriría todo.

—Oh, se trata de una obra muy rara, señorita Bell —exclamó luego—. ¿Cómo consiguió dos ejemplares?

—¿No se lo contó Roach? Pertenecían a mi primo, David Blythe. Él realizó algunas ilustraciones y cuando salió el libro compró un ejemplar, aunque los editores le enviaron otro. Un muchacho muy caprichoso, pobre David. Nunca intimamos mucho, por lo que me sorprendió bastante cuando me escribió preguntando si podía guardarle unos libros. Por lo visto, se había mudado a una casa muy pequeña, y le faltaba espacio. Cuando el año pasado falleció, pensé que tenía derecho a disponer de sus libros. Un amigo me dio el nombre de Roach como posible comprador, y le escribí. Oh, sí, pobre David. —La dama sacudió tristemente la cabeza—. Amaba mucho a sus libros.

—Y fue él quien pintó algunas de las ilustraciones, ¿eh, señorita Bell?

Mott volvió la primera página: una fotografía del Tower Ridge, en Ben Nevis, y debajo: *Por el reverendo David Blythe, rectoría Glencarron, Invernesshire*.

Un espasmo de miedo atravesó el cerebro de Mott, al recordar de qué modo habían fallecido Roach y Marsden. El asesino hubiese podido averiguar que esa dama poseía dos ejemplares de la obra, y a Mott no le agradó la idea de lo que hubiese podido ocurrirle.

—¿Por qué lo llama «pobre David», señorita Bell?

—Porque era pobre, señor Mott. Pobre y solitario, y sumamente amargado. Consiguió la rectoría de Glencarron siendo aún muy joven, pero no logró nada más. Su personalidad no resultaba atractiva; tenía la iglesia casi siempre vacía. Solicitó otras feligresías, pero los obispos nunca le hicieron caso. Asimismo, jamás fue reconocido como buen fotógrafo y buen naturalista, y esto le tenía muy amargado. Por lo que sé, al final debió de ser un tipo muy triste y odioso.

—¿Odioso?

Mott enarcó las cejas.

—Sí, odioso. Malo, malvado, cruel. —La dama arrugó la frente, reflexionando—. Intentaré explicarme. Si uno roba por el provecho que obtenga, obra mal, pero no es un malvado. Si sólo roba por puro placer… por la alegría de privar a alguien de una cosa que ama, entonces es un malvado. David no robó nunca, claro está, pero por lo visto tenía esa clase de personalidad. Los alemanes poseen un adjetivo que no puede traducirse al inglés: *schadenfreude*.

—Sí, lo conozco: alegría provocada por la pena de otro ser humano, lo cual es muy desagradable.

Mott ya tenía un retrato del reverendo David Blythe, y en su cerebro empezaba a dibujarse una teoría.

—¿Verdad? Y temo que sea muy cierto, señor Mott. Se contaban muchas cosas horribles de él. Al final, los vecinos casi lo atacaron y el obispo le obligó a retirarse. Oh, pero le estoy aburriendo, señor Mott, y de todos modos no hay que hablar mal de los muertos. El pobre David está mucho mejor olvidado.

—No me aburre, señorita Bell. No podría aburrirme aunque lo intentara. —Mott se inclinó galantemente—. Pero con respecto al segundo ejemplar que él le envió, estuvo extraviado algún tiempo, ¿no?

—Exacto. Pareció desvanecerse en el aire, y no comprendo cómo ocurrió. Por fin, la semana pasada volvió a aparecer, detrás de la librería. Debió de escurrirse y caer al suelo. La pobre Ethel es muy vieja y temo que cuando quita el polvo no pone gran cuidado. Realmente, es una mujer bastante mal educada. —La señorita Bell enrojeció de enojo—. Oh, qué humillada me he sentido cuando le anunció a usted equivocadamente. Ah, estás aquí, Ethel…

Su expresión decayó cuando la criada le presentó la botella de agua caliente con gesto adusto.

—Sí, ya sé que es hora de acostarse, Ethel. Ahora voy, querida.

Penosamente, se deslizó fuera de la butaca.

—Tal vez la noche sea fría, pero quiero acompañar a mi visitante. Aunque no lo sepas, es un caballero muy importante, muy

importante.

Cogió a Mott por el brazo y anduvo muy erguida hacia la puerta de la casa. En sus pupilas brilló una chispa de placer cuando él le prometió volver a visitarla y besó su mano, tras lo cual descendió alegremente por el sendero.

10

«¡No hay nada que averiguar en este maldito libro… ni la menor cosa!»

Arriba y abajo, sumido en sus reflexiones, entre las lámparas hechas de cráneos y las máscaras africanas, Mott se paseaba por el piso de su madriguera.

«¡No, no hay nada en absoluto!»

Arrojó el libro sobre la mesa, enojado, y apartó las cortinas. Fuera lucía la mañana. Había pasado ocho horas repasando el ejemplar de *Peñas Grises*, estudiando cada página y cada ilustración en busca de una pista, pero no había avanzado ni un milímetro.

Claro que no tenía una idea clara de lo que buscaba: alguna referencia a un crimen cometido muchos años atrás; alguna insinuación sobre un esqueleto, disimulada en sus páginas, que pudiera haber conducido al crimen a un cerebro desquiciado…

Pero al parecer estaba equivocado y John tenía razón. El asesino no era más que un coleccionista chiflado que adquiría los ejemplares de la obra, y destruía los que no podía comprar o robar; una solución muy estúpida. Más le habría gustado que se hubiera tratado de un esqueleto o algo parecido.

En realidad, ahora que tenían un ejemplar del libro, existía la posibilidad de hacer salir al asesino de su incógnito. Que Cain lo pusiera a subasta, con un precio muy alto, a ver quién lo adquiría. Sí, era como matar a un pájaro ya herido, pero se trataba de lo único

sensible que podía hacerse. Contempló tristemente el parque, sintiéndose amargamente desanimado; meditando que le hubiese gustado otro desenlace mucho más espectacular. Después, dio media vuelta al oír sonar el teléfono.

—Oh, es usted, amiguito —exclamó al escuchar la voz de John—. Sí, ya lo tengo, mas no nos servirá de nada… ¿Cómo…? ya, entiendo… ¡Diablo!

Mientras escuchaba la explicación de John respecto a lo ocurrido la noche anterior con el coche endiablado, que de modo tan milagroso se había apartado, se alteró su rostro. Todo el cansancio abandonó sus músculos y volvió a sentirse animado y pensativo, con un ligero latido en su frente.

—No, amigo —continuó—, no creo que fuese un borracho que perdiera el control de su coche durante un segundo. Fue nuestro amigo, y ni cambió de idea en el último momento ni perdió el valor. Si estoy en lo cierto, algo muy diferente le hizo cambiar de decisión. A propósito, ¿está usted solo? Bien… Entonces, escuche. Tal vez esto sea sospechar de personas muy respetables, pero quiero que ponga usted el libro a subasta, si bien no debe llegar a la sala hasta el último momento. No podemos arriesgamos a que nuestros amigos mueran allí. A menos que me fallen las matemáticas, éste es uno de los poquísimos ejemplares en existencia. ¿Puede arreglarlo…? No, no, no pienso decirle aún cuál es mi idea, ya que podría estar terriblemente equivocado. Primero haré una comprobación, después volveré a llamarle… Y, Cain, si le gusta a usted la pequeña Julia, rece para que yo esté equivocado.

Soltó el teléfono, alargó la mano sobre la mesa y atrajo el libro hacia sí. Por fin tenía una teoría firme, y no tardaría en poder demostrarla. Aquel coche de la noche pasada acababa de darle la clave que necesitaba. En realidad, esperaba estar equivocado.

Lentamente, fue volviendo las páginas del libro, hasta que estuvo abierto por el centro. Por un momento se imaginó a otro hombre contemplando aquella fotografía. Al principio, el individuo la habría mirado distraídamente, sin ningún interés especial porque ya la había

contemplado otras muchas veces. Y de repente, había observado en ella un pequeño detalle que derrumbaba todo su mundo.

Sí, Mott casi podía visualizar el rostro del individuo, que había acabado por coger una lupa y conocer la verdad. Sesenta años atrás, su familia había contado con un asesino entre sus miembros, y si este hecho surgía al dominio público, significaría la ruina. Sesenta años era un gran lapso, pero el descendiente de un asesino no puede beneficiarse del crimen. Sí, ese tipo podía tener un motivo muy poderoso para destruir los ejemplares, lo mismo que el conductor del coche había tenido sus razones para desviarlo cuando vio que Cain no estaba solo, sino con Julia Lent.

Consideró el pie de la ilustración: *16 de octubre de 1909. La última escalada de los hermanos Lent. Unos momentos después de haber tomado esta fotografía el Reverendo David Blythe, Hal Lent se cayó por el Great Flake de Ben Gael, falleciendo al momento y poniendo así punto final a la vida de un gran escalador*.

—Pero ¿cayó o fue empujado? ¿Lo empujó su hermano?

Mott pronunció estas preguntas en voz alta, inclinado sobre la fotografía. Esta había sido tomada desde gran distancia, y la pared del acantilado, que desde cerca parecía un conjunto de grietas y salientes, se veía lisa como una tapia. Más allá se entreveía la alta pirámide del monte Calvo, con un plumero de nubes en su cumbre y, en el centro de la foto, dos puntitos que eran los escaladores.

Mott apenas tenía nervios, mas su mano tembló de excitación al aplicar la lupa sobre aquellos puntos y enfocarlos. Hacía muchos años que dos hombres habían trepado por aquella montaña; dos hombres unidos por una cuerda, para llegar a lo alto del Flake de Ben Gael. Y uno de ellos había caído, y la cuerda se había roto, con lo que el desdichado había ido rodando desde trescientos metros de altura.

Pero si no había caído… si Hal Lent no había resbalado o calculado mal la distancia, si había sido empujado y la cuerda ya había sido cortada previamente casi por completo… si la fotografía

podía demostrar esto, existía un buen motivo para que alguien desease destruir los libros que contenían esta prueba.

—¡Maldición! —Mott no deseaba que su teoría resultara cierta, pero su rostro se contrajo de furor, y la lupa voló de su mano, yendo a estrellarse contra la pared. Porque estaba equivocado… patéticamente equivocado. La fotografía ampliada no representaba el menor síntoma de asesinato, sino a dos hombres trepando juntos por una montaña; dos hombres que conocían perfectamente su oficio.

Hal Lent se hallaba en un pequeño reborde tratando de sujetarse, y la cuerda que colgaba de su cintura era fuerte y confortable. Cuarenta metros más abajo, su hermano estaba apoyado de espaldas al acantilado, atado a un pilar rocoso, como bloqueado, y ni siquiera miraba a Hal, sino que contemplaba el valle con una pipa entre los dientes. Por lo visto, la familia Lent quedaba absuelta.

Pero había algo raro. Mott fue hacia su librería y sacó un volumen de la *Guía del alpinismo escocés*.

Sí, aquí estaba:

> *El Great Flake de Ben Gael. Esta escalada tiene quinientos veinte metros de altitud, y requiere una longitud de setenta metros entre los escaladores. Empieza casi en el centro de la ladera principal, y procede hacia arriba directamente por un risco agrietado de doscientos cincuenta metros, hasta una chimenea que se alcanza en…*

Mott volvió la página y estudió un diagrama bien trazado de la montaña.

> *Esta escalada no es muy popular hoy día, debido a que Ben Gael no posee otra ruta de interés para sus visitantes, y a que la roca está suelta y floja en diversos lugares. De acuerdo con las técnicas modernas, los problemas son*

pequeños, aunque una peña tambaleante al final del cuarto pozo presenta algunas dificultades. Fue en este punto donde ocurrió el fatal accidente que…

«¡Los problemas técnicos eran ligeros!» Entonces, ¿por qué… por qué Hal Lent, uno de los mejores escaladores de su época, había caído? Aunque el accidente había tenido lugar en octubre, con las primeras nevadas en las montañas, aunque la roca estuviese suelta y floja, un escalador de la categoría de Hal Lent no se habría caído. Cogió otra vez el ejemplar de *Peñas Grises* y repasó el relato del accidente por William Lent.

Mi hermano se estaba acercando seguramente a la cima de la segunda chimenea cuando cayó. Yo no presencié el hecho, ya que me lo impedía una cornisa y la cuerda entre ambos presentaba una angularidad de sesenta grados. Tan pronto como le oí chillar y empezó a caer, tiré de la cuerda, pero quedó aprisionada en un saliente y se rompió.

No tengo la menor idea de porqué se cayó mi hermano. Era un escalador de mucha experiencia, familiarizado con la ruta, que no es demasiado difícil. La única explicación que puedo dar es que, mientras se hallaba tratando de rodear la peña tambaleante de la chimenea, ocurrió algo que distrajo su atención.

Esto había dicho su hermano William, pero, aunque estuviera absuelto tocante al asesinato, Mott deseaba saber más detalles de aquella escalada. En aquellos sesenta años había llovido mucho por aquellas montañas, pero reflexionó que tal vez el acantilado de Ben Gael aún podría decirle algo. Asimismo, quería saber más cosas respecto al tipo que había tomado la fotografía.

El pensamiento era acción en Mott, por lo que al instante puso manos a la obra. Primero efectuó dos llamadas telefónicas, una a

John y la otra a la señorita Bell. Tan pronto como hubo terminado, abrió un armario y empezó a sacar sus objetos personales.

—No, no, no, señor Cain, ciertamente no.

Gordon Angel, apoderado de la Galería Compton y sala de subastas, frunció el ceño y hundió graciosamente su trasero contra lo que él habría descrito como una auténtica mesita de escribir Sheraton; la cual crujió en protesta, mas a él no le habría importado que se hubiera caído en pedazos. Dijese lo que dijese su antiguo dueño, una sola mirada le había convencido de que era pino, y además pino vulgar. Había que devolverla aquella misma tarde. La Galería Compton no podía vender aquella bazofia.

—No, esto está fuera de toda cuestión… imposible.

Llevaba un traje completamente negro, aliviado por una corbata gris paloma, y ostentaba un aspecto de inmensa dignidad. La clase de persona que se asocia con las funciones masonas, los interminables discursos de sobremesa y las pesadas actitudes dirigidas contra la generación más joven. La clase de hombre a quien gustaría ver sentado sobre un palo puntiagudo.

—Debería conocernos bien, señor Cain, para saber que es imposible. Si se tratara de retener un cheque por unos cuantos días, o arreglar una entrevista privada, la Compton le ayudaría; siempre nos gusta ayudar a un buen amigo o un cliente provechoso. Pero esto… ¡esto ciertamente no! Y me sorprende que pida tal cosa, señor Cain. Un joven como usted, en el umbral de su carrera, y debiendo considerar nosotros nuestro comercio y nuestra reputación para el público, una reputación edificada en cincuenta años de comercio impecable…

Como el alud de un ventisquero, las frases brotaban magníficas de aquellos labios.

—No obstante, tiene usted mi palabra de que el libro es valioso y está en buen estado —arguyo John, tratando de contener su

irritación, ya que comprendía las dificultades en que se encontraba Angel.

El y Mott habían decidido que el libro debía guardarse en un Banco hasta el día de la venta, y era pedir demasiado que le anunciasen sin verlo. En realidad, Angel era un asno pomposo, y no le haría mucho daño deshinchar su vanidad. John poseía cierta información que a Gordon Angel no le haría mucha gracia que se propalase públicamente. No quería usarla, pero en caso necesario le amenazaría con ella.

—Sí, sí, tengo su palabra, señor Cain, y sé que es muy honrada. Mas debe tener en cuenta nuestro punto de vista.

Si un elefante pudiese hablar, John estaba seguro de que lo habría hecho en los mismos términos y con los mismos ademanes ampulosos.

—Mi cuñado, un trapero licenciado, lamento decirlo, y un hombre bastante vulgar, tiene iguales problemas. Le gustaría aceptar talones de sus mejores clientes, pero en este caso, no le quedaría pronto un trapo que llevarse a la boca… y es un decir.

Angel sólo podía blandir una nariz y no una trompa, pero la movía con gran intensidad.

—Bueno, supongo que es así.

—Lo que usted me pide es muy poco ético, y a la compañía Compton no le gusta mezclarse en tales cosas, ¿entiende?

—Lo entiendo.

John se sobresaltó ligeramente cuando el motor de un automóvil atronó la calle. Recordaba la advertencia de Mott respecto a la proximidad del asesino, y cada ruido o movimiento súbito que oía o veía le parecía una amenaza, lo cual le obligaba a estar constantemente en tensión. Había cumplido las instrucciones de Mott al pie de la letra, sin discutirlas siquiera con Julia, aunque le hubiera complacido mucho, y la trampa estaba casi a punto. Sólo este elefante infatuado… No, no era un elefante, ya que los proboscidios tienen sentido del humor; este hipopótamo sé interponía en sus planes.

—Sí, amigo, en cincuenta años, la compañía Compton no se ha visto mezclada en nada escandaloso o perjudicial. —La mesa dejó escapar un crujido más fuerte y Angel se incorporó. No le importaba romper la presunta mesa Sheraton, pero si caía al suelo sufriría su dignidad… y su rotundo trasero. Además, deseaba demostrarle a aquel joven insistente que la entrevista había terminado. Sacó un reloj del bolsillo y lo consultó significativamente. Luego—: Sí, piense en lo que le he dicho, amigo mío. Anunciar un libro en nuestro catálogo, sin verificarlo, sin verlo siquiera… No, esto queda fuera de toda cuestión.

—Le prometo, señor Angel, que el libro se halla en un estado perfecto y que le será entregado a tiempo para la subasta.

John se hallaba ya al extremo de su resistencia. Verdaderamente, aquel tipo era un hipopótamo, un hipopótamo satisfecho de sí mismo, que continuamente chapoteaba en el agua fangosa. Bien, pues el hipopótamo iba a sufrir un buen golpe si no aprendía mejores modales.

—Oh, estoy seguro de ello, señor Cain, pero mi respuesta sigue siendo NO. —Bajó la voz ligeramente—. Además, me parece que hay algo raro en esos ejemplares de *Peñas Grises*. Algo con lo que no deseo mezclarme. Oh, sí, el otro día, un ejemplar alcanzó un precio absurdo por una contienda entre Roach y Lehman… Y me pide que le ponga un precio de cien libras para empezar. No, no es una ofensa, señor Cain, pero algo huele a podrido, y en la Galería Compton poseemos una buena reputación. Naturalmente, aquí no hay ninguna ofensa contra usted.

Y como para demostrarlo, levantó su fláccida mano en actitud de bendición.

—Naturalmente, debe usted de ser agente de algún parroquiano excéntrico, ¿verdad, señor Cain? ¿Por qué no prueba con Hudson o Somerlee, si desea seguir adelante con su manía? Tal vez ellos le ayuden, aunque personalmente lo dudo.

—Sí, es un buen consejo, señor Angel, pero he preferido recurrir a usted en primer lugar, porque pensé que éramos amigos. Por ejemplo, después de la venta a la condesa de Bristol…

La voz de John se endureció.

—¡La venta de Bristol!

El hipopótamo había salido del agua y había un destello de angustia en sus porcinos ojos.

—Exactamente. La colección de libros de náutica que vendió usted el año pasado. Oh, no puede haberlo olvidado, señor Angel. —A John le disgustaba Mott intensamente, pero de pronto se vio en el papel del explorador, arrastrándose por la jungla con un casco y el rifle apuntando al grueso pellejo de un hipopótamo. Por tanto, prosiguió sin resquemor—. Recuerde que yo adquirí un lote. *El dominio de Neptuno*, aquel manual de marinería del siglo dieciocho. Usted apenas lo voceó en la subasta porque era imperfecto. Recuerdo que usted lo levantó, afirmando que era una lástima que un libro tan bueno pareciese haber sido ensuciado en el margen de las hojas por un chiquillo torpe.

—¿De veras? Bien, bien, esto es agua pasada…

El hipopótamo había ya olido al cazador y no sabía si cargar o retroceder prudentemente.

—Y usted obtuvo un buen beneficio, señor Cain, un buen beneficio, de modo que olvidemos esto. Todo el mundo comete alguna equivocación en la vida.

—Sí, claro. Pero fue una suerte que yo tuviera un cliente particular para aquel libro, ¿eh? De lo contrario, habría tenido que anunciarlo y todo el asunto habría salido a relucir. —John tenía ya el dedo en el gatillo, a punto de disparo—. No sé qué habría sido de su reputación si la gente supiera qué eran en realidad aquellos garabatos marginales. No sé qué diría la condesa de Bristol si supiese lo que el cliente me pagó por el libro… Oh, sí, prometí guardar silencio, señor Angel, pero usted también me prometió que si alguna vez podía hacerme un favor a cambio…

—De acuerdo, Cain, usted gana. —El hipopótamo había decidido que la discreción también forma parte del valor, y se zambullía en lo más profundo de su ciénaga. Angel cogió un cuaderno y un bolígrafo

—. Entonces, pondremos su libro en el último lote del día, sí. Un ejemplar de *Peñas Grises*, edición limitada de Trefoil Press…

Su mano temblaba al escribir, ya que la mención de aquel manual de marinería le había puesto el estómago en la garganta.

Sí, si toda la historia salía a la luz pública, su reputación y la de la Galería Compton sufrirían gravemente. Su evaluación del libro la hizo de un solo vistazo, mientras que la de John tuvo lugar después de una inspiración, seguida de varias horas de labor en la biblioteca del Museo Imperial de la Guerra. Las notas marginales descritas como trazadas por la mano inexperta y torpe de un chiquillo, eran las de un personaje de primera categoría. Su nombre era Horacio Nelson.

11

—Sí, señor Mott, el reverendo David Blythe era un hombre terrible.

La señora Annie McDoggart, patrona del hotel Glencarron Arms, había sentido cierta repulsión instintiva a la vista de su huésped; con el paso del tiempo la repulsión se había cambiado en un furor frío. El señor Mott parecía creer que el hotel era de su propiedad, y que ella era su criada. Se había quejado de la habitación demasiado pequeña y de la cama húmeda, gritando para cualquier servicio, pidiendo *whisky* a medianoche y estorbando de mil modos. Su opinión, empero, había empezado a cambiar en los últimos treinta minutos, ya que no podía negarse de que se trataba de un oyente atento, y a ella le gustaban los chismes de la localidad. Al señor Mott parecían interesarle todos los escándalos locales.

—Sí, un mal hombre, y a Dios gracias nos libramos de él.

Por enésima vez pasó revista a los pecados del rector: actos de falta de caridad, de crueldad. Era malo con los niños y los animales. No visitaba a los moribundos y se negaba a celebrar bodas, a menos que ambos contrayentes fuesen feligreses asiduos de su parroquia.

—Un mal hombre, señor, y un mal fin.

—Sí, creo que iba usted a contarme su final.

Mott apartó los restos del desayuno y encendió un cigarrillo.

Con su chaqueta de piel, sus enormes botas claveteadas y sus pantalones cortos de cuero, presentaba una figura siniestra o

cómica, según el temperamento de los demás.

—Se abrasó en la cama, ¿eh?

—Eso mismo, señor. Hace cosa de un año. Unos meses antes se había marchado a Glen. El obispo fue quien le obligó, después del asunto de Mary Duncan.

—¿Mary Duncan?

—Sí, la pobre Mary. Era el ama de llaves de Blythe y éste la despidió después de treinta años a su servicio, sin tener ningún sitio adónde ir. Alegó que la pobre era demasiado vieja para servirle, que ya no la necesitaba. Algunos vecinos fueron a la rectoría y pretendieron lincharle por su actitud despiadada.

Había una mirada voluntariosa en los ojos de la señora McDoggart, ya que seguramente lamentaba que el linchamiento no se hubiese llevado a cabo.

—Entonces intervino *Sir* Archibald Bethune. Fue a ver al obispo y le dijo que habría una revuelta en el pueblo, a menos que cambiasen al rector. El obispo actuó rápidamente. Blythe tuvo que pedir el retiro y se compró una casita en la cañada. Desde esta ventana puede verla, señor. Bajo el repecho del monte.

—Sí, ya la veo. —Mott tendió la vista por el valle. Allí donde el río torcía hacia el sur, había una casita medio en ruinas—. Un lugar solitario. ¿Vivía solo allí?

—Sí. Nadie quería saber nada con él, después de la forma como trató a Mary. Bueno, excepto el doctor MacBain. Oh, es un hombre muy compasivo el doctor. Algunas veces, montaba a caballo e iba a ver cómo seguía Blythe. Decía que todos tenemos nuestro lado bueno, pero hay que saber encontrarlo.

—¿De veras? Qué tonto… —Mott creía en el pecado original, pero no en la virtud original—. ¿Vive aún el doctor?

—Sí, señor. Es un hombre maravilloso. Esta mañana le he visto salir muy temprano montado en su caballejo, probablemente camino de Sheil Water, para pescar. Se halla al otro lado del Ben Gael. Tiene casi ochenta años, el doctor, no el Ben Gael, claro, y su hijo

lleva el consultorio, pero todavía gusta de cabalgar por esos montes. Oh, ahora no hay ya individuos tan fuertes, señor.

—No, tiene razón. —Mott halló esta observación sumamente molesta. En su opinión, ninguna generación había producido un espécimen tan magnífico como él mismo—. ¿Y el fuego? ¿Qué ocurrió?

—Bien, nadie lo sabe con certeza, señor Mott. Todo quedó destruido antes de que los bomberos llegasen allí. Es probable que él volcara una lámpara de petróleo. Son objetos muy peligrosos si no se tiene cuidado. Se dijo que había estado bebiendo copiosamente.

—Sí, seguramente ésta fue la causa —asintió Mott rápidamente, aunque sin estar seguro de ello.

Se trataba del primer eslabón de la cadena de asesinatos, y creía saber lo ocurrido. En su forzado retiro, Blythe habría pasado muchas horas inclinado sobre sus libros y sus fotografías, y un día habría descubierto algo que le espoleó hacia el chantaje.

Sí, a un hombre como Blythe debió de gustarle mucho la idea de un chantaje, de obligar a alguien a temerle. Habría escrito una carta, esperando la respuesta con gran placer, con un intenso anhelo. Pero la respuesta no llegó. La víctima vino personalmente, y Blythe y sus fotos ardieron por completo.

—Y ahora, señora McDoggart, voy a salir un poco. ¿Ha puesto los bocadillos que le pedí en la mochila?

Mott fue hacia una percha y cogió una bolsa, un rollo de cuerda y un grueso cinturón del que colgaba un martillo y una colección de pitones: unos clavos de acero con agujeros. Con el cinturón rodeando su cuerpo y la mochila a la espalda, parecía el jefe de una guerrilla comunista. Saludó a la patrona y se dirigió a la puerta.

El pueblecito de Glencarron se encaramaba en lo alto de un valle estrecho, con montañas a su alrededor. A la derecha de Mott se alzaba el monte Calvo, con la montaña Ben Nevis apenas visible en el horizonte; a la izquierda, Segurr Attow, coronado por varias nubes; y al frente, se erguía la pared del Ben Gael, con unos pinos en su parte inferior que iban escaseando hacia lo alto, para finalmente

dejar paso a la roca desnuda. Un altísimo muro de rocas, tan liso como un cristal, que parecía estar pegado a la montaña.

Luego, al aproximarse, la imagen cambiaba, y Mott pudo divisar las hondonadas y fisuras que el tiempo había cavado en la roca. A los costados había torreones y pináculos, y a medio camino se veía el Flake, un risco de cien metros que se alargaba hasta la cima como una roca proyectada al cielo.

Mott recorrió rápidamente la calle, manteniéndose al lado del río color chocolate que tronaba como un tren distante. Los pitones de su cinto tintineaban melodiosamente a cada paso, y se sentía como un soldado marchando al combate; como un gran soldado con la victoria segura… y aquellas rocas que se erguían ante él no eran más que los torreones del castillo enemigo. Sólo se detuvo al llegar frente a las ruinas abrasadas de lo que fuera la casita de David Blythe, contemplando brevemente las chamuscadas paredes y el techo hundido. Allí no podía enterarse de nada, decidió. El fuego y la lluvia habían dejado sus huellas, y Blythe y sus fotografías habían desaparecido para siempre. Se hallaba a punto de reanudar la marcha, cuando le pareció que le espiaban y giró en redondo.

El muchacho estaba sentado sobre una roca al lado de la casita, pareciendo tener unos catorce años. Llevaba zapatillas de tenis, una camisa caqui descolorida y pantalones de pana. Parecía ocurrirle algo, ya que su rostro era la máscara del furor.

—Buenos días, chico. —A Mott le gustaban los muchachos. Usualmente, resultaban buenos oyentes de sus proezas—. Has estado andando un poco, ¿eh?

Esperó a que aquella cara rompiera en una sonrisa, y que algunas frases de cortesía escocesa surgieran de los apretados labios.

No fue así. En realidad, el ceño se ahondó más y los ojos del muchacho continuaron fijos en el cinto de Mott. Cuando habló, su voz denotó el mismo disgusto que el de un cura cuando descubre que alguien pretende fumar en su iglesia.

—¿No los usará, verdad?

—¿Qué? —Mott siguió la dirección de la mirada de su interlocutor —. Ah, te refieres a los pitones. No, a menos que me vea obligado a ello, chico, pero son muy útiles para escalar solo. ¿Por qué has preguntado si los iba a usar?

—Porque no es deportivo. El caballero que estuvo aquí el verano pasado afirmó que no era deportivo.

—¿Que no es deportivo? —El rostro de Mott demostró su cólera —. ¿Y quién era ese… caballero?

—*Sir* Roland Rawson, señor. Él me enseñó a escalar. *Sir* Roland es uno de los mejores alpinistas del mundo. Dijo que sólo los vándalos usan pitones en las montañas inglesas. Tal vez esto esté muy bien en las enormes montañas como los Alpes, pero aquí estropea toda la diversión; no es deportivo martillear las rocas con clavos.

—Rawson… Roland Rawson…

Mott apenas podía pronunciar aquel nombre, ya que él y «Rino» Rawson eran enemigos desde la niñez; en la escuela se habían peleado por el título de *Victor Ludorum*, cometiendo incluso estafas; en la universidad, habían disputado para colocar los orinales en anaqueles uno más alto que el otro, hasta que al final tuvieron que hacer las paces a la fuerza, por la intervención de un sufrido pero autoritario rector; y en la guerra, los dos habían luchado poniendo en peligro la vida, por el solo placer de conseguir cada uno para sí mayor gloria militar.

La ruptura final tuvo lugar tres años antes, cuando ambos afirmaron haber descubierto las fuentes de cierto río africano. En realidad, quedó demostrado que ambos estaban equivocados, gracias a los trabajos de un joven americano provisto de un helicóptero, pero anteriormente se había creído en la declaración de Rawson, nombrándole caballero antes de ser descubierta la verdad. Mott jamás se lo perdonó, y tampoco lo había olvidado. Cada Navidad le entregaba el cartero una tarjeta vulgar, con saludos para el señor Moldon Mott, firmada por *Sir* Roland Rawson, caballero del reino. Por un momento, pensó en contarle a su joven interlocutor

unas cuantas verdades respecto a su héroe, mas al final prevaleció el sentido común. Rawson y sus criaturas no merecían ni su desprecio. Se alejó disgustado, en dirección al monte.

Pero el furor y la dignidad herida le impulsaron hacia adelante como un látigo, y pronto se halló entre los pinos y los brezos, trepando por entre la maleza. Había muchas grietas en el suelo. Aquella «Guía» tenía razón. Gran parte del acantilado estaba carcomido, pudiendo derrumbarse con el mero contacto; lo cual no le haría retroceder. Deseaba recorrer la misma ruta de los hermanos Lent en su última ascensión, y era preciso algo más que unas rocas sueltas para disuadirle. Y si los necesitaba, utilizaría los malditos pitones. ¿Quién diablos era «Rino» Rawson para decir si eran o no deportivos? Sacó la *Guía* del bolsillo y comprobó la orientación.

> *El primer trozo tiene cincuenta metros, y empieza en la cima de la vertiente principal. Se distingue fácilmente por un reborde estrecho que conduce a un torreón quebrado.*

Sí, exacto. Se afianzó los lazos de sus botas, flexionó los músculos, y emprendió la ascensión.

¿Por qué trepa un alpinista?

«Porque la montaña está allí», declaró George Mallory.

«Porque tuve un sueño», afirmó Tenzing Norgay.

«Por Alemania», entonaron Toni y Adolf Schmidt, los ciclistas bávaros, tal vez los mejores del mundo.

—Por la gloria de J. Moldon Mott, y para atrapar a un asesino sumamente molesto —exclamó Mott, clavando el primer pitón.

¡Antideportivo! El acantilado era peligroso, y si necesitaba sembrarlo de pitones, lo haría.

En realidad, efectuó rápidos progresos, gateando por los salientes, torres y chimeneas, como un cangrejo colorado, protegiéndose con la lazada de una cuerda y un pitón cuando lo juzgaba necesario. Cuando por fin llegó a Flake y encendió un cigarrillo, aún no había concluido la mañana.

Desde allí, el paisaje era fantástico. Muy lejos, al sur, más allá del macizo del Ben Nevis, se veía una faja de agua que debía de ser el río Linhe. A la derecha, empequeñeciendo el Ben Gael, aunque triste y poco interesante en comparación, sin la dignidad de sus precipicios ni los aludes rocosos, se alzaba el monte Calvo. Al frente, se extendía una vertiente de brezos y helechos, desde donde David Blythe había tomado su fotografía.

Mott estuvo largo tiempo en el Flake, gozando de la vista y del cigarrillo. Después volvió a consultar la *Guía*. Aparte de los peligros de las rocas sueltas, la ruta había sido fácil, pero ahora venía el momento crucial, el problema que había enviado a Hal Lent a la muerte cincuenta años atrás. El Flake era un risco quebrado que se erguía hacia el cielo durante más de trescientos metros, hasta juntarse con el acantilado. En su final, había una profunda chimenea que corría hacia la cumbre, bloqueada por una peña, como encajada entre las paredes de la chimenea. Y la roca se tambaleaba, éste era el peligro. No podía caer, pero cualquier peso podía hacerla balancear ligeramente, hasta volver a quedar aprisionada entre los muros de la chimenea. Era muy fácil si uno estaba preparado para el peligro; en cambio, una falta de atención podía conducir a la catástrofe.

—Bien, ahí voy —murmuró Mott, dispuesto a emprender la marcha, mas antes debía ejecutar una parte importante del ritual.

Los viejos alpinistas dicen que esto trae suerte, y Mott creía firmemente en ella. Rápidamente bajó la cremallera y orinó ruidosamente sobre el precipicio. Luego, se enfrentó con el Flake.

Pero era fácil… era endiabladamente fácil. Aunque las rocas hubieran estado heladas, no comprendía cómo podía haberse producido el accidente. Lo único que había que hacer era pegarse cómodamente a la chimenea, de cara al embudo, hacia lo alto del monte Calvo, y llegar a la peña en cuestión. Al aplicar el peso del cuerpo en ella, ésta se inclinaba peligrosamente, pero poco después se aquietaba. Entonces, había que izarse y todo había terminado. Para un alpinista experimentado, el asunto era menos peligroso que

cruzar una calle muy concurrida. La idea de que Hal Lent hubiera podido caer por haber su hermano tirado de la cuerda, era una necedad. Los ángulos demostraban que solamente se habría visto empujado más profundamente a la seguridad de la chimenea. Si William, su hermano, planeaba un asesinato, habría elegido algo mucho mejor.

No, el accidente no tenía explicación, y por primera vez, Mott se sintió desamparado: ¡A menos que…!

Sí, a menos que, en el momento de asir la tambaleante roca, algo le hubiera distraído: un pájaro saliendo de su nido. No, esto estaba fuera de cuestión. No era la época del año en que los pájaros hacen sus nidos, y las rocas no presentaban la menor grieta. Ningún pájaro se instalaría allí.

Retrocedió hacia el Flake, considerando el problema. Desde debajo de la roca tambaleante, se veía precisado a mirar directamente a través de la chimenea que ascendía a la cumbre del monte Calvo. Suponiendo… sólo suponiendo, que al hacer Hal este movimiento hubiera divisado algo en la cumbre; algo que le hubiera sobresaltado, aflojando su presa de la roca…

Mott clavó su último pitón y ató la cuerda a un soporte. Sí, era eso. Al inclinarse la roca, Hal había visto algo en la cumbre del monte Calvo, y durante una fracción de segundo dejó de concentrarse.

Pero ¿qué habría visto? ¿Tal vez un penacho de humo como un volcán? Esto era ridículo, aunque servía como ejemplo. Subió, tratando de imaginarse algo y concentrándose, no en la peña movediza, sino en la montaña pelada que se erguía arriba. Como antes, sus manos apresaron la piedra, mas todo fue diferente.

Ya que esta vez no sintió cómo empezaba a moverse. Con la mente en otra parte, no observó que sus manos perdían el asidero. Por un segundo, sus dedos rozaron la piedra, y sus botas chocaron contra la pared de la chimenea, buscando un apoyo, pero ya era tarde. Le pareció como si hubiese recibido un martillazo entre los ojos y el mundo explotó a su alrededor.

—Ese tipo debe de tener un cráneo como el de un gorila.

Las palabras parecían proceder de muy lejos. Mott abrió lentamente los ojos. Al hacerlo, pudo enfocar el rostro de un anciano de mejillas muy arrugadas y una mata de pelo blanco.

—Ah, ya vuelve en sí, hijo mío. Vaya, es un hombre de suerte. Sólo unas magulladuras y una pequeña conmoción.

El doctor Angus MacBain sonrió hacia la figura de la litera. Su hijo, el médico actual de Glencarron, estaba fuera cuando llevaron a Mott, y el viejo se había hecho cargo del caso.

—Veamos… ¿le duele aquí? —Presionó la sien del paciente, y se vio recompensado con un gruñido de dolor y rabia—. Conque sí, ¿eh? Excelente. Ninguna lesión en el sistema nervioso, ningún hueso roto. Claro, le ha salvado la piel su cráneo. En cincuenta años de medicina, no había visto un cráneo tan duro. Sumamente interesante. Antes de que la cuerda se rompiera debió de golpearse con suma dureza.

El doctor colocó una silla junto a la litera.

—Sí, puede darle las gracias a su cráneo y al joven Billy Grant por haber salvado la vida. Un chico listo, Billy. Parece que le estaba vigilando durante la ascensión, y corrió en busca de socorro cuando le vio caer. Se organizó una partida y entre todos lo sacaron de allí, como un pajarito sin alas. Sí, debe estarle muy agradecido a Billy. Sin él, usted estaría ya más muerto que mi abuela.

—Le estoy agradecido —murmuró Mott, recordando al enfadado jovencito que le había acusado de antideportivo.

También recordaba cómo se había caído de aquella roca, y sabía que su idea del asesinato era tan falsa como un chelín de hierro.

Sí, la muerte de Hal se debió a un accidente. Algo, probablemente algo muy inocente, le había distraído al querer asirse a la roca movediza, y esto era todo. Pero en cambio, sí estaba seguro de que no se trataba de ningún accidente en el caso de la

muerte de David Blythe. Tendría que buscar otro motivo para los asesinatos cometidos por culpa de *Peñas Grises*.

—También le estoy muy agradecido a usted —añadió—. Usted es el doctor MacBain, ¿verdad? Y ha abandonado su partida de pesca para curarme.

—Exacto, señor Mott, pero no se preocupe. Mi hijo estaba atendiendo otro caso, de modo que fueron a avisarme. Hay que estar habituado a las emergencias en un lugar como éste; hay muchos accidentes en las montañas y muchos animales enfermos. Muchas veces me considero más veterinario que médico.

—¡Veterinario!

A Mott no le habían pasado por alto las referencias a la dureza de su cráneo, y sus pupilas llamearon ante el posible insulto. Mas en los ojos del viejo doctor no había el menor rastro de humorismo.

—¿Puedo levantarme ya, doctor?

—Dentro de un momento, dentro de un momento, amigo, no corra. El descanso no le hará daño y, además, deseo hacerle unas preguntas. ¿Por qué se halla tan interesado en David Blythe? Oh, sí, la señora McDoggart, de la posada, me contó su interés.

—Sí, es muy propio de ella —sonrió Mott levemente—. Una prima suya, la señorita Bell, me pidió que efectuara ciertas indagaciones al respecto.

La mentira surgió sin dificultad pese a su dolor de cabeza.

—Creo que usted era su único amigo, doctor.

—No, no, yo no me llamaría amigo suyo, señor Mott. —La mata de pelo blanco del doctor se balanceó al sacudir la cabeza—. El viejo David no tenía amigos. No, se sentía demasiado enfurruñado y amargado. Creía que había fracasado, que la vida se había portado muy mal con él, tanto como sacerdote como fotógrafo, que eran las dos únicas cosas que le atraían. Cuando no se compadecía de sí mismo, era un tipo bastante divertido. ¿Y por qué se interesa ahora por él su prima? Ya hace bastante que falleció David.

Mott le contó la verdad… o parte de la verdad. Nada respecto a Roach ni a la editorial, pero sí respecto al libro y a sus sospechas de

que la obra encerrara un secreto. Y en el rostro del doctor hubo algo que le dijo que podía ser un buen aliado.

—Con que se trata de esto, ¿eh? Pues ha llegado usted al mejor sitio, señor Mott. Sospecha que hubo algo raro en la muerte de David, ¿eh? Pues bien, yo también, y tengo mis buenas razones para ello, aunque el tonto de mi hijo piense lo contrario. —Aquellos ojos eran muy astutos y reflexivos. Después de una corta pausa, continuó —: Bien, dentro de un momento hablaremos de mis sospechas, mas antes pensemos en el libro… *Peñas Grises*. Naturalmente, hace muchos años, recuerdo lo contento que se sintió David cuando los editores insertaron tres de sus fotografías en la obra. Había una del Tower Ridge, en Ben Nevis, una de los montes Coolin, y ésta del Ben Gael, con los hermanos Lent en el Flake poco antes del accidente. Sí, un caso de suerte. Me contó lo muy excitado que se sintió cuando reveló el cliché y descubrió las figuras que realizaban la ascensión.

—¿Qué dice? —quiso saber Mott, incorporándose en la litera—. Bueno, ¿es que no sabía qué foto había tomado antes de revelarla?

—Claro que no. Tenía la cámara apuntada hacia la montaña desde hacía una semana, atada con un alambre al disparador. David deseaba obtener una foto de una liebre montés. Y la tomó. Una de ellas cruzó el alambre y puso en marcha el disparador. Puede usted ver al animalito en la esquina de la foto. Naturalmente, en la versión del libro, este detalle quedó borrado.

—Ya. ¿Está usted seguro de esto, doctor? ¿Completamente seguro de cómo fue tomada la foto?

Esto tal vez no tuviera ninguna importancia, pero Mott se hallaba hondamente interesado.

—Naturalmente. —El doctor enrojeció con enojo—. Soy viejo, pero tengo una memoria excelente, pese a lo que opine mi hijo. Además, recuerdo en qué año se tomó esta foto. Fue la última vez que pudimos quemar al Verdugo.

—¿Quemar al Verdugo?

Mott enarcó las cejas formando un gran arco.

—Sí, al Verdugo, al Verdugo Cumberland… William, duque de Cumberland, que combatió el último alzamiento de Escocia en Culloden, en 1746. Era un viejo noble, abuelo de *Sir* Archibald, quien promovió la insurrección. Una familia extraña, enloquecida, llena de chiflados, pero un grupo divertido. El viejo era un nacionalista escocés, y pensaba que la Casa de Hannover era responsable de todas las desdichas de Escocia. Y a cada aniversario de su muerte, solíamos llevar la efigie del Verdugo a lo alto del monte Calvo, para hacer una buena hoguera.

—Entiendo. Lo quemaban en efigie.

—Claro que en efigie. El maldito tipejo murió en 1765. —MacBain frunció el entrecejo. Sabía que Mott era un personaje, pero a veces parecía un poco obtuso—. Sí, en tales ocasiones nos divertíamos mucho; bailábamos en torno a la hoguera, cantábamos y tirábamos cohetes. Después, todos bajábamos al pueblo y brindábamos por Escocia, por Eduardo Estuardo, el rey del otro lado del mar.

—¿Y en 1909 fue cuando hicieron la última hoguera?

—Sí, y bien que me apena. Algún metomentodo habló en el Parlamento, alegando que era un insulto a la Familia Real, y que la burla debía terminar. Y al año siguiente, pusieron policías en torno a la montaña. —Las pupilas del viejo doctor reflejaron una profunda tristeza, al recordar las alegrías de su juventud—. Oh, nos divertíamos mucho quemando al Verdugo.

—Seguro que sí. Pero volvamos a Blythe, doctor. ¿Por qué cree que hubo algo raro en su muerte?

—Por dos razones, señor Mott, y la primera es puramente circunstancial, sin que a lo mejor signifique nada. —MacBain inclinó la silla y cruzó las piernas—. Estuve con el viejo David unas horas antes de que empezara el fuego, y puedo asegurarle que estaba muy sereno, sin la menor gota de alcohol en su casa. Cuando le visité sacó su única botella, y apenas quedaba *whisky* para un par de vasos. Era un tipo muy cauteloso, no de la clase que suele volcar los quinqués. Oh, sí, recuerdo aquella velada como si fuera ayer. Hablamos de testamentos.

—¿De testamentos? —Mott se abalanzó casi fuera de la litera, recordando cómo habían muerto Roach y Marsden—. ¿Quiere decir que tal vez se suicidó?

—Claro que no. ¿Quién sería bastante loco para suicidarse abrasándose? No, no de su testamento, sino de los testamentos en general, y especialmente de los más extraños. Había estado leyendo una obra sobre este tema: *Los ricachones chiflados,* o algo así, sobre testamentos con cláusulas idiotas. Bueno, ya sabe a lo que me refiero. «Lo dejo todo a mi querida esposa, siempre que me guarde luto el resto de su vida.» O «mil libras al primo George si empuja una carretilla desde Londres a Glasgow en tres días.» A David esto le divertía mucho.

—Me lo imagino.

Mientras escuchaba, en la mente de Mott empezaba a tomar forma un dibujo. Un viejo gruñón y hosco, leyendo un libro sobre testamentos excéntricos, recordando de pronto haber observado algo en una fotografía tomada tiempo atrás, mediante un alambre conectado a una cámara. Respecto al caso de Hal Lent no había habido asesinato, pero éste podía ser el principio de una nueva teoría.

—¿Y la segunda razón, doctor?

—Ésta no es circunstancial, señor Mott, sino que se basa en mis conocimientos y en la observación.

MacBain se puso de pie y fue hacia una mesa de la salita de cirugía. Cogió un mechero y lo encendió.

—Claro, mi hijo me acusó de memo, y el médico de la Policía de Inverness lo apoyó. Dijeron que no debía haber visto el cadáver. —Cogió una hoja de papel y la sostuvo delante de la llama. Se curvó y ennegreció antes de dejarla a un lado—. Bien, no soy ningún memo, señor Mott. Ellos fueron los memos y no supieron usar sus ojos. Oh, sí, David Blythe se abrasó hasta morir, y un quinqué volcado pudo ser la causa de su muerte. Pero cualquier doctor que merezca tal título ha de ser capaz de distinguir entre las diversas clases de quemaduras. Una llama achicharra y mustia la piel regularmente,

como este papel que sujeto… Pero una quemadura por presión… por ejemplo, procedente de un hierro al rojo vivo, deja una cicatriz en los tejidos. Y yo vi esas cicatrices, señor Mott. Las hallé en las plantas de los pies.

Hizo una bola con el papel y lo lanzó al suelo.

—No, no pude demostrar nada y el tonto de mi hijo y el forense me obligaron a ocuparme de mis asuntos. Sin embargo, yo estoy completamente seguro de que el viejo David fue torturado antes de morir.

12

—No, señora Brassey, lo siento mucho, pero no puedo quedármelos.

John meneó la cabeza y empezó a meter los libros dentro de la gastada maleta.

—No son malos libros, pero tengo las estanterías repletas por el momento. Si me los quedase, tendría que robar espacio a otros que sé que puedo vender.

—Pero, señor Cain, son buenos libros. Lo sé porque mi marido los compró, y era un buen coleccionista. Sabía muy bien en qué empleaba su dinero.

La mujer era vieja y estaba agotada, pareciendo enferma. Todo en ella, desde los destrozados zapatos hasta su cara arrugada, hablaba de días mejores, concluidos hacía ya mucho tiempo.

—Y algunos proceden de su misma tienda, señor Cain. Este precio lo puso usted, ¿verdad?

—Sí, ésta es mi marca.

John estudió el garabato a lápiz de la solapa de *Sesenta años Reina*. Por un momento, pensó en enviar a la mujer a la librería de Newby, en la otra esquina, mas se arrepintió y no lo hizo.

En primer lugar, sabía que al cabo de diez minutos tendría que soportar la cascada voz de Newby por teléfono, diciéndole: «Gracias, Johnnie. Muchas gracias por haberme enviado esa vieja

bruja, con toda su basura. Ya verás lo que te enviaré yo la próxima vez, amiguito.»

En segundo lugar, se acordaba muy bien de Brassey: un hombre bajito y nervioso —probablemente un maestro retirado—, que entraba en la tienda una vez por semana y salía, llevando orgullosamente bajo el brazo un libro que a cualquier librero le habría gustado perder de vista.

Brassey había fallecido, no dejándole a la viuda más que recuerdos, deudas y una librería llena de volúmenes sin valor, que él se imaginaba eran gangas. Y ahora, ella debía la factura del gas, la luz o el carbón, y había cogido unos cuantos libros, pensando que iba a ganar un capital.

—Sí, señora Brassey…

Empezó a explicarle el intríngulis del negocio: que el librero solamente compra la flor y nata de los libros, y que si alguna vez adquiere otros peores es con la esperanza de descubrir entre ellos algo valioso; que el resto, la bazofia, se eterniza en las estanterías, con la esperanza de encontrar un tonto, hasta que se meten en sacos y son llevados al trapero.

—Y tengo muchos más en casa, señor Cain —le interrumpió ella—. Si me compra éstos, usted podría subir conmigo y examinar el resto, tanto como quisiera. Mi esposo sabía lo que hacía, y estoy segura de que hallaría alguna *primera edición…*

Como la mayor parte del público lego en la materia, empleaba el término «primera edición» como si se tratase de un talismán.

—Seguro que sí, señora Brassey, pero… —Cogió los libros y volvió a examinar los títulos. *Las memorias de la guerra*, de Lloyd George, *Con la bandera a Pretoria, Las Obras Completas* de *Sir* Walter Scott, *Bart*, en dos gruesos volúmenes muy poco manejables; los *Poemas* de Roger… muy bien encuadernados, pero ¿quién leía hoy día a Roger? Basura, basura para los estantes—. No, lo siento mucho… —empezó a murmurar. Entonces se fijó en la desesperación de la mujer y comprendió que él era su última esperanza, que si no le compraba aquellos libros, comprendería que

su marido había sido un tonto, que compraba libros sólo porque le parecían importantes—. De acuerdo, tres libras —sentenció, a sabiendas de que acababa de cometer un error.

En su negocio no podía anidar el sentimentalismo, y si continuaba así, poco duraría en el oficio. Sacó los billetes de la caja registradora, y vio cómo la mujer recogía su maleta y se marchaba con paso orgulloso. Obviamente, pensaba que él era un mercachifle que primero había tratado de engañarla, despreciando la mercancía, para estafarla en el precio, y que su esposo había sido un ser muy inteligente.

«¡Maldita sea! —pensó—. ¡Maldito todo el mundo!»

Apiló la compra recién hecha en una esquina de la mesa y regresó a la trastienda. Con mucha suerte, ganaría diez chelines en tres meses, sin contar con alguna ratería.

—¿Otra vez de vuelta, amiguito? ¿Hubo suerte?

Mott se hallaba al lado de la mesa, y aunque el día era caluroso llevaba un traje completo. Traía un cayado de pastor y en la frente llevaba un vendaje enyesado. No parecía tan fatuo como antes.

—No, no ha habido suerte. Bien, ¿qué título quería que comprobase?

John cogió una hoja de papel.

Lo estudió, frunció el ceño y acabó por murmurar:

—No, de todos modos, creo que conozco la obra. Un momento.

Salió a la tienda e instantes después entró llevando en la mano un volumen bien encuadernado.

—¿Es éste?

—Sí, creo que sí.

Mott se inclinó con prudencia y examinó el libro. En la portada se veía una mano que sostenía una pluma de ave encima de un pergamino. El título decía: *Ricachones chiflados. Colección de testamentos y legados excéntricos*, por Vernon H. Johnston.

—Bien, veamos qué nos dice este tal Johnston. Este tipo Blythe estaba muy interesado por ese libro.

Mott fue girando las páginas, frunciendo el entrecejo.

—Vaya, no hay ningún índice. Tendré que repasarlo por completo. Sí… «Viudas forzadas», «Los bienes Tankerton»… «Recuerdos y locuras»… Bah, nada interesante para nosotros.

Con el puño bajo la barbilla, parecía una caricatura de *El pensador* de Rodin.

De repente, su expresión cambió. Su frente se ahondó en una arruga de concentración, y sus cejas se elevaron, mientras que entre sus labios surgía un débil silbido.

—¡Ya está! —Su rostro se transformó en la máscara del triunfo—. ¡Oh, mi querida tía, Cain! Creo que por fin lo tenemos… ¡Gracias, amigo Vernon Johnston! —Cerró el libro de golpe cuando John se inclinaba sobre su hombro—. ¡Ah!, no, amiguito, un momento. Creo que ya conozco la verdad, pero antes he de hacer una pregunta. ¿Tienes un *Diccionario de fechas* por aquí?

Un instante después, continuó:

—Bravo. Bien, entonces, quiero que haga usted esto. —Garabateó una pregunta en una hoja de papel—. Quiero que llame al Registro y que pregunte esto. No les gusta contestar por teléfono, por lo que tendrá que mostrarse firme. Diga que es asunto de vida o muerte; como mínimo, de tres muertes. Pero antes deme ese diccionario y una lupa… Gracias.

Contempló cómo John levantaba el receptor y luego sacó del bolsillo el ejemplar de *Peñas Grises*, sin abrirlo de momento, pero sonriendo encantado.

—Bien, querido, eres el último miembro de la familia que queda, de modo que vas a hablar. ¿Vas a decirme lo que realmente sucedió? Sí, creo que era el Capítulo Octavo… página noventa y cinco.

Abrió el libro por la página indicada y empezó a leer, pronunciando en voz alta:

> *—Mi hermano y yo llevábamos acampando en las montañas una semana antes de que ocurriera el accidente. Nuestra intención era quedarnos por allí quince días, e*

intentar la ascensión de todos los riscos importantes entre Ben Nevis y Sla n'Avail.

De acuerdo, esto concordaba. Era la primera pieza del rompecabezas que necesitaba, y aún quedaban otras dos. Dos leves retazos de información que le dirían el nombre de un asesino.

Lentamente, volvió las páginas hasta encontrar la última ascensión de los hermanos Lent. Allí estaba el acantilado, tan liso como la seda desde lejos. Y las figuras de los escaladores como puntitos contra el fondo rocoso; Hal más abajo de la roca movediza que lo había matado, y William mirando hacia el valle. Y a lo lejos, se erguía el monte Calvo, coronado por un monolito, y unas cuantas nubes. Era aquello lo que Hal había contemplado antes de caer.

Y había algo raro en la fotografía. Ésta había sido tomada por una cámara que habían dejado en la montaña varios días, poniéndose en funcionamiento cuando una liebre tocó un alambre. Por pura casualidad, la foto había captado a dos escaladores poco antes de un accidente mortal, mas no era esto lo importante, sino que la foto mostraba algo que no debía estar allí, y que un tipo malvado había observado después de leer un libro relativo a testamentos especiales y legados idiotas.

Muy lentamente, Mott cogió la lupa y la sostuvo sobre la fotografía, y entonces comprendió que por fin había acertado… acertado por completo. Porque no había ningún monolito sobre el monte Calvo, ni lo había habido jamás. Lo que parecía un monolito, era en realidad una hoguera llameante y varias figuras bailando a su alrededor, y la nube no era más que el humo de la fogata. «La última vez que quemamos al Verdugo.» Apartó el libro y abrió el *Diccionario de fechas*, de Haydn.

—Aquí está, Cain. Creo que esto es todo. —Cogió el papel que John le entregaba, y buscó la respuesta a su pregunta. Era la que esperaba, y en su mente ya no cabía la menor duda—. Sí, al parecer, su primera teoría fue correcta. Se trata de un coleccionista

loco, pero que no colecciona sólo libros. Colecciona dinero, montañas de dinero.

Por última vez, Mott abrió el volumen de tela azul y estudió las figuras de los dos escaladores. Pero ya no era Hal, sino William situado en el Flake de más abajo, el que le interesaba.

—Maldito diablo… —susurró, con admiración en sus pupilas—. Sí, un diablo astuto. Hiciste aquello que creíste era lo debido, y casi lo conseguiste. Sí, de no haber muerto el duque de Cumberland el trece de octubre, lo habrías conseguido.

—Creo que está un poco mejor, señorita Julia, un poco mejor. Físicamente, claro está.

Peter Trew la saludó en lo alto de la curvada escalinata. Tenía un aspecto terrible. Había bolsas bajo sus ojos, y sus facciones estaban desencajadas y arrugadas. Llevaba el traje hecho un puro guiñapo, como si hubiese dormido vestido.

—Pero su cerebro, señorita… Estoy muy angustiado por su cerebro. Cuando los médicos le comunicaron que no debía volver a la oficina, ni siquiera abrir una sola carta, creo que se consideró muerto.

—Lo sé, Peter. A mí me pasó lo mismo. —Julia inclinó la cabeza silenciosamente—. Y, por una parte, supongo que está ya muerto. Aparte de la empresa, jamás ha tenido otros intereses ni aficiones. Ni siquiera un amigo, excepto usted. Y supongo que esto es natural. Cuando se gobierna un imperio, no hay tiempo para amigos o diversiones. Pero el imperio se le ha escapado ya de las manos y no le queda nada.

—Sólo recuerdos, señorita Lent, sólo recuerdos y, naturalmente, usted.

—¿Yo? Oh, sí le entiendo. Él querría que yo tomara parte activa en el negocio. Pues lo siento mucho, ya que esto queda completamente fuera de cuestión, y es mejor que lo sepa inmediatamente. —Echó a andar hacia el dormitorio de su tío, mas

luego se detuvo, dio media vuelta y miró a Trew—. Peter, deseo preguntarle una cosa. Usted recuerda cómo empezó el ataque. ¿Cree que tuvo algo que ver con aquel libro que me ordenó comprar?

—¿El libro? —Trew arrugó la frente, reflexionando—. Pues sí, pareció trastornado, pero no creo que lo que dijo tenga importancia. Supongo que era el delirio antes del ataque. Más tarde, lo consulté con el doctor, y me contestó que, con el estado de salud del jefe, cualquier cosa pudo provocarle el ataque. Incluso una desilusión trivial como la de no conseguir el libro que deseaba.

—Ya. Gracias, Peter. Y no tema, seré muy amable con él.

Empujó la puerta y penetró en la habitación.

Sir Stephen Lent yacía tendido en una magnífica cama. Su cuerpo enclenque apenas marcaba ningún bulto bajo las sábanas. Su cara tenía casi el mismo color de las almohadas, y pese a lo que dijese Peter Trew, no parecía físicamente mejor.

—Ah, estás aquí, Julia. Siéntate y charlemos un poco. Los médicos ya me permiten recibir alguna visita.

—Sí, a mí me han dicho que estás mucho mejor.

La joven se inclinó, besando aquellas mejillas tan frías y sin vida como el papel; luego acercó una butaca al lecho. Como todos los muebles del dormitorio, era muy pesada y recargada de adornos, y hacía muchos años que estaba en la casa.

—Ah, te dijeron que estoy mucho mejor, ¿eh? Bien, tal vez sea verdad. Quizá con muchos cuidados y sin preocuparme de nada, pueda pasar en cama bastante tiempo, algunos años. —Los cansados ojos se pasearon por la estancia de estilo victoriano, por las mesas de caoba, por las cómodas con sus cajones, por las altas columnitas que parecían símbolos de la filosofía del poder—. «Sí, si se toma las cosas con calma, *Sir* Stephen, no hay razón para que no cumpla los noventa… unos meses en Suiza, tal vez una travesía por mar…» ¡Necedades! La fruta caída del árbol se pudre rápidamente, y por mucho que digan los médicos, no veré las próximas Navidades.

No había amargura en su voz, sólo una débil aceptación, como si se tratara de una cosa trivial y grata.

—No, querida, la muerte ya me ciñe estrechamente, y debí fallecer el otro día en mi despacho. Pronto, tú serás la última representante de mi familia, Julia. Una familia predestinada. Yo seré uno de los pocos que habrá muerto en la cama, como un caballero. Tu padre falleció en un accidente de coche. Mis dos hijos en Arnhem y Monte Cassino. El viejo Hal Lent, tu abuelo, en aquella escalada de Escocia, y William le siguió veinte años más tarde, al explotar una caldera en la fábrica de Coventry.

—Tío, ¿*es* tan necesario que sólo hables de muertes? Empiezas a deprimirme.

—Oh, lo siento, querida. Perdóname. —Haciendo un tremendo esfuerzo, el viejo rostro se torció en una sonrisa—. Creo que has estado muy deprimida y demasiado preocupada, Julia. Pero esto ya ha concluido. Mañana por la mañana, los abogados vendrán aquí y te traspasaré el control de la empresa. Ya hace tiempo que lo redacté en mi testamento, aunque tú lo ignorases. Sí, hace seis años registré el noventa por ciento de mis acciones a tu nombre, lo cual es bastante para pagar los derechos reales y quedarte con el mando de la firma. No, no lo sabías, querida. Cuando lo hice, pensaste que firmabas un dividendo. Bien, pues ya lo sabes, y tendrás que aprender todo lo relativo al negocio, porque eres una Lent y es tuyo. Utiliza bien tus poderes, Julia.

—Lo intentaré, tío.

La joven apartó la mirada, sin poder comunicarle lo que pensaba: que tan pronto su tío falleciese, vendería las acciones; no sentía interés por el negocio. Pero sabía que si le manifestaba esto sería su muerte, con la misma seguridad que si le atravesara el corazón con un cuchillo.

—Sí, serás una mujer muy poderosa, querida. Trece fábricas, concesiones mineras en cuatro continentes, cuarenta buques en la flota comercial, diecinueve mil empleados en la última nómina…

Como un disco, la voz continuó recitando la lista de sus bienes, en tanto ante los ojos de Julia parecía desplegarse un mundo de pesadilla, mundo que se abría más allá de las puertas de aquel

dormitorio, con hojas de balances y un ejército de pies marchando por toda la Tierra para proporcionarle yates, joyas, villas en la Riviera, pero sin darle jamás la seguridad que tanto ansiaba. Era una mujer apasionada, aunque virgen, porque temía que en el momento de placer más intenso, resonaría una voz en su oído: «No eres tú, querida, sino tu talonario de cheques lo que busco.»

—Por favor, tío —suplicó—. Por favor, no hables de esto. Aún vivirás largo tiempo, y de todos modos, yo no sé nada del negocio.

—Pues tienes que aprender, querida. Peter Trew te enseñará. Puedes confiar en Peter, ya que él y su familia llevan muchos años con nosotros. Sí, desde que se inauguró nuestra primera fábrica en Gravesend, los Lent y los Trew han marchado siempre juntos. Puedes confiar en Peter, Julia.

—Lo sé, tío… pero ¿no te convendría descansar un poco?

Julia contrajo el semblante al contemplar el rostro que reposaba sobre la almohada. Su tío estaba terriblemente enfermo.

—¿Descansar? ¡No quiero descansar! Pronto podré descansar mucho tiempo, querida, no lo olvides.

Por unos segundos, llameó un poco del pasado fuego en las pupilas del anciano, aquel fuego que podía dominar una huelga en pocos segundos y arrojar del despacho a una delegación de revoltosos.

—Por mucho que digan esos médicos, sé que me estoy muriendo, y antes quiero dejarlo todo en orden. Respecto a las acciones, te aseguro que los impuestos no te arruinarán, y mañana por la mañana ya controlarás la empresa. Pero antes debes prometerme una cosa, Julia. Sí, necesito tu promesa.

Como si la última chispa de autoridad le hubiese dejado agotado, su voz sonaba ya muy débil, sin mover apenas los labios.

—¿Qué promesa, tío?

Julia se inclinó hacia adelante para no perder ni una sola palabra. Estas parecían venir desde muy lejos, como si ella estuviera ya a solas con un muerto y alguien hablara desde el otro lado de la pared.

—Que nunca venderás las acciones… nuestras acciones. Nunca lo hicimos en el pasado, y ni un solo penique del negocio le pertenece a nadie fuera de la familia. Y tú ahora eres toda la familia, querida; de forma que prométeme que no las venderás. Sí, desde que los Ford pusieron sus acciones en el mercado, nosotros somos una de las pocas empresas privadas que quedan hoy día. De esta forma, no sólo controlamos el dinero y las acciones, sino la compañía, Julia… nuestra compañía. Cuando compramos otras firmas, añadimos la palabra «Unidos» a «Ingenieros», mas la empresa sigue siendo «Ingenieros Lent», o sea que es nuestro negocio. Sí, durante cien años lo ha sido, lo cual no es mal récord.

—De acuerdo, tío, te prometo no vender.

Desvió la mirada un instante. Había algo patético y horrible en aquel moribundo que se esforzaba por conservar el control de su compañía en manos de una familia, cuyo único descendiente no quería saber nada con el negocio.

—Bien, bien —aprobó Lent, apoyando de nuevo la cabeza en la almohada, y sus párpados empezaron a cerrarse como si pensara que por fin se había merecido el descanso—. Sí, sí, eres buena y sensible, Julia; ya no has de preocuparte por nada más. Sí, mañana habremos llegado al final, y ese maldito libro ya no podrá nada contra nosotros.

Los labios dejaron de moverse, y algo que el viejo había estado sujetando bajo la sábana se escurrió de sus dedos y cayó al suelo.

—¡El libro! Pero, tío… ¿qué pasa con el libro? ¿Cómo puede perjudicarnos y por qué habría de estar yo preocupada?

El recuerdo de todo lo que Mott y John le habían contado pasó rápidamente por su cerebro, y de pronto se sintió muy asustada. ¿Se hallaba envuelta de algún modo en la muerte de Roach?

—Por favor, tío, tienes que decírmelo…

Todo inútil. Lent estaba profundamente dormido, tan pacíficamente como un chiquillo y despertarle habría sido matarle. Se inclinó y recogió el libro caído. Era un catálogo de la Galería

Compton, con una partida final, subrayada con tinta roja: un ejemplar de *Peñas Grises*.

13

—Cincuenta y cinco… sesenta… Gracias, caballero, ochenta. Ofrecen ochenta por una primera edición firmada de la obra *La ballena blanca* de Herman Melville. ¿Alguien desea pujar este precio para un libro tan raro, con la firma del autor en la primera página? Una… dos… ¡Adjudicado!

El martillo de marfil de Gordon Angel cayó rotundamente sobre la mesa, y el empleado que estaba a su lado efectuó una anotación en un libro de ventas.

—Vendido al señor Nigel Camp, de Nueva York, por quinientas ochenta libras. O sea, mil setecientos veinticuatro dólares, señor mío.

Gordon Angel se enjugó la frente con un desdichado pañuelo de seda, cuando un mozo fue en busca del volumen que constituía el lote siguiente.

No era mal precio para un Melville. Bastante bueno, y la subasta salía bien en conjunto. La sala estaba atestada, no sólo por comerciantes de Londres, sino extranjeros también, y algunos coleccionistas particulares. Allí estaba Lord Cranton, recostado en la pared, junto a la entrada, por ejemplo. El anciano caballero parecía no poseer ni un penique; sin embargo, poseía una de las bibliotecas privadas más importantes del país.

Y allí estaba ese tipo, Camp, que había adquirido el último lote, gastando muchísimo dinero en aquel viaje. Probablemente, la mayor

parte procedía de sus clientes, pero él tampoco debía de andar cojo. Se decía que el nombre de «Volúmenes de Oro», colocado de muestra en su tienda de Manhattan, reflejaba parte de la verdad.

Sí, la subasta era un éxito, y la presencia de extranjeros y compradores particulares impedía toda intromisión del Círculo. Los «chicos» no podían competir con aquella gente. Contempló el silencioso grupo formado por Goldsmith, Burton y Callaghan, de pie a la derecha de su mesa. «Benditos fuesen sus corazones… —pensó Gordon Angel—. Hoy no habría ningún dividendo.»

Sí, la subasta era buena, y a Angel sólo le inquietaba una cosa: el último lote inscrito para ayudar a aquel imbécil de John Cain. Y, sin embargo, ¿quién diablos era Cain? Si el tipo tenía un poco de sentido común, debía de estar encantado con el último arreglo. Claro que tal vez hubiera debido de consultarle antes, pero no, todo iría bien. Apartó de su mente los pensamientos desagradables y sonrió a su auditorio.

—Y ahora, damas y caballeros, llegamos a lo que, sin duda, es lo más interesante de la jornada. Una serie de *Aves Zumbadoras,* de Gould, en buen estado, aparte de tener algo desgastados los bordes. Sí, hace tiempo que no tengo el placer de vender un Gould, por lo tanto, ¿qué puedo pedir? ¿Mil libras…? ¿Ochocientas? Gracias, caballero. —Se dirigía a Cranton que acababa de levantar un dedo—. Adjudicado por ochocientas libras…

Sólo faltaban dos lotes. Desde su grupo a un lado de la sala, Mott, John y Julia estaban pensando lo mismo. Tan pronto como Angel hubiese vendido los dos lotes, se pondría a la venta *Peñas Grises*, y el asesino se descubriría sin remedio. Esperaban con sentimientos encontrados. John con una mezcla de temor y excitación. Todavía no estaba convencido de la teoría de Mott, a pesar de las pruebas que la apoyaban. Si era cierta, sabía que una persona a la que apreciaba mucho quedaría profundamente herida, y esto no lo quería… no lo deseaba en absoluto.

Los sentimientos de Julia, por otra parte, se componían de desdicha y aceptación. No tenía la menor idea de cuál era el secreto

que encerraba aquel libro, aunque estaba segura de que se refería a su familia. Quería conocer la verdad, pero al mismo tiempo la temía. Y aunque la sala estaba caliente y ella llevaba un abrigo de pieles, se estremeció.

Sólo Mott parecía muy tranquilo. Como un emperador romano, impaciente por ver a los cristianos en la arena del circo, se apoyaba en su cayado y miraba desdeñosamente a la concurrencia. Estaba seguro de que dentro de pocos minutos, el asesino de Roach, de Blythe y de Marsden daría a conocer su identidad, y el asunto habría terminado. No dudaba en absoluto de que su teoría fuese correcta en todos los detalles, y lo que restaba era solamente una operación rutinaria.

—Adjudicado… adjudicado a la señora Laura K. Richardson, de… Gracias, señora… de Weston, Massachusetts, por mil cuatrocientas libras.

La untuosa voz de Gordon Angel interrumpió sus pensamientos, y Mott lo contempló. Aquel Gordon Angel era un fatuo. Un zorro, un buey, una cabra… con su panza prominente apoyada en aquella vetusta mesa. ¿Por qué no se apresuraba un poco más? A Mott le habría gustado poder hundir un puño en aquel vientre.

—Y ahora, damas y caballeros, aquí tenemos una colección de *Los Viajes*, de Hakluyt, bellamente encuadernados en piel de becerro.

Angel hizo una pausa y se sonó con innecesaria violencia, como deseando perder tiempo antes de empezar la puja.

No obstante, la subasta del Hakluyt no duró mucho. En comparación con los otros lotes apenas tenía interés, y sólo se necesitaron tres pujas para adjudicarlo a un librero de Londres. Mott alargó el cuello cuando vio que Angel consultaba su catálogo, como deseando escrutar todas las caras de la sala, para descubrir al culpable.

Pero parecía ocurrir algo… sí, algo, puesto que ningún mozo iba en busca de *Peñas Grises*, para su examen, ni Angel pregonaba el lote. En cambio, tomó un sorbo de agua y se puso en pie.

—Bien, amigos, éste ha sido el final de la sesión. Y sólo me resta darles las gracias por su asistencia. Nuestra costumbre de subastar los sábados por la tarde es ya un rasgo de la Galería Compton, y estoy seguro de que todos ustedes comprenden… ¿Qué pasa, Fred? —Gordon Angel frunció el ceño y se inclinó hacia su empleado —. Ah, sí, claro —susurraron entre sí, y luego Angel se aclaró la garganta y levantó el tono de voz—. Damas y caballeros, respecto al lote final de nuestro catálogo, la edición de Trefoil Press de un libro titulado *Peñas Grises*, en el último momento ha quedado retirado de la subasta por orden de su dueño. Tengo que disculparme por…

—¿Qué diablos…? —El alarido de rabia y asombro de Mott atronó la sala, y su mano asió el brazo de John como un tornillo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa? Usted no le dijo que lo retirase, ¿verdad?

—Claro que no. Le di nuestras instrucciones, y me prometió obedecerlas al pie de la letra.

John se libró de la presa, mostrando un profundo estupor en su expresión.

—Alguien debió de verle antes de dar comienzo la subasta.

—Naturalmente. Bien, ahora trataremos de esto, y el amigo Gordon Angel recibirá una lección que no olvidará en toda su vida. Perdone, señora… apártese, caballero.

Con John pegado a sus talones, Mott corría hacia la mesa, empujando a todo el mundo. Su cara era una bola roja de indignación, y blandía el cayado como un arma peligrosa.

—Bien, señor Gordon Angel, ¿qué explicación puede darnos? Yo soy el propietario de ese libro y no di ninguna orden de retirarlo de la subasta. Vamos, amigo, conteste.

Julia contemplaba la escena sin haberse movido del lado de la pared. Lo mismo podía ser la escena de una película. Por el momento, Angel se enfrentó a Mott, como un obispo desafiando a las hordas paganas en el altar, pero al instante se volvió con un chillido de terror, saltando hacia una puerta, como un enorme conejo negro. Mott corrió tras él, y el bastón, casi involuntariamente se alzó hacia

adelante, lo atrapó por el tobillo y lo envió al suelo con un ruido atronador. De todas partes surgieron chillidos y gritos de socorro, y tres mozos se abalanzaron sobre Mott. Julia lo contemplaba todo fascinada, y se volvió sobresaltada cuando una mano se posó con firmeza sobre su brazo.

—¿Quiere venir conmigo, señorita Julia? —La voz sonó muy urgente a su lado. El murmullo continuó—. Malas noticias. Bien, lo peor… Su tío ha muerto y ya es hora de que sepa toda la verdad.

Fueron las palabras de Peter Trew.

—Sí, sargento, ciertamente pretendo formular una acusación. Aunque me haya equivocado, esto es un ultraje.

Angel yacía sobre un sofá de su despacho, sin el menor aspecto pomposo o fatuo. Tenía la chaqueta rota, y el ojo derecho, que había entrado en contacto con el canto de la puerta, empezaba a ponerse negro. Parecía un enorme tiburón fuera del agua.

—Bien, tal vez me excedí en mis obligaciones al vender el libro particularmente, Cain, pero lo hice en interés suyo. Doscientas libras al contado por aquel libro que no vale doce… Y usted viene aquí y me ataca, junto con… con… esto. —Y miró a Mott con mezcla de temor e indignación. Luego continuó tartamudeando—. Y además, en público, en la galería… delante de todo el mundo.

Levantó la mano como para secarse una lágrima.

—Nunca más podré erguir la cabeza.

—¡Maldito idiota! —masculló Mott, a punto de zurrarle nuevamente, pero se vio sujetado por el policía que tenía al lado.

—Su reputación no interesa en absoluto. Sólo nos preocupa el libro… mi libro, señor Angel, que yo le confié a usted para venderlo en subasta pública.

Y la mano de Mott se abatió sobre una mesa, subrayando sus palabras.

—¿Qué pasa con el libro?

—Se lo hubiese contado de haber tenido una oportunidad. Lo vendí. Una hora antes de empezar la subasta se presentó un caballero y me preguntó si podía adquirirlo particularmente. Naturalmente, no solemos hacer esta clase de negocios, pero me ofreció un precio, amigo Cain… ¡Doscientas libras al contado! Tenía que aceptar este precio. Y pensé que usted se mostraría encantado.

—Normalmente sí, normalmente me habría sentido entusiasmado, Angel, muy entusiasmado. —John se inclinó contra la pared, sintiéndose muy cansado y sabiendo que estaba derrotado. Debía de tratarse del último ejemplar de *Peñas Grises*, y el asesino había logrado apoderarse de él, lo mismo que de los demás—. ¿Conocía usted a ese tipo? ¿Le dio su nombre al menos?

Sabía que era inútil formular la última pregunta.

—No, no le conocía. Me dijo que se llamaba Smith, aunque no le creí. Afirmó que actuaba por cuenta de un coleccionista muy rico, a quien no le importaba pagar lo que fuese, pero que odiaba la publicidad de una subasta. Usted debe de conocerle, Cain. Estaba hoy en la sala. Precisamente, le vi murmurarle algo a la joven que estaba con usted, cuando…

De nuevo, el temor y la indignación se mezclaron en su expresión al fijarse en Mott.

¡La joven! ¡Clic, clic, clic! Como un rompecabezas de metal, las piezas se iban juntando en el cerebro de John, y comprendió que la teoría que tanto temía era la acertada.

Sí, Julia era la clave. Todo giraba a su alrededor. Pero ¿dónde estaba Julia? La habían dejado en la sala de subastas, hacía ya más de un cuarto de hora. Debería haberles seguido. Sin fijarse en el chillido de Mott, salió corriendo del cuarto, y de repente se detuvo en seco en el umbral cuando una alta figura le bloqueó el paso. Parecía ir vestido con un saco y llevaba un par de guantes de mujer en una mano que semejaba una garra.

—Buenos días, señor Cain.

Lord Cranton le sonreía como un israelita al ver la Tierra Prometida por primera vez.

—Lamento molestarle, pero deseaba felicitar a su amigo por su actuación. Jamás me había divertido tanto. ¿Consiguió por fin vapulear a ese canalla?

Miró por encima del hombro de John, y divisó a Mott, amenazador, y a Angel tendido en el sofá, estallando en una carcajada senil.

—Sí, ya lo veo. ¡Maravilloso, excelente! ¡Ese Angel es sólo un engreído, un pavo real! Le odio desde que me hizo perder una primera edición de *El velo pintado*, de Somerset Maugham. Era una primera edición auténtica, con los pasajes relativos a Hong Kong intactos: un libro muy buscado, como ya sabe. Ni siquiera se molestó en enviarme el catálogo, aunque sabía que llevaba años buscando el ejemplar. Y a propósito, ¿se acuerda de mí, señor Cain? He estado varias veces en su tienda, pero jamás he hallado nada que valiera la pena. Me llamo Cranton.

Alargó la mano para estrechar la de John, y entonces contempló asombrado los guantes que sostenía como si fuesen una siniestra excrecencia de su mano. Luego, su faz se aclaró y volvió a sonreír.

—Sí, claro, qué estúpido soy. Sabía que había algo más. Su amiga, la jovencita, dejó caer estos guantes al marcharse. Fue una tonta, yéndose tan de prisa y perdiéndose esta diversión. Claro que las mujeres… Bien, aquí los tiene. Y ahora me gustaría saludar al valiente que le ha dado a Angel su merecido.

Inició la marcha hacia Mott, pero John extendió el brazo.

—Un momento, Lord Cranton. Dijo que Julia salió. ¿Iba sola?

—¿Sola? —El ajado rostro se esforzó por recordar—. No, no iba sola. Iba un tipo con ella. Un individuo de aspecto vulgar, aunque le he visto en alguna parte. Sí, claro, debió de ser en una revista financiera. Creo que es un industrial. Se llama Peter… Trew o algo parecido. Pero algo me pareció raro. La chica iba llorando, y él le decía algo referente a una muerte, y a que debían ir a Gravesend…

—¿Gravesend? ¿Está seguro, *milord*?

—¿Seguro? No, claro que no estoy seguro. Hoy día, ya no estoy seguro de nada, amiguito. —Hizo una pausa y frunció el ceño—.

Pero creo que oí Gravesend. Por el Támesis, ¿verdad? En Kent… Y ahora deseo estrechar la mano a ese campeón y agradecerle que haya dejado fuera de combate a Angel.

Lord Cranton volvió a sonreír, aunque ya nadie le escuchaba. John lanzó una última ojeada a Mott, que estaba forcejeando entre dos policías, y salió corriendo en dirección a su automóvil.

14

Desde donde estaban, el Támesis era un riachuelo gris y Londres una ciudad de juguete en el horizonte. A través de la bruma que la cubría, Julia apenas divisaba la cúpula de la catedral de San Pablo, la Torre de Londres, como hecha de cerillas, y muy lejos las antenas de la televisión en los montes de Surrey.

—Bien, Peter, ¿por qué? ¿Por qué me ha traído aquí? Me ha dicho que mi tío ha fallecido… que poco antes de salir usted hacia la subasta había sufrido otro ataque… pero ¿por qué me ha traído aquí?

Se hallaba con Trew en lo alto del nuevo bloque de oficinas de la fábrica de Gravesend, que Stephen Lent no había querido edificar en muchos años, y su cerebro se mostraba vacilante. Nada parecía tener sentido, nada armonizaba. Sólo parecía existir Peter Trew, con un pálido rostro contemplándola y un mechón de pelo balanceándose en su frente a impulsos de la brisa.

—¿Por qué, Peter? ¿Por qué estamos aquí? —Peter casi la había arrastrado fuera de la subasta hacia el coche, conduciendo luego hasta Gravesend casi sin hablar por el camino. Y ahora estaban en lo alto de aquel edificio a medio terminar, que se elevaba cuarenta pisos sobre el suelo—. Usted dijo que por fin sabría la verdad… que había algo que yo debía saber. Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué aquí arriba?

—Porque éste es el mejor lugar para enseñárselo a usted, Julia. Para que comprenda lo que tuvimos que hacer.

La voz de Trew era la misma de siempre, mas a sus palabras les faltaba algo, y ya no empleaba el término «señorita».

—Sí, mire hacia abajo, Julia, y a su alrededor, y lo entenderá. La primera fábrica del viejo Martin Lent, y en lo que la hemos convertido. En lo que la han convertido cien años de sudores, de devoción, de genio. —Su mano indicó la fábrica, extendida a sus pies. Las chimeneas brillando al sol, casi surgiendo apenas del estuario, y por doquier los oscuros tejados de los almacenes y talleres. Aquel sábado por la tarde todo estaba abandonado, como muerto, como una ciudad perdida en un planeta desconocido. Y Julia, mientras miraba, recordó una cita del Evangelio: «El diablo lo llevó a lo alto de una montaña, y le mostró todos los reinos de la Tierra, con su gloria y resplandor»—. Sí, esto es poder, ¿verdad, Julia? —La voz de Trew parecía fundirse en el viento, sonando inhumana. Como los juncos murmurando en un lago—. Verdadero poder, querida. No acciones o dividendos, o dinero en el Banco, sino algo que controlar y utilizar. Algo por lo que vale la pena luchar… incluso matar. Y yo he salvado todo esto para usted, Julia Lent.

—¡Matar! —Julia se apartó un poco del parapeto, y el temor se asomó a sus pupilas. Muy en lo profundo de su mente le pareció recordar que existía un secreto de familia; algo que se le revelaba a cada miembro, cuando tomaba parte activa en el negocio. Y le pareció que ahora ella se hallaba en esta situación—. Peter, deseo que me cuente toda la historia, ahora mismo.

—Se la contaré, Julia. ¿No la traje aquí para esto? Al único lugar donde estoy seguro de que me comprenderá.

Aparte de la falta del «señorita», todavía había servilismo en la voz de Trew; todavía continuaba viva la relación ama-servidor, que ella siempre había conocido.

—No puedo contársela con demasiada rapidez. Es una historia larga, y hemos de retroceder hasta el principio… hasta el viejo Martin

Lent que edificó esta fábrica por el año 1870… Pero apartémonos del viento por un momento.

Trew llevó a la joven hasta una especie de barraca, y sacó una sola hoja de papel de su cartera.

—Querida, desde 1909, su familia no posee un solo ladrillo o piedra de este negocio. —Sonrió ligeramente al leer la duda en el rostro de la joven—. Oh, sí, es cierto y puedo probarlo.

Le entregó el papel como si fuese un documento rutinario. Era una copia del testamento del viejo Martin.

—Léalo atentamente y empezará a comprender.

—Gracias.

Julia aceptó el documento. Incluso al abrigo de la barraca, se estremecía ligeramente, y apenas acertaba a descifrar las palabras.

> *Yo, Martin Lent, del condado de Sussex, gozando de todas mis facultades mentales y corporales…*

Las instrucciones para su funeral, los legados a los sirvientes, amigos y obras de caridad. Y al fin, lo interesante.

> *A mis hijos, Hal y William, les cedo mis tierras de Silver Beach, Gravesend, y junto con la fábrica emplazada allí siempre que sean observadas y llevadas a cabo las condiciones siguientes…*

—Todo esto ya lo sé, Peter —objetó la joven, devolviéndole el papel—. Ya leí una copia del testamento en otra ocasión. Cedió la empresa por partes iguales a Hal y William, para cuando éstos cumpliesen los treinta años de edad. Si uno de ambos fallecía antes, el control se escaparía de las manos del superviviente. El viejo tenía la manía de que dos mellizos idénticos vivían con demasiada dependencia entre sí y si uno moría joven, el otro enloquecería y

arruinaría el negocio. También había una cláusula respecto a la bancarrota.

—Exacto, Julia, pero ésta no interesa en absoluto. Cuatro años después de fallecer el viejo Martin se descubrieron en la zona los depósitos de carbón, y el valor de la fábrica subió en un cien por cien. No, no era cuestión de bancarrota, y Hal y William se convirtieron en hombres riquísimos.

Trew parecía el secretario de una compañía leyendo la hoja del balance en ausencia del presidente.

—No, la que importa es la primera cláusula: que si uno de los hijos no llegaba a los treinta años, la empresa debería venderse a un amigo de Martin, *Sir* Joseph Blake, de las Fundiciones Tilbury. Incluso había el precio: diez mil libras, y una anualidad de ochocientas al hijo superviviente. Pero el dinero sufre fluctuaciones y hoy día…

Meneó la cabeza, como no pudiendo hacer el cálculo.

—¿Y qué, Peter? La cláusula se cumplió. Hal tenía más de treinta años cuando sufrió el accidente, y William vivió muchos años. ¿Qué tiene eso de importante?

—Todo, querida. Porque Hal no había cumplido aún los treinta años.

Peter Trew, una vez más, rebuscó en su cartera y sacó un libro encuadernado en azul que relució a la moribunda luz de la tarde.

—No, Hal sólo tenía veintinueve años cuando murió, y este libro lo demuestra.

«Tan pronto como me enteré de que no le había matado, empecé a sospechar la verdad, muchacho.»

Estas palabras de Mott cruzaban por el cerebro de John, casi como si estuviera con él en el coche.

«No, no le mató cuando tuvo la oportunidad. Apartó el coche en el último momento, y esto me hizo ver que todo el caso estaba relacionado con la familia Lent. El asesino no sentía escrúpulos por

aplastar a un insignificante librero, pero jamás habría herido a Julia…»

John estaba casi aplastado contra el volante de su automóvil, y nunca en su vida había conducido tan de prisa. Afortunadamente era sábado con la City y toda la ciudad dormida, mas sabía que en cualquier momento podía abandonarle la suerte: una camioneta cruzándose en su camino y obligándole a chocar, o la sirena de la Policía a sus espaldas. Apartó esta idea de su mente y se concentró en la persona que estaba persiguiendo.

Porque él y Mott se habían enterado de muchas cosas respecto a Peter Trew, aquella mañana. Un amigo de Mott, el editor financiero de un periódico dominical, les había pasado mucha información, y aunque ninguno de ambos lo conocía, su personalidad empezaba a delinearse. Los Trew llevaban varias generaciones trabajando para los Lent, y Peter encajaba en la tradición del fiel servidor. Tal vez un asesino, pero no un monstruo. Sólo el servidor leal a quien nada detiene para proteger los intereses de la familia.

—¡Cuidado!

La mano de John fue automáticamente al claxon, y un anciano con gafas dio un salto para salvar la vida. Normalmente, no le gustaba conducir velozmente, pero ahora era necesario… muy necesario.

No, Trew no era un monstruo ni estaba loco, pero sí desequilibrado: probablemente, de la misma forma que Hess y Himmler. Se hallaba interesado en una causa, en un sueño, y cometería cualquier abominación para servirla. Pero si la causa le fallaba, si despertaba del sueño…

John aceleró más ante esta idea.

Sabía lo que ocurriría. No sabía juzgar bien a las mujeres, pero sabía cómo reaccionaría Julia. El viejo había muerto, y ella era la última descendiente de la familia, por lo que Trew la habría llevado a la fábrica para enseñarle lo que había preservado para ella. Toda su vida, toda la vida de su familia la había pasado sirviendo a los Lent, y había matado tres veces para protegerlos. Le contaría

orgullosamente lo que había hecho, como el perro que le lleva a su amo una rata muerta.

Sin embargo, a Julia no le complacería en absoluto la rata de Trew, y se mostraría horrorizada. Y cuando Trew se diera cuenta —una vez el discípulo viese que era rechazado, y que el devoto adivinase que su dios era sólo un ídolo de barro—, su adoración podía convertirse en algo muy distinto.

—¿Qué diablos hace?

John maniobró al instante, pero ya era tarde.

Un enorme «Rolls» se resistió a todos los intentos de los frenos y ambos vehículos se aproximaron peligrosamente.

—¿Qué diablos hago? —La ventanilla estaba abierta y un rostro semejante al de un gallo bajo una gorra azul le miraba con malos modales—. ¡Yo sí quiero saber qué hace usted! —Indicó con el pulgar la figura de su amo, dormido en el asiento posterior. Estaba tapado en parte por el *Financial Times*, y aquella cara asomada por encima del diario parecía un jamón poco adobado—. ¿Sabe a quién llevo? ¡A *Sir* Jasper Grabbin! ¡Y si *Sir* Jasper se despierta por su culpa, lo pagará caro!

Evidentemente, el cara de gallo se estaba divirtiendo.

—Vaya, en treinta años de chófer, nunca había visto conducir tan mal. Debería estar avergonzado.

—Caballerito, el hecho de que durante treinta años haya sido un simple criado no me interesa, y tengo prisa. Apártese, por favor.

John vio cómo la cara de gallo cambiaba del rojo al escarlata y luego al negro, y entonces cambiaron las luces. Hundió el pie y saltó adelante, mirando de reojo al «Rolls». Por un momento, el aire se llenó de sonidos de claxon, y por fin el tráfico fue quedando atrás.

El trayecto era largo pero le pareció una eternidad. Mas por fin había llegado, deteniéndose en un callejón situado a un lado del edificio de las oficinas, que terminaba en un par de portaladas coronadas por unas letras negras: A. E. C. Saltó rápidamente del coche, que casi tocaba las puertas, y puso la mano sobre el timbre.

—Bien, bien… ¿qué pasa? Tal vez sea duro de oído, pero no sordo.

Si el vigilante hubiese estado vestido de rojo, habría sido un Papá Noel perfecto. Lucía una barba bien peinada, tenía unas mejillas coloradas y el tono de su voz era muy agudo.

—Ah, amigo, por favor, déjeme pasar… —empezó a gritar John, pero calló ante el estallido de irritación de Papá Noel.

—¿Amigo suyo, de qué? ¿Cómo se atreve a llamarme amigo, caballero? Me llamo Paget… señor Paget, y permita que le diga una cosa: tal vez sólo sea el vigilante nocturno de aquí, pero antes de descubrir hasta qué punto odiaba a los jóvenes, fui subdirector de una de las mejores escuelas preparatorias del país. Claro que los mayores tampoco me gustan mucho. —Y como para apoyar sus palabras, sacó una porra de goma de su estropeada chaqueta y la blandió amenazadoramente—. Y ahora, ¿qué desea?

—Señor Paget. —John se esforzó por conservar su voz en tono bajo y humilde—. ¿Todavía no han llegado la señorita Lent y el señor Trew? Es terriblemente importante que los vea al instante.

—¿Conque sí, eh? Pues, ¿por qué no lo dijo antes?

Los nombres del apoderado y de la propietaria de la empresa no parecieron impresionar a Paget. Por lo visto, se imaginaba ser un príncipe de los vigilantes, tan impávido como un obispo anglicano. Lentamente, exhibió una llave y empezó a abrir la verja.

—Sí, están aquí. Pero será mejor que pase a mi tugurio y espere allí.

—No, no puedo esperarles; gracias, señor Paget. Dígame dónde están, por favor. Oh, señor Paget, tiene que decírmelo. Es sumamente importante que los encuentre.

—¿Que se lo diga? —El hombre apenas podía hablar de rabia—. No me diga lo que he de hacer, ni lo que es importante o no. Mi empleo consiste en impedir el paso del personal ajeno a la empresa, y esto le incluye a usted. Además, no los encontraría. Han subido al tejado de la Torre. Sólo hay un montacargas y lo cogió el señor

Trew. Claro que aunque hubiera otro, tampoco le permitiría usarlo. Será mejor que espere aquí.

—Oh, no… —John acababa de divisar un coche aparcado al otro lado del patio, y echó a correr hacia el enorme edificio sin terminar, que se elevaba sobre la fábrica como un castillo medieval de cristal y acero. Parecía tan inexpugnable como una fortaleza, con sus enormes puertas bronceadas y sus ventanas con marcos de metal, con un solo punto débil en sus defensas: la jaula del montacargas que se elevaba como una alambrada por el muro.

Pero no podía trepar. Siempre le habían asustado las alturas y la sola vista de aquella estructura metálica le ponía enfermo. Se caería antes de llegar a la mitad.

No, no podía trepar por allí. Sólo podía esperar y rezar, mientras en el tejado un hombre que ya había matado a tres personas por un ídolo, podía verse rechazado por éste y matarlo también. Estudió el inmenso edificio que se elevaba ante él, y comprendió que tendría que subir. Lo haría, aunque se rompiese el cuello en el intento. Se quitó la chaqueta, se asió a los primeros travesaños y empezó a subir.

15

—No, Julia, Hal Lent no había cumplido los treinta años cuando murió. Le faltaban aún tres días.

Trew se apoyó en la pared de la barraca, y le mostró el libro.

—Como ve, el accidente no ocurrió el dieciséis de octubre, como dijo William, sino el trece. Tres días que le habrían dado la empresa a las Fundiciones Tilbury.

—¿Quiere decir que William escondió el cadáver?

Julia sólo podía mirarle, sintiendo como si su propio cuerpo fuese de hielo.

—Exacto, el señor William era todo un hombre. El y Hal se querían muchísimo, y el accidente debió de ser algo terrible para William. De todos modos, se acordó de la cláusula del testamento del viejo Martin y de que todavía faltaban tres días para que se cumpliese el plazo señalado. Si se propagaba la noticia de que Hal había fallecido antes de cumplir los treinta años, William perdería el control de la empresa; por lo que hizo lo único que podía hacer. Llevó el cadáver de Hal a una cueva al pie de la montaña y lo cubrió de nieve. Era el mes de octubre y nevaba en abundancia. Y entonces, esperó. Tres días enteros al lado del cadáver, rogando para que nadie los encontrase, para que nadie hubiese visto el accidente, para que Hal no empezara a corromperse. Naturalmente, habían acampado por allí, por lo que nadie se daría cuenta de su ausencia. Indudablemente debieron de ser tres días terribles. Luego, el día

dieciséis, dejó el cadáver en la base de la montaña, en un barranco, y se dirigió al pueblo. Sí, William Lent era todo un hombre.

—Y usted, ¿cómo está enterado de todo esto, Peter?

—Porque me lo contaron, Julia. —Había cierto orgullo en la voz de Trew—. Nunca hubo secretos entre su familia y la mía. Durante sesenta años, este secreto ha sido compartido por los Lent y los Trew, como un lazo entre ambos. Y ahora que usted lo sabe, la línea ya está completa.

—Sí, ahora también yo lo sé.

Julia lo miraba y de pronto cogió el libro y estudió la foto, sin ver nada más que rocas, montañas y dos puntitos que eran los alpinistas.

—Mas ¿qué demuestra esto?

—Demuestra la verdad; que Hal falleció el día trece. En aquella fecha, unos idiotas escoceses celebran un aniversario. La muerte del Verdugo Cumberland, el duque de Cumberland que aplastó el levantamiento del príncipe Carlos. Y ahí tiene la hoguera encendida y a los escoceses bailando alrededor. Lo verá con esta lupa. Oh, sí, esta maldita fotografía revela toda la historia, y por ella la empresa podría aún pasar a las Fundiciones Tilbury. Presentarían una batalla legal y creo que ganarían. «El que desea la Equidad debe tener las manos limpias», dice la ley, y no es posible afirmar que las manos de William Lent estuviesen muy limpias. Por tanto, sólo cabía hacer una cosa: conseguir todos los ejemplares de ese libro y destruirlos.

—Pero ¿por qué era tan importante al cabo de tantos años?

—Porque lo descubrió un malvado, Julia. El fotógrafo empezó a leer un libro referente a testamentos excéntricos, y encontró la cláusula del viejo Martin. Y entonces debió de sospechar algo y estudió la fotografía que había tomado, averiguando la verdad.

Trew se apartó de la joven, mirando hacia la fábrica. Su voz sonaba baja y muy distante.

—Jamás olvidaré la expresión del jefe cuando recibió la carta. Pareció consumirse mientras la leía, como si el mundo se derrumbase a su alrededor. Era una carta terrible. Ese individuo,

Blythe, no era sólo un chantajista. Deseaba hacer daño, además. Recuerdo el final. «Ha pasado toda la vida gozando de un dinero robado, pero ahora obtendrá su merecido.» Su tío trató de comprar su silencio, en cambio yo comprendí que era inútil. Con personas como el reverendo David Blythe sólo hay un trato posible.

—¿Y qué sucedió, Peter?

La pregunta no tenía sentido. Julia ya sabía toda la verdad.

—Blythe murió, Julia. Murió tres días después de haber escrito la carta. Pero habló antes de morir. Escuchamos toda la historia, y luego quemamos sus fotos y sus libros.

—¿Quiere decir… que usted lo mató?

Julia estuvo a punto de caer al suelo cuando Peter sonrió. Su rostro resultaba para ella más horrible que si hubiera llevado una máscara diabólica.

—No, no lo maté, pero lo dispuse todo para que muriera. Existen asesinos a sueldo y logré uno de los mejores. No se preocupe por esto. Mi hombre no hablará. Es un profesional, con un código del honor como un médico o un abogado. Además, fue un arreglo muy satisfactorio. Actualmente se halla camino de Sudamérica, con cincuenta mil libras de crédito en el Banco de Río de Janeiro. Cuidado, Julia, hay una grieta a su lado…

La sonrisa de Trew se trocó en una expresión inquieta, cuando la joven empezó a alejarse de él.

—Sí, tendré cuidado, Peter.

Julia estaba mirando por encima de un respiradero… un estrecho tubo de acero apenas tapado por unas tablas. Las paredes estaban llenas de tuberías y cables, y aunque tenía más de seis metros cuadrados, parecía estrecharse inmensamente siniestro en aquel embudo, pero por un momento a la joven la alivió poder acercarse al respiradero.

—¿Y a Roach? ¿También lo mató usted?

—Sí, Roach era o muy avaricioso o había descubierto la verdad. Me servía para buscar los ejemplares del libro, pero con el tiempo empezó a pedirme unos precios absurdos. Nunca supe si era un

idiota o si se disponía a hacer un chantaje, mas no podía correr riesgos. No al menos en lo tocante a la empresa.

—No, no corrió usted riesgos, Peter. —La joven se apartó del pozo y le miró fijamente—. ¿Y el antiguo empleado de la editorial? Supongo que también lo mató usted…

—¿Marsden? Sí, claro. Lo lamenté mucho, pero mi asesino profesional me dijo que era necesario. También debíamos liquidar a Cain, aunque ya no es necesario ahora que poseemos el último ejemplar. Intentamos matarlo una vez, pero usted estaba con él.

Trew levantó la cara mientras hablaba.

—Oh, Julia, créame, por favor. Si aquella noche del coche le hubiese sucedido algo… si algo hubiese fallado… le prometo que me habría matado allí mismo.

—Oh, sí, lo creo, Peter.

Cuando Julia observó aquella cara inclinada hacia el suelo, se fijó en su expresión perruna. Un perro fiel, devoto, que sólo deseaba complacer a sus amos. Un perro listo que había ido a recoger un palo y esperaba una caricia como recompensa.

—¿Y mi tío sabía… lo que usted hacía?

—No, al principio no, pero se lo conté después de morir Roach. Se mostró muy apenado; sin embargo, creo que comprendió que yo tenía razón. Sí, aunque a los Tilbury tal vez les resultase difícil probar su demanda, no podíamos arriesgarnos a ir a los tribunales.

Cogió el libro de manos de Julia.

—Ahora ya no hay por qué preocuparse, Julia. Por lo que sé, éste es el último ejemplar, y tan pronto como haya destruido la fotografía, estaremos a salvo. A propósito, espero que no le importe que la llame Julia. Creo que me lo merezco.

—No me importa en absoluto como me llame.

La joven contemplaba aquella horrible figura destacada contra el parapeto y no sentía revulsión ni terror, sino sólo tristeza. Para ella, la fábrica no era más que un montón de ladrillos, acero y cemento, pero para él era su vida entera, el significado de su existencia. Trew no era un asesino nato, sino el sirviente de una compañía que

luchaba para su preservación. Tal vez un monstruo, pero eran los Lent quienes le habían inspirado aquella malsana lealtad.

—No quiero que destruya el libro, Peter —añadió quedamente—. Nos servirá de mucho. Porque pienso vendérselo a las Fundiciones Tilbury.

—¿Qué? ¿A los Tilbury? —Por un segundo, el rostro se abatió; luego volvió a sonreír—. Oh, ya entiendo. Con la foto cortada. Sí, sería divertido.

—No es ninguna broma, Peter. Lo dije en serio. Nunca he deseado el control de esta empresa. Se lo dije a usted ayer frente al dormitorio de mi tío, pero usted no quiso escucharme. Oh, Peter, ¿no lo entiende? Usted ha matado por nada… ¡Ha matado a tres personas por nada!

—¿Por nada? No, bromea usted, claro. Tiene que estar bromeando. No puede hablar en serio.

La voz del Diablo debió de sonar exactamente igual cuando Cristo rechazó su ofrecimiento del mundo entero.

—Pero no habrá más risas, Julia. Usted no se burlará de mí. Usted es la única que queda de la familia, y no puede burlarse de mí. En realidad, yo se lo he preservado todo. —Levantó las manos y las colocó sobre los hombros de la joven, obligándola a contemplar toda la fábrica, que parecía de juguete allá abajo. Eran unas manos delgadas, pero lo bastante fuertes para matar—. Sí, ahora todo es suyo, Julia. Aquí empezamos: la primera fábrica que se convirtió en un imperio. Una entre trece ahora, y pronto habrá más… muchas más. Dígame que está bromeando, Julia. Dígame, por favor, que sólo bromea… ¡Oh, Dios mío! —Mientras la miraba, el rostro de Trew pareció descomponerse, desapareciendo toda expresión, sin quedar más que estupefacción y dolor. El rostro de una muñeca de cera fundiéndose al fuego—. No, no, no bromea, ¿verdad? No bromea en absoluto…

La voz contenía una nota maniática.

—Claro, usted no es una Lent… no puede serlo. A una Lent le habría complacido lo que he hecho… me habría dado las gracias.

No, no, usted no es una Lent. Su madre tal vez…

Acercó los dedos a la garganta de la joven, y empezó a reír, pero Julia no podía forcejear. Estaba tan cansada… cansada de todo, y aunque Trew deseaba asesinarla, sentía lástima de él.

—Sí, usted no es una Lent. Sólo un garbanzo negro en la olla, y yo maté tres veces por usted. —Los dedos empezaban a apretar sobre la garganta, y en aquel instante sólo existía el dolor, la sensación de ahogo, y la risa que se atropellaba con las palabras—: No es una Lent… no es una Lent… no es una Lent…

Y de pronto, Trew dejó de reír y la apartó a un lado. No obraba así por disgusto o desdén, sino porque no estaban ya solos en el tejado. Julia, como entre sueños, vio las manos de John Cain asirse al parapeto, izar el rostro lentamente… un rostro que dentro de unos segundos podía convertirse en una masa sanguinolenta.

Peter Trew cogió una barra que había en el tejado y la blandió encima del hombro. Había algo casi absurdo en aquella delgada figura, pero, en cambio, no era absurda la expresión en su rostro.

Porque era la expresión de la derrota, del que sabe que ha perdido y, no obstante, espera llevarse por delante a un enemigo. Era el rostro de una rata acorralada por un perro, que desea saltar a la garganta del can antes de que éste le clave sus colmillos. Peter Trew era un monstruo… mas ella no podía odiarle… ni siquiera temerle, ya que era su propia familia la que le había convertido en criminal. De todos modos tenía que hacer algo para evitar otro crimen.

—¡Peter! —exclamó, y su voz sonó diferente. Estaba llena de autoridad; la autoridad que había edificado un imperio de talleres y cobertizos—. ¡Peter, suelte esa barra! Mi nombre es Lent, Peter. Julia Lent, y le ordeno que suelte esa barra.

Trew no soltó la barra, mas vaciló un instante; suficiente para que John se izase sobre el parapeto y se abalanzara sobre él. Trew se apartó, pero esta vez sus pies no encontraron el suelo de acero y cemento. Una tabla se inclinó como una trampa, y lo absorbió por el

respiradero. Hasta sus últimos instantes, Julia recordaría aquella cara al caer.

Tal vez tardó diez segundos en llegar al suelo, quedando rodeado por toda clase de escombros.

16

—Sí, supongo que, en cierto aspecto, ambos podemos afirmar que nos salvamos la vida mutuamente.

Julia estaba sonriendo en la semioscuridad de la tienda. Hacía una semana que se conocían, y ella estaba maravillosa, restallante de fuerza y vitalidad, muy diferente de la criatura estremecida y sollozante que John halló en el tejado del alto edificio.

—Me alegro de haberte encontrado, John. Tengo noticias.

—Sí, ya lo esperaba, pero es tarde. Las oí por la radio hace unas horas. Han atrapado a Palmer.

—¿Palmer? ¡Ah, sí, el asesino a sueldo de Trew! Sí, lo arrestaron esta mañana en Río. Por lo visto, Peter dejó un Diario con todos los detalles. —Julia apartó la vista de John, fijándola en las estanterías—. Pobre Peter… —murmuró—. Bien, aunque quiso matarnos a todos, aunque causó la muerte de tres personas, tengo que estarle un poco agradecida. No quería nada para sí, sólo para la familia Lent… para mí.

—Sí, pobre Peter. —John recordaba los escombros hallados al pie del respiradero, y aquel guiñapo de carne humana… Entonces ya no parecían unos restos humanos. No parecían haber vivido jamás—. Y también pobre Julia. Supongo que ahora eres pobre. ¿Las Fundiciones Tilbury se quedan con todo?

—No con todo. Se han portado muy bien, y no quieren llevar el caso a los tribunales para que los abogados se lo queden todo. Han

aceptado el control completo de la empresa, y una participación en los beneficios. Todavía soy una mujer rica. Gracias, John. —La joven aceptó un cigarrillo de su arrugado paquete y sacó un encendedor de oro—. Y como sabes, estoy entusiasmada. Hubo una época en que la idea de ser muy rica me aterraba; ahora ya no. De repente, he cambiado de parecer y veo las cosas en su debida perspectiva. Pero, John, ¿qué te ocurre? ¿No estás contento?

—No, no lo estoy.

Se inclinó hacia el encendedor. Probablemente costaba más de lo que él ganaba en una semana.

—¿Y las otras noticias?

—Oh, sí… Un momento.

En la cara de Julia apareció cierto embarazo, y estudió atentamente la colección de libros vendidos por la señora Brassey.

—Estás recogiendo basura, ¿verdad?

—Sí, temo que sí. Más bien lo llamaría un acto de caridad. Por esto pagué tres libras.

—¡Tres libras! Si continúas por este camino, pronto el que necesitará una limosna serás tú. *Con la bandera a Pretoria, Sesenta años Reina*, los *Poemas* de Samuel Rogers… Buena encuadernación… pero ¿quién lee a Rogers hoy día? Veamos… Creo que este libro tiene algo raro…

Julia cogió el libro y, abriéndolo, dobló ligeramente el grueso de las hojas, por su parte lateral; entonces, como por ensalmo, apareció en el reborde dorado, formado por el conjunto de los extremos de las hojas, una miniatura que representaba un paisaje: una granja al lado de un riachuelo, y unas montañas a lo lejos.

—¡Dios mío! —John inclinó la cabeza en señal de muda admiración—. No, no es caridad, sino una pintura previctoriana. Creo que no me equivoco si afirmo que vale unas treinta libras. Gracias, Julia. Jamás lo habría descubierto. Serías una estupenda vendedora de libros de lance.

—Sí, tal vez sí, si alguien me ofreciese una parte del negocio. —Apartó el libro con cierta irritación—. Pero será mejor que te dé la

noticia. Jimmy me ha pedido que me case con él.

—¿Jimmy? Oh, sí, claro, sé quién es.

Por su cerebro desfiló la estampa de un muchacho de la nobleza, un tal Jimmy Stuart-Vale, figura prominente de las revistas para señoras; la clase que servía para casarse con Julia.

—¿Y… has aceptado?

—No, le he pedido un par de días para reflexionar. Oh, es un chico maravilloso. Cuando le conté lo neurótica que soy, cómo me imaginaba que todos los que me pretendían lo hacían por mi dinero, se echó a reír y dijo que había una solución muy sencilla. Entregarle la mitad de mi fortuna y de este modo, adiós preocupaciones. Listo, ¿eh, John?

—Sí, condenadamente listo.

John se sentía enfermo. Ahora consideraba a Jimmy Stuart-Vale como un perfecto bribón.

—Y tan amable… —añadió Julia, como una colegiala—. Creo que va a formar parte de la próxima lista de condecoraciones, y me prometió escoger el título de Lord Lent. De esta forma, podemos conservar la empresa con el apellido familiar. Claro que su apellido es mucho más elevado que el nuestro, pero…

—Pero ha querido complacerte, Julia.

La voz de John era un estudio del desdén, mas Julia no pareció apreciar aquella acerba crítica de su adorado.

—Exactamente, lo cual demuestra su sensibilidad, ¿verdad?

—Claro. Y si aceptas… ¿cuándo se celebrará la boda?

—El mes próximo, en San Marcos, en la plaza Eaton. Deseo una ceremonia muy tranquila, pero Jimmy afirma que nos debemos al público. ¿Y la luna de miel? Oh, algo excitante… Iremos en mi yate, que entonces será suyo, claro, al Bósforo, y seguiremos la ruta de Alejandro Magno hasta la India.

«¡Hasta el infierno!» De nuevo pasó una imagen por el cerebro de John, y vio a una bellísima Julia Lent, ataviada como la esposa de un beduino, a lomos de un camello, y guiada por el Honorable James Stuart-Vale.

¡Pues no sería! Stuart-Vale no participaba de la imagen, y era otra figura la que se balanceaba en lo alto del camello.

—Julia… —tartamudeó—, Julia… ¿no te referirás a… a… Mott?

Apenas pudo pronunciar el nombre.

—Claro que sí… ¿quién si no? Jimmy Moldon Mott. ¿No sabías que se llamaba James?

—No, no lo sabía, ni sé nada de nombres propios. Pero Julia, cariño, tú no puedes… No debes casarte con él… Ni pensarlo siquiera. Si ese tipo es un monstruo, un…

Se interrumpió al verla reír.

—Claro que no puedo. Pero sólo me lo impedirá una cosa.

—¿Eh?

—Sí, John. Si quieres salvarme de este desastre… de que me case con Mott, tú tienes…

Calló, dio la vuelta a la mesa, y ya no hubo nada más que decir.

Ni hubieran podido. Cuando un hombre y una mujer se besan, no pueden hablar.



John Blackburn nació en 1923 en el pueblo de Corbridge, Northumberland, Inglaterra, Fue el segundo hijo de un clérigo y hermano del poeta Thomas Blackburn. Asistió al Haileybury College, cerca de Londres, pero su educación fue interrumpida por el inicio de la Segunda Guerra Mundial; la sombra de la guerra, y la de la Alemania nazi, más tarde jugaría un papel en muchas de sus obras. Sirvió como oficial de radio durante la guerra en la marina mercante (1942-1945). Reanuda su educación al finalizar la guerra en la Universidad de Durham, obteniendo su licenciatura en 1949. Blackburn enseñó como profesor durante dos años en Londres y luego un año en Berlín. Se casó con Joan Mary Clift en 1950. Regresa a Londres en 1952 como director de la editorial Red Lion Books. Fue allí donde comenzó a escribir, y el éxito inmediato en 1958 de su primera novela, *A Scent of New-Mown Hay*, le llevó a iniciar una carrera como escritor a tiempo completo. Al mismo tiempo, con su esposa llevaba una librería de viejo, una ocupación

que le proporcionaría material para algunas de sus obras, como el libro de misterio *Blue Octavo* (1963).

A Scent of New-Mown Hay significa el punto de partida como eje temático que vendría a caracterizar las veintiocho novelas de Blackburn, en una mezcla convincente de los géneros de ciencia ficción, horror, misterio e intriga.

Muchas de las mejores novelas de Blackburn las escribe entre finales de 1960 y principios de 1970, con una serie de éxitos que incluye *A Ring of Roses* (1965), *Children of the Night* (1966), *The Flame and the Wind* (1967), una novela histórica situada en la época romana, en la que un sobrino de Poncio Pilato intenta descubrir los hechos acerca de la crucifixión de Jesús.

Nothing but the Night (1968) adaptado en 1973 para el guión de la película protagonizada por Christopher Lee y Peter Cushing, *Devil Daddy* (1972) y *Our Lady of Pain* (1974).

Algo inusual para un popular escritor de terror, las novelas de Blackburn no sólo fueron un éxito de lectores, también ganó los elogios de la crítica: el suplemento literario del Times lo declaró «maestro del día del horror» comparándolo con los Hermanos Grimm, mientras que la Penguin Encyclopedia of Horror and the Supernatural lo consideraba como «sin duda el mejor novelista británico en su campo» y la St. James Guide to Crime & Mystery Writers lo menciona como «uno de los mejores novelistas de Inglaterra en la especialidad de la novela de suspense».

Cuando Blackburn publicó su última novela en 1985, gran parte de su trabajo estaba descatalogado y fuera de impresión. Fue un descuido inexplicable que continuó hasta que la editorial Valancourt comenzó a publicar sus novelas en 2013.

John Blackburn murió en 1993.